



Bulu Sharma es una autora confesional que hace de su escritura un testimonio sincero y profundo. Nacida en India a mediados de los años veinte, en una familia de emigrantes nepalíes, su historia es el retorno núbil a un Sangrila desconocido que oscila entre las tradiciones más ancestrales y los melodramas musicales de Bollywood. Su matrimonio a los catorce años con el hijo de un sacerdote real, la separa de su familia y la conduce en palanquín a un Katmandú de supersticiones y rododendros siempre en flor. Allí ha de enfrentarse, con coraje y ambición, a su rol de mujer brahmín que le despoja simbólicamente de sus gafas y que trata de impedirle el acceso a una educación superior. Su vida así se convierte en un andar descalza por los senderos del *mandala* en busca de su propia identidad.

Las Gafas de Bulu

Bulu Sharma

Las Gafas de Bulu

Autobiografía de una mujer brahmín por el laberinto del mandala

Bulu Sharma

Edición de **Carlos Alba**
Traducción de **Mukta Shrestha**





Bulu Sharma es una autora confesional que hace de su escritura un testimonio sincero y profundo. Nacida en India a mediados de los años veinte, en una familia de emigrantes nepalíes, su historia es el retorno núbil a un Sangrila desconocido que oscila entre las tradiciones más ancestrales y los melodramas musicales de Bollywood. Su matrimonio a los catorce años con el hijo de un sacerdote real, la separa de su familia y la conduce en palanquín a un Katmandú de supersticiones y rododendros siempre en flor. Allí ha de enfrentarse, con coraje y ambición, a su rol de mujer brahmín que le despoja simbólicamente de sus gafas y que trata de impedirle el acceso a una educación superior. Su vida así se convierte en un andar descalza por los senderos del *mandala* en busca de su propia identidad.

Las Gafas de Bulu

Bulu Sharma

Las Gafas de Bulu

Autobiografía de una mujer brahmín por el laberinto del mandala

Bulu Sharma

Edición de **Carlos Alba**
Traducción de **Mukta Shrestha**



Las Gafas de Bulu
Autobiografía de una mujer brahmín
por el laberinto del mandala

Las Gafas de Bulu

Autobiografía de una mujer brahmín
por el laberinto del mandala

Bulu Sharma

Traducción de **Mukta Shrestha**

Edición de **Carlos Alba**

Published by

Mukta Shrestha and Carlos Alba

- © Bulu Sharma (texto)
- © Mukta Shrestha (traducción)
- © Carlos Alba (edición)

Imprime:

I.S.B.N.:

Depósito Legal:

Printed in Nepal

Preámbulo

Bulu Sharma es una autora confesional que hace de su escritura un testimonio sincero y profundo. Nacida en India a mediados de los años veinte, en una familia de emigrantes nepalíes, su historia es el retorno núbil a un Sangrila desconocido que oscila entre las tradiciones más ancestrales y los melodramas musicales de Bollywood. Su matrimonio a los catorce años con el hijo de un sacerdote real, la separa de su familia y la conduce en palanquín a un Katmandú de supersticiones y rododendros siempre en flor. Allí ha de enfrentarse, con coraje y ambición, a su rol de mujer brahmín que le despoja simbólicamente de sus gafas y que trata de impedirle el acceso a una educación superior. Su vida así se convierte en un andar descalza por los senderos del *mandala* en busca de su propia identidad.

Esta autobiografía fue primeramente publicada en 2003 – o 2060 B.s., según el calendario nepalí- con el título de *Chhuteka Paila* (Las huellas dejadas en el camino). En 2005 ganaría el premio de creación literaria “Bhupalman Singh Karki”, dotado con 50.000 rupias. Se trata de una de las primeras muestras de literatura autobiográfica femenina que aparecen en lengua nepalí.

En esta edición hemos seguido la traducción que Mukta Shrestha, hija de la autora, ha realizado directamente de su lengua original. Para facilitar la tarea a los lectores occidentales hemos realizado algunos cambios que alteran su estructura primigenia. Estas alteraciones fueron consensuadas con la autora en una larga entrevista que duró varios días en la ciudad de

Benarés en enero de 2008. Allí, a orillas del Ganges y rodeados por cometas y monos malintencionados, decidimos reestructurar todo el texto en cuatro partes. La elección de la tétrada no fue nada casual. En aquella ciudad sagrada los códigos tradicionales parecen armonizar con el sentido de la vida. Y puesto que allí tenía origen esta historia nos pareció una buena idea imitar en la narración las tipologías tetraédricas de los cuatro *Vedas*, de las cuatro castas, de las cuatro edades del hombre, de los cuatro ciclos del universo y de los cuatro *dharma*s que se han de seguir, según las escrituras hindúes.

En un ejercicio de creación literaria nos hemos permitido también la licencia de vincular cada *dharma* a una etapa de la vida de la autora. Así, a los primeros años de estudiante o *brahmacharya*, le hemos vinculado el *dharma* social (*varna*) por el que Bulu Sharma descubre la deuda que ha contraído con los dioses, el conocimiento y la sabiduría de sus antepasados. A la etapa del matrimonio y la procreación, *grihasthya*, le hemos asignado el *dharma* humano (*asrama*) donde Bulu alcanza el desarrollo de su cuerpo y la maduración de su mente y de sus emociones. A la etapa del retiro, *vanaprasthya*, la hemos relacionado con el *dharma* universal (*rita*) donde descubre las conexiones con las leyes ocultas en la naturaleza. Y a la última etapa donde tiene lugar la renuncia, *sanyasin*, la hemos unido al *dharma* personal (*svadharmā*) donde a través de la escritura se reconcilia con su *karma* individual.

La proyección de esta estructura sobre la figura del *mandala* es un homenaje implícito al *Nepal Mandala* de Mary Shepherd Slusser. Nos referimos así con él al conjunto de experiencias que constituyen la vida de la protagonista, a sus raíces culturales tan ligadas a la heterodoxia hindú, y al entorno geográfico del valle de Katmandú que, como ya Slusser advirtió, tanto le debe a su cosmovisión espiritual.

En medio de este *mandala* hallamos a una mujer que no puede evitar ser transmisora de una cultura con la que ha entrado en conflicto. Las anécdotas que nos relata Bulu Sharma trascienden lo particular y nos muestran, casi sin querer, las estructuras anquilosadas de una sociedad que lucha por modernizarse.

Así, en un lenguaje sencillo y libre de cualquier artificio, su escritura se convierte en una vía de meditación que le permite ahondar en el sentido de su vida. Para el lector occidental, algunas de las referencias culturales pueden resultarle demasiado extrañas. Es por ello que hemos querido precisar algunas de esas cuestiones en las 64 notas a pie de página que ofrecemos en esta edición. El azar ha querido que también resulten 64 los capítulos, número sagrado que completa así la simbología improvisada de esta obra.

Desde aquí, animo al lector a que se sumerja en su lectura disfrutando del fluir del tiempo y los vaivenes de un destino en el que, más allá del exotismo de aquel valle himalayo, se perciben las huellas personales de una mujer que ha tenido el coraje de avanzar por el *mandala* sin temer echar la vista atrás.

Dr. Carlos Alba

Prefacio

Mis huellas, tiritando, se deshacen desnudas en el centro del *mandala*. Paso a paso, huella a huella, he dejado atrás la cuarta estación de mi vida. He ido deambulando de aquí para allá hasta llegar de nuevo aquí. Hice frente a lo bueno y malo que habita este mundo trazando así los senderos de mi propio laberinto de fortuna. Mis pies ya están cansados y mi alma magullada.

En el centro del *mandala* la soledad me embarga y no soy capaz de otra cosa que de acariciar tiritando la piel del tiempo. Dentro de mí algo me dice que ya no guardo ninguna responsabilidad con nadie. No he de cuidar más del esposo enfermo, ni he de arreglar sus ropas; nadie requiere mi atención y para nada he de darme ya prisa. Estoy aterrorizada en este abismo y apenas encuentro consuelo en la desesperación. ¿Cómo puedo aceptar la vacuidad del día a día y sostenerme aún en pie?

Recogeré una vez más, uno a uno, del sendero todos esos recuerdos y trataré de reconstruir en el lienzo de mi frágil memoria lo que fue aquella historia. No sé si tendré tiempo ya para llegar hasta el final pero es la única forma que sé de habitar el páramo helado en que se ha convertido el *mandala* de mi vida.

PARTE I

Por el Sendero del Varna (Dharma Social)

*Dicen los Vedas que
cuando alguien nace, sea quien sea,
se genera simultáneamente una deuda con los dioses,
los sabios, los antepasados y la Humanidad.
Ese es el Dharma Social (Varna)*

Uno

Agosto y todavía con monzón. La lluvia caía suavemente sobre la ciudad sagrada de Baba Viswanatha¹ mientras yo trataba de salir al mundo entre sollozos. Todo sucedía en el barrio de Ramapura, en una casa de nepalíes con numerosos cuartos y patios enormes rodeada de jardines frondosos. Todos sonreían al verme pues apenas habían nacido niñas en aquel hogar.

La familia había sido fundada por dos hermanos - Devi y Siddhi Prasad Upadhayay- que decidieron bajar de las montañas nepalíes y probar suerte en Varanasi. Poco a poco fueron haciendo fortuna en la ciudad y extendieron su negocio hasta Ramnagar². Lo hicieron gracias a que el *raja* nepalí de este pequeño territorio, Manmohan Shah, que llegó a Benarés de peregrinación, se quedó tan impresionado por su trabajo, su dedicación y sinceridad que les ofreció instalarse en su reino. Tal fue su alegría al encontrar a estos nepalíes en Benarés. Los hermanos aceptaron la invitación pero como no querían descuidar el negocio que ya tenían montado en Kashi, sólo el hermano mayor –Devi- acompañaría al *raja* hasta Ramnagar.

-
- 1 El templo de Viswanatha se utiliza aquí como recurso metonímico para aludir a la ciudad de Benarés. Es considerado la casa de Siva, de ahí que también se le denomine Visweswara. A él acuden millones de peregrinos cada año para recibir el *abhishekam* – hisopeado- de las aguas sagradas del Ganges. La ciudad de Benarés también es conocida como Varanasi por encontrarse entre los ríos Varuna y Assi y como Kashi –*Kas*: brillar- porque se cree que allí reside el brillo divino que ilumina el camino a la salvación.
 - 2 Ramnagar es una ciudad del distrito de Paschim Champaran, actualmente perteneciente al estado indio de Bihar, que limita al norte con Nepal.

Los dos hermanos habían estudiado apenas las cuatro reglas pero sabían aplicar con rectitud las leyes y obedecer los dictados de su karma. A Siddhi, que sería mi abuelo, le recuerdo ya anciano y sonriente pero seguramente años atrás había sido joven y atractivo. Así, al menos, lo recordaba Maihajur con quien años después me encontré a las puertas de Pashupati, en Katmandú, ya viviendo como ermitaña.

- Nani, tu abuelo era muy conocido en Kashi. Todas las tardes venía a rezar al templo de Mangalagauri. Allí se reunía con el resto de los devotos. Vestía un *kurta* de seda, un *dhoti* blanco con el ribete bordado de oro y un chal al hombro con el que se cubría. Se le notaba su ascendencia aristocrática y siempre venía acompañado por un ayudante... Nanku... A Nanku también le recuerdo muy bien...

Escuchándola parecía que Maihajur aún estaba impresionada por la figura de mi abuelo. Seguramente en aquel tiempo ella no había decidido todavía hacerse ermitaña.

- ¡Mataji³! ¡Qué memoria tiene!

- ¿Cómo no? –me respondió con un brillo inesperado en sus ojos- Es como si fuera ayer mismo. Tenía una gran personalidad. Siempre traía de ofrendas unos dulces exquisitos...

Maihajur hizo una mueca de sonrisa y enmudeció. Me encantaba escuchar historias sobre mi abuelo. Mis recuerdos de Varanasi son apenas fragmentos deshilachados y borrosos. Poco tiempo después nos mudaríamos a Patna, a la casa de mi tío Ambika.

3 Mataji es una invocación de respeto que se dirige a las madres espirituales.

Dos

Ambika era el hijo mayor de Siddhi. Había escrito la primera Historia que se conoce de Nepal⁴ y se había convertido en uno de los primeros abogados nepalíes. En aquellos días él ejercía en Patna y su fama era tal que llegó a oídos del Maharaja Chandra Shumshere—entonces Primer Ministro de Nepal (1901-1929)—quien le enviaría una carta de felicitación por engrandecer así el nombre de su patria. Mi tío sentía un gran respeto y orgullo por su país natal y por sus compatriotas nepalíes.

El hijo más pequeño, Kali⁵, ejercía también de abogado en Patna. En 1950 regresaría a Nepal como Presidente del Consejo del Poder Judicial. Al ser elegido Primer Ministro Bisweswor Prasad Koirala, él sería designado Embajador en Inglaterra. Se casaría tres veces y su hijo mayor, Shail Kumar, trabajaría para las Naciones Unidas en Estados Unidos.

El segundo hijo de Siddhi, Sharada -mi padre-, se ocuparía de cuidar una gran extensión de cultivos que tenía la familia cerca de Ramnagar. Aquellas posesiones eran conocidas en todo Bihar. Mi hermano Rajeswasri llegó a ser, en India, el presidente del Partido del Congreso nepalí. Aunque era conocida su valentía por tomar riesgos en lo que creía, nunca quiso, sin embargo, ejercer la política en Nepal.

4 Ambika Prasad Upadhyaya (1922) [1979 v.s.], *Nepalaka Itihasa* (Historia de Nepal), Varanasi: Devi Prasad Upadhyaya. Se hicieron nuevas ediciones en 1929 [1986 v.s.] y 1947 [2004 v.s.].

5 Ambika, Sharada y Kali son nombres femeninos que muestran la gran devoción que existía en la familia por la diosa Kali.

Después de la familia del *raja* nepalí de Ramnagar, la nuestra era, sin duda, la más conocida. Y de todos los hijos de estos tres hermanos yo era la única hija.

Devi –el hermano mayor de mi abuelo- tendría también siete hijos y una hija de sus dos matrimonios. La hija sería luego la madre del conocido escritor Madan Mani Dixit. La llamábamos la *didi-ama* de Nepal pues fue la primera de la familia que se casó allí. De su primer matrimonio Devi había engendrado dos hijos: uno trabajaba de granjero en Ramnagar y el otro, Ishwasri, vivía en Varanasi, en una gran casa cerca del cine Chitra donde había también una papelería. Los hijos del segundo matrimonio de Devi se trasladarían ya a vivir a Katmandú.

En aquellos días todos vivíamos en Patna como una gran familia. No se hacía distinción si los hijos eran de Devi o de Siddhi. Yo no llegué a saber, hasta mucho después de mi matrimonio, quién había sido hijo de quién. En toda la familia reinaba un gran cariño. En Katmandú, sin embargo, no he vuelto a encontrar algo parecido. En aquella casa de la infancia los parientes más lejanos estaban siempre cerca, pero aquí en Katmandú ni siquiera aparecen para ponerse la tikka en Dhasain⁶. Es triste... Quizá sea la influencia de otras costumbres, de otros países, pero con el tiempo la gente llega a distanciarse tanto que apenas se conservan los lazos familiares. Quizá con el tiempo lo único que se acerquen sean los lugares...

Mi tío Ambika había ejercido de abogado en Calcuta pero decidió regresar a la casa de Varanasi y establecerse en Patna. Entonces la India, que aún estaba gobernada por los ingleses, permitía a un abogado mantener un nivel de vida muy alto. Recuerdo que un día nos visitó alguien de la familia Rana⁷ de

6 El Festival de Dashain es el gran festival del calendario nepalí. Su localización a finales de septiembre o principios de octubre rinde homenaje a la diosa Durga, *sakti* o consorte del dios Siva. En honor a ella se sacrifican animales, se realizan *pujas* y se reúne sobre todo a la familia entorno al hogar.

7 La dinastía Rana fue establecida en 1846 tras la masacre de Kot donde se enfrentaron los partidarios de la reina Rajendralakshmi y los militares que apoyaban a Jang Bahadur. Finalmente éste salió vencedor erigiéndose en Primer Ministro vitalicio y transmitiendo el cargo a sus herederos hasta 1950. Durante este tiempo, el Rey no pasó de ser más que una

Nepal y al ver cómo vivíamos comentó: “Estos brahmines no gozan de una vida peor que la nuestra.”

Grave delito hubiera sido ostentar tal lujo en Nepal donde nadie podía osar igualarse a los Ranas. Pero afortunadamente nosotros vivíamos en India. Sin embargo, y aunque a mi tío le llamaran *prabasi* –nepalí exiliado-, él no dejaba de mostrar su cariño por el país de sus antepasados. No era raro, por tanto, que todo aquel que viniera de Nepal fuera muy bien recibido en nuestra casa.

figura decorativa y el país, aunque autónomo respecto al imperio británico, mantendría sus puertas cerradas a toda influencia occidental.

Tres

La bendición de Sarasvati, la diosa de la sabiduría⁸, parecía iluminar nuestro hogar. Mi tía Ambalika Devi escribió la primera novela histórica nepalí: *Rajputramani*. Mi tío llegó a publicar dos o tres libros en Varanasi, entre ellos el famoso *Hridhaogar*. Supimos también que él ayudó a Motiram Bhatta en sus primeros años de carrera literaria. Y hubo algunos escritores más en la familia. Me siento así bendecida también por Sarasvati y es ella la que guía mi pluma en estas páginas.

Sin embargo, y a pesar de esta bendición, yo no pude estudiar en la escuela con regularidad. Desde niña fui de constitución fuerte y por eso siempre aparenté tener más edad de la que en realidad tenía. Al llegar al séptimo curso mis padres opinaron que era ya lo suficientemente mayor como para quedarme encerrada en casa. Y es que vivir en el extranjero no nos eximía de cumplir las normas estrictas que estaban destinadas a nuestra casta.

Según la tradición, mi matrimonio había de realizarse con algún hombre de mi misma casta. Pero en el extranjero, ¿dónde encontrar un novio así? Por eso pensaron que lo mejor sería casarme en Nepal.

A mis dos hermanos les habían matriculado en una escuela inglesa que estaba dentro de un convento. A mí, sin embargo,

8 «Diosa hindú de la sabiduría, de las artes y de la ciencia. Se le atribuye la invención del sánscrito y de su forma de escritura: el devanagari.» (“Sarasvatī” *Diccionario Espasa de Mitología Universal*, (Dir. Jaime Alvar), Madrid: Espasa Calpe, 2000, p. 804)

me matricularon en una escuela india. No querían que yo aprendiera la lengua ni la cultura inglesa. Si había de casarme en Nepal ¿cómo podían dejar que aprendiera a portarme como las mujeres inglesas? Pero mejor será dejar lo del matrimonio para más adelante.

A mi tío le gustaba mucho viajar. Cada verano, durante las vacaciones, nos íbamos a alguna estación de montaña: a veces a Simla, a veces a Masoorie y a veces a Nainital. Aunque fuera solo por dos meses nos escapábamos del calor. En el viaje no se escatimaban gastos. Nos acompañaban todos los de la casa: ayudantes, cocineros, nodrizas... Alquilábamos los mejores alojamientos. Y en las aldeas de alrededor no se dejaba de murmurar sobre nuestra ascendencia real. Yo siempre disponía de un poni para salir de paseo.

En aquel tiempo no había automóviles en las montañas. Las familias ricas tenían sus *rikshaws* privados que funcionaban sin motor. En su interior cabían tres personas y se necesitaban cuatro para empujarlos. Cada vez que recuerdo el uniforme de aquellos hombres no puedo evitar que se me escape una sonrisa. Estaba hecho de un tejido amarillo o azul y se remataba con un gorro puntiagudo que tenía una banda alrededor. Una cinta rodeaba sus piernas y sus zapatos acababan en punta y sin cordones. ¡Qué divertidos eran aquellos *zhampani*!

Uno de aquellos veranos fuimos a Nainital. En la casa del Gobernador sólo podían alojarse los ingleses. Era una preciosa casa rodeada de jardines con un mullido césped. De pequeña siempre me quedaba absorta contemplando paisajes así. Un día, al salir a las nueve de la mañana con mi poni, le pedí a mi ayudante que me llevara a esos jardines. Al subir la colina todo era muy verde como si una alfombra persa se hubiera colocado en su falda. Allí me crucé con unas monjas inglesas que llevaban hábitos claros.

- ¡Hola pequeña! ¿Eres acaso alguna princesa fugitiva?

Yo no les entendía. Mi ayudante les explicó que era la hija del *rajababu* nepalí. Las monjas nos invitaron a seguirles hasta la escuela. Yo me sentía feliz y confiada. La escuela, en realidad, era un convento. En la puerta, mi ayudante se puso muy nervioso:

- No, no. Hay que volver a tiempo. Si no *rajababu* se va a enfadar.

Una de las monjas le dijo:

- No te preocupes. Ve tú y dile que la llevaremos nosotras de vuelta a casa.

Y me condujeron al interior de la escuela. Yo estaba contenta por tener la oportunidad, por fin, de ver cómo era una escuela inglesa. No sentía ningún temor. Ese día había una fiesta y estaban buscando precisamente una niña como yo, gordita y con las mejillas sonrosadas. Me vistieron de hada, toda de blanco y con muchos volantes. Lo recuerdo perfectamente. En la mano llevaba una varita mágica con una luna y estrellas recortadas en papel de plata. Me maquillaron toda la cara y me hicieron un peinado precioso.

Aunque yo no entendía por qué me estaban vistiendo así, disfrutaba con todo aquello. No era la única. Había más niñas disfrazadas. De repente me cogieron y me llevaron al centro del escenario. Empezó a sonar una música suave. Todos empezaron a bailar. Y yo también. Aunque no tenía mucha idea, dejé que mis manos y mi cintura se movieran al compás. Cuando se acabó, todos aplaudieron. Una monja me cogió en brazos, me besó y me dio unos caramelos.

En todo este tiempo nunca pensé absolutamente en nada. Ni dónde estaba, ni a dónde iba, ni siquiera en mis padres, ni en cuándo regresaría a casa. Pero después de un rato me puse a llorar. Hablaban entre ellos y yo no entendía nada. No sé el tiempo que pasó. Luego una de las monjas me llamó por mi nombre y me llevó a la oficina. Allí vi a mi padre. Fui corriendo y le abracé.

- ¡Pero bueno! ¿Cómo has podido venir y quedarte aquí sin más? ¿No tenías miedo, hija?

Mi padre estuvo hablando con las monjas en inglés y yo sólo recuerdo la palabra “sorry”. Sólo ahora me doy cuenta de lo que aquello podía haber significado.

Cuatro

Debía tener ocho o nueve años cuando fuimos a Simla de vacaciones. Nos alojamos en un bungalow que se llamaba “Malchetre”. Muy cerca vivía una familia punjabi con sus dos hijas: Pushpa y Damo. Pushpa era un poco mayor que yo pero Damo tenía la misma edad. A mí se me daba bien hacer amistades así que muy pronto nos hicimos amigas y empezamos a visitarnos en nuestras respectivas casas. Mi madre también hizo amistad con su madre por lo que nos resultó muy fácil vernos. Salíamos juntas a todos los sitios: al mercado, al cine, a patinar... La familia punjabi había nacido allí y eran de origen *kapur*⁹. Tenían un hotel y un cine.

Uno de aquellos días se nos ocurrió ir a ver una película. Nos juntamos cuatro o cinco amigas y llegamos hasta la puerta del cine. No teníamos ni una rupia. Sin embargo, nos dejaron pasar porque éramos las amigas de la hija del dueño. Aquella película se titulaba *Barrister ki Bibi* (La mujer de Barrister). La protagonista era Gauhar Jan¹⁰, muy famosa en aquella época.

9 *Kapur* es un grupo social hindú perteneciente a la casta *chetri* o guerrera en la región del Punjab. Un cónyuge *kapur* se supone que sólo puede casar con un *malhotra*, un *khanna* o un *seth*. El matrimonio entre *kapurs* está excluido y también se descarta el matrimonio con los parientes de la madre. De ahí que se conozcan como el clan “Dhai Ghar” (de las dos casas y media).

10 Gauhar Jan (1873-1930) fue una cantante y bailarina india que llegó a grabar más de 150 discos. En 1902 protagonizó la primera grabación en gramófono que se realizaba de una cantante india. En realidad se llamaba Angelina Yeoward y era hija de una familia de judíos armenios afincada cerca de Benarés. Al divorciarse su madre, se convirtieron a la religión

Estas cosas ocurrieron hace más de setenta años. No sé cómo la mente todavía puede recordar escenas como ésta. Ignoro en qué lugar de mi cabeza estaría escondido el recuerdo.

Después del cine todas teníamos hambre. Nos fuimos al hotel de mi amiga y nos sentamos en una mesa para pedir la cena. El camarero asustado nos dijo:

- Ahí no podéis sentaros. Por favor, ocupad otra mesa. Ésta está reservada.

Pushpa, que era la mayor de todas nosotras y que se sentía humillada frente a sus amigas, le replicó:

- ¿Sabes quién soy yo? Mi padre es el dueño del Hotel. ¿Estás pidiendo a la hija del dueño que cambie de mesa? Se cena a las ocho y son sólo las seis de la tarde. Cuando acabemos podéis limpiar la mesa para los próximos clientes.

Ni siquiera el encargado pudo hacer nada. Acabó aceptando la situación pensando que sólo íbamos a tomar un té. Pero a nosotras se nos antojó un poco de todo por lo que la mesa quedó bastante sucia. Ya eran casi las siete y media de la tarde cuando nos levantamos. El encargado se quedó con la boca abierta. Luego nos enteramos que el dueño se había enfadado mucho con él. La mesa había sido reservada por el *nawab*¹¹ de Pataudi.

¡Qué encanto y candor tienen aquellos días! No nos ocupábamos de otra cosa que de bailar, cantar, comer y salir de paseo. Ignorábamos por completo los senderos ocultos que el mandala nos tenía reservados a cada una.

Como cuando fuimos a la montaña Nilgiri, en el sur de India. Era una pequeña aldea donde todos, ricos y pobres,

musulmana y ahí adoptó el nuevo nombre de Gauhar Jan. Sin embargo, la protagonista de *Barrister ki Bibi* (1935), película escrita por Narayan Prasad Beetab y dirigida por Chandulal Shah, no sería Gauhar Jan sino Gohar Karnataki (1910-1985). Aquí se comienza a observar cómo la narradora confunde los recuerdos y hace ostensible la fragilidad de su memoria, tal y como aludía ya en el prefacio.

11 El término urdu *nawab* designaba en su origen al cuarto nayab (o ministro) del último Imán de la secta de los chífes pasando luego a designar a cualquier gobernador musulmán que se encontrara en el subcontinente indio bajo el dominio mogol. Muchos de ellos aceptaron la posterior dominación inglesa y sus títulos se hicieron hereditarios. Por las fechas se debe referir a Nawab Muhammad Ibrahim Ali Khan que fue gobernador en el actual estado de Haryana.

hablaban inglés e ignoraban el hindi. Cerca de nuestra casa había un barrio muy pobre donde vivía Mehater que pertenecía a la casta de los intocables y que venía a casa a limpiar los servicios. Tenía una hija de mi edad de unos seis o siete años. Yo hice también amistad con ella. En cuanto encontraba un rato libre me iba a su casa. Ella no entendía mi idioma y yo no entendía el suyo. Pero ese no era ningún problema. Jugábamos con las muñecas y cuando teníamos sed bebíamos juntas de un jarro de barro que había en un rincón. Si llevaba algo de comida la repartíamos. Su madre tenía miedo y aceleraba siempre mi regreso. Decía en su idioma “po po” (vete, vete, entendía yo). Un día mi hermano Sandaba me pilló allí.

- Mira la “gordita”, ¡así que aquí venías! ¿Cómo se te ocurre entrar en la casa de un intocable? Ahora me voy a chivar a papá y a mamá. ¡Y has estado comiendo con ellos! Desde este momento nadie te podrá tocar en la casa y te volverás también intocable.

Mi hermano saltaba y se burlaba de mí. Yo empecé a llorar a gritos. No entendía nada. ¿Había perdido realmente ya para siempre el cariño de mi familia? Eso era difícil. Aunque con Sandaba sólo me llevaba dos años y siempre nos habíamos estado peleando, sin embargo nos queríamos mucho. Otra cosa era mi hermano mayor que me sacaba cinco y al que no me atrevía ni acercarme.

Mi infancia así iba quedando atrás. En los veranos, las montañas; en las Navidades, Calcuta; y por Dashain, regresábamos a Varanasi. Nuestra familia esperaba impaciente ese reencuentro. La casa se llenaba entonces de regalos, de vestidos y juguetes... Como mis tíos tenían hijos más pequeños que yo, todos me seguían a mí. Solía reunirlos a todos y hacer con ellos teatros y bailes. En nuestra casa de Ramapura había salones enormes. Bastaba toda nuestra familia para hacer un público numeroso y también agradecido. Decorar el escenario en Varanasi era muy fácil. Llegábamos a imprimir invitaciones y las repartíamos anunciando que en Ramapura se iba a representar la separación de Radha y Krishna.

Dramaturgia: Bulu Sharma.

Dirección: Bulu Sharma.

Coreografía y música: Bulu Sharma¹².

Yo me ocupaba de todo y hacía que los niños se aprendieran su papel. A veces era muy complicado juntarles a todos. Y otras nos peleábamos aunque enseguida lo arreglábamos: “Ek muthari sutari kiria utari”¹³. Y repitiendo el refrán nos convencíamos de que no había ninguna razón para seguir luchando.

Ya estaban bailando en el escenario cuando llegó mi hermano Raju y me dijo:

- Hermana, interrumpe el baile que han llegado gentes de Nepal y a ellos nos les gustará verte así. Hablarán mal de ti y ya sabes que hay que casarte allí. Padre ha dicho que dejes todo esto. ¡Páralo ya!

Yo estaba estupefacta. ¿Qué dice éste? ¿Quiénes son estas gentes a las que no les agradan las canciones y los bailes? ¿Qué clase de país es Nepal? No entiendo por qué me quieren casar. ¿Y por qué no lo hacen así con mis hermanos? No estaba dispuesta a sacrificar esa diversión. Aún no había radio ni televisión en casa y sólo una vez al mes, o como mucho dos, podíamos ir a ver películas como *Tarzán*, *Hunterwali*¹⁴, *Bhakta Prahlad*¹⁵... Así que a pesar del aviso de mi hermano, la representación siguió adelante. Con el dinero de las entradas fuimos a montar en barca al *ghat*¹⁶ de Dhasaswamegha. Las gentes de Nepal no mostraron abiertamente sus sentimientos pero yo creo que sí disfrutaron también con la velada. Mi tío

12 La autora escribe aquí su nombre de casada en lugar de su nombre real en aquellos tiempos. La memoria recuerda aquellos días con evidente debilidad.

13 Con el juego de palabras «Ek muthari sutari kiria utari», frecuente en el habla infantil de la India, los niños olvidaban las ofensas y construían su amistad de nuevo.

14 *Hunterwali* (1935) es una película de aventuras que fue escrita y dirigida por Homi Wadia y que trata la leyenda de una joven india y valiente que sacrifica sus lujos de sangre real por defender a su pueblo y su país.

15 *Bhakta Prahlad* (1926) es una película escrita y dirigida por D.G. Phalke y basada en una leyenda del Vishnu Purana. Prahlad desobedece a su padre, el demonio Hiranyakshapu, y adora a su enemigo Vishnu. Tras ser torturado por esta traición finalmente alcanza la liberación de manos del propio Vishnu.

16 Un *ghat* es el acceso escalonado que existe en los ríos sagrados de India.

Ishwari estaba tan feliz que hasta me compró una medalla. Todavía la tengo bien guardada.

Luego me casaron y me enviaron más allá de las siete colinas. Pocos recuerdos más guardo de aquellos días. Pero esos pocos han quedado arraigados en la profundidad de mi corazón y ahí están a salvo.

Cinco

Un momento. Todavía recuerdo aquella vez que fuimos a Rachi (Bihar), en la época de los ingleses, cuando el orden colonial aún respetaba las fortunas del país. Por todas partes se oía: “Yes, sir. Yes, sir.” Y con la mano en la barbilla se saludaban: “Salam”. Hasta ahí llegamos con nuestra corte de ayudantes y cocineros. Y ahí nos esperaba el conocido terrateniente Hajaribag Sr. Sudhamshuchakra Mukhophadhayay que nos había preparado el alojamiento y un coche para hacer las visitas. Era evidente la influencia que nuestro tío tenía también por aquellas tierras.

Fue delicioso visitar las cascadas Hundaru y Jona donde los turistas solían hacer pic-nic. Las colinas de Morabadi no eran muy altas así que podíamos subir a sus cimas fácilmente. Muchos nepalíes nos invitaban a comer. Entre ellos, Míster Thapa, un militar ya jubilado, que nos acompañó a visitar Rake. Allí se encontraba un hospital para enfermos mentales. El día que llegamos había una fiesta en la que todos ellos estaban bailando. En un salón muy grande con el suelo de madera sonaban valeses con la música muy suave. Nosotros, como espectadores, les mirábamos. De repente uno de aquellos enfermos me cogió de la muñeca y me sacó a bailar. A mi madre aquello le aterrorizó y empezó a chillar: “¡La va a matar! ¡La va a matar!”

En el interior del hospital habíamos estado viendo cosas muy raras. Algunos se pasaban las horas sonriendo sin ninguna razón, otros se quedaban mirando fijamente al techo y otros no paraban de pelearse. Para nosotros aquello resultaba a un mismo tiempo divertido y triste. A los más peligrosos les tenían

encerrados. Se entendía el miedo que había en los ojos de mi madre. Finalmente un inspector me rescató. Yo había estado dando vueltas y vueltas así que cuando me soltó caí al suelo y con el vértigo en el estómago acabé vomitando.

Paso a paso iba recorriendo mi niñez. Tenía un carácter muy simple. Todos me llamaban la niña santa. Yo no me preocupaba en absoluto de los problemas que podía haber en casa. Pasaba el tiempo estudiando, viajando a lugares de ensueño y jugando con mis amigas.

Recuerdo que le tenía mucho miedo a mi hermano –no puedo llamarle primo- Rajeswasri quien había sido adoptado por mi tío. Se enorgullecía en extremo de ser el hijo del abogado. Su hermano Munu era mucho más simpático y callado. Con el tiempo adoptó la simplicidad de la doctrina de Ghandi. Durante su vida estuvo siempre contra el dominio inglés y a favor de la democracia. Nos llevábamos dos años y medio y eso hacía que nuestra relación fuera más equilibrada.

Seis

En uno de mis cumpleaños, invité a todas mis amigas. Eran amigas de la escuela, hindúes y musulmanas. Hubo bocadillos, albóndigas, dulces y un pastel enorme. Nos sorteamos el turno para cantar y bailar. A mí me tocó cantar. Yo ya había mostrado un gran interés por la música y un profesor particular me había enseñado a tocar el armonio. La verdad es que en aquellos tiempos me interesaba por todo. Empecé a cantar sintiendo el ritmo que venía más que del armonio de mi interior. Me olvidé de mí misma y de los que estaban alrededor. Era una canción de Saigal¹⁷: “Duerme la princesa... duerme...” ¡me encantaba aquella canción! Al terminar todos estaban en silencio y visiblemente emocionados. Mi mejor amiga, Bishan, la hija del Juez de Patna, estaba llorando.

- ¡Qué dolor tienes en tu voz! – me dijo.

- ¿Dolor? ¿Qué dolor? – le pregunté.

Era incapaz de saber entonces que aquel dolor no era un dolor presente sino un dolor futuro que ya estaba en mi garganta. En aquel momento apareció en el salón un caballero. Era totalmente desconocido para mí.

17 Kundan Lal Saigal (1904-1947) fue la gran estrella del melodrama musical indio de los años treinta y cuarenta. Su primera película fue *Mohabbat ke Aansoo* (1932) aunque la fama le llegaría en 1934 con *Chandidas* y al año siguiente con el personaje de *Devdas*. Saigal inmortalizaría con estilo propio los *gazhals* de Mirza Ghalib. La canción a la que se hace alusión aquí es “Soja Rajkumari” que pertenece a la película *Zindagi* de 1940.

- He oído la canción desde fuera y no he podido resistirlo. Es una canción muy dulce. ¿Me puedes decir quién cantaba?

- Yo.

- ¡Cuánto sentimiento desde pequeña! Cuando seas mayor seguro que serás muy famosa. No dejes de cantar.

Nunca supimos quién era aquel hombre ni de dónde vino.

Sin embargo a mi primo Surya Prasad Upadhaya, que luego sería un famoso político con B. P. Koirala, aquello no le hacía gracia. Había llegado a casa a estudiar el bachillerato de Leyes junto a su hermano Sharada que lo iba a hacer en Educación. En Nepal entonces no podían cursarse estos estudios y esto aumentó mi curiosidad por aquel país. Los primeros días les teníamos un poco de miedo y tratábamos de no mezclarnos con ellos.

Una tarde llegó el profesor de armonio y ellos estaban ahí. Saqué el instrumento y empecé a cantar. Surya entró en la sala y desde un rincón me miró, hizo un gesto raro con la cara y se fue. Aquello me heló el corazón. ¿Acaso había cantado mal? ¿No tenía buena voz? Luego supe que lo que le había disgustado era que una chica cantase. A partir de entonces comencé a sentir resentimiento por Nepal.

Surya Prasad Upadayay, sin embargo, llegó a ser un gran líder en el Partido del Congreso Nepali. Algunos le llamarían Chanakya¹⁸ por su inteligencia. A su salón de reuniones acudirían todos los días los políticos del partido: B.P. Koirala, Krishan Prasad Bhattarai, Giriya Koirala, Surya Bahadur Thapa... Fue un hombre de inmenso corazón que ayudaría a muchos estudiantes y favorecería el matrimonio de hijas de familias humildes. Durante la época de Padma Shamsheer Rana hubo de huir del país – a pesar de la amistad que le unía a Suvarna Shamsheer Rana- y se quedó con nosotros en Patna. Su influencia, luego, se fue debilitando.

En una ocasión que fuimos a Nainital, él vino con nosotros. Fue en 1947. Daju – yo le llamaba así, “hermano mayor”-

18 Chanakya (c. 350-283 a.C.) fue el consejero y Primer Ministro de Chandragupta, el primer emperador Maurya (c. 340-293 a.C.). Llegó a ser profesor de la Universidad de Taxila y es también conocido por el nombre de Kautilya como creador del *Arthashastra*, uno de los tratados políticos y económicos que justamente le identifican como el arquitecto del primer imperio indio.

porque al fin y al cabo era un primo cercano- tenía muy buena relación con el recién nombrado Primer Ministro Jawar Lal Nehru. Todos en aquella familia – Indira, Vijaya Laxmi (la hermana de Nehru)- le respetaban mucho. En uno de aquellos paseos por Nainital nos encontramos con Vijaya Laxmi que venía con sus tres hijas. Entre ellas Chandra Kanta era la que más destacaba por su belleza. Cuando vio a Daju le dijo:

- ¡Upadhayaji¹⁹! ¿Cómo es que estando por aquí no has venido a vernos?

Yo entonces no supe advertir los lazos afectivos que ya existían entonces entre ellos.

19 La partícula ‘-ji’ añade un tratamiento de respeto al nombre que acompaña.

Siete

En otra ocasión las vacaciones de Navidad las pasamos en Calcuta. Era un lugar que nos encantaba a todos. Calcuta en Navidad era un paraíso. Las calles estaban llenas de ingleses. Nos alojábamos en el famoso Grand Hotel²⁰. Como siempre nos acompañaban los ayudantes que tenían unas habitaciones reservadas en la primera planta. Esta vez, sin embargo, nuestra habitación estaba aún ocupada por una familia bengalí. Nos ofrecían instalarnos provisionalmente en un pequeño cuarto que hacía las veces de almacén. Mi tío no se lo podía creer. Con la reserva en la mano le dijo indignado:

- ¿Así es como trabajan en un Hotel así? Quiero ver inmediatamente al Director.

- Disculpe, señor –respondió el gerente asustado- La familia vino de Bhubanwshwar a pasar aquí tres días y ya llevan cinco. Pero no se preocupe, señor. Hoy mismo dejarán la habitación libre. Yo mismo lo arreglaré, señor. Pero por favor, no se queje al Director.

Nos acompañó hasta su oficina y nos ofreció unos *snacks*. Arreglaron primero la habitación de los ayudantes, trasladaron

20 El Grand Hotel es uno de los hoteles más famosos de Calcuta. En sus inicios fue una modesta casa de huéspedes que pertenecía a la señora Monte en la calle –hoy avenida- Chowringhee. Cuando pasó a manos del barón armenio Arrathoon Stephen éste lo convirtió en el gran hotel de tres pisos y 500 habitaciones al que se refiere la autora. En 1938 el hotel sería comprado por Mohan Singh Oberoi pasando a denominarse Oberoi Grand Hotel.

luego a la familia bengalí y nos dieron finalmente nuestras dos habitaciones que teníamos reservadas.

En Calcuta hacíamos muchas visitas. Unos amigos de mi padre vivían en Howra. Tenían una gran fábrica de telas. Ellos mismos nos enviaban el coche para visitarlos. Habitaban una casa enorme en Bhawanipur donde nos invitaban a comer. Salíamos muy temprano, pasábamos por el templo de Kali y luego nos quedábamos allí todo el día. ¡Qué comidas las de Calcuta! Allí podíamos degustar todo tipo de mariscos: gambas, langostas con salsa de curry (todavía se me hace la boca agua recordando aquellos manjares). Y el pan de *phorpo*, la comida china del Grand Hotel, el K. C. Das *rasagoola* –el mejor postre de la ciudad- y los batidos de Badabazar... ¡Qué de placeres! ¡Y qué de planes hacíamos!

Mi favorito era ir a Alipur. Allí se celebraba en diciembre la última carrera de caballos. El hipódromo se llenaba de *nawabs*, de príncipes, de funcionarios y de ricos de todas las clases. Por allí se paseaban las actrices y los actores más famosos de aquellos tiempos. Y todos vestían a la moda. En nuestra infancia no entendíamos de caballos pero disfrutábamos viendo a toda esa gente gritar y jalea a los equinos.

De vez en cuando mi padre me preguntaba:

- Dime, ¿qué caballo cojo?

Y yo le decía cualquier número. A veces resultaba ganador y todos nos reíamos. Luego nos íbamos directos a New Market, que estaba muy bien iluminado. En un día resultaba difícil recorrerlo todo. A mí me gustaba mucho ver los vestidos para mis muñecas. Allí conseguí mi “Shirley Temple”²¹. Mis hermanos se compraban pistolas y mecanos... Mientras voy recogiendo todas estas memorias me siento como si estuviera en un trastero lleno de recuerdos. Apenas tengo sitio para apoyar el pie.

21 Las muñecas de “Sherley Temple” se hicieron famosas durante la década de los treinta mientras su original humano vendía su infancia a los Estudios Fox. Junto a las muñecas se vendía también una línea de vestidos que reproducían los que sacaba la pequeña Sherley en sus películas: *Out all night* (1933), *Stand Up and Cheer!* (1934), *Curly Top* (1935), *Poor Little rich girl* (1936), *Heidi* (1937), *Little Miss Broadway* (1938) o *The Little Princess* (1939).

Volvamos a Ramnagar, al que también llamaban Harinagar. Aunque era un estado indio, allí reinaba Ramraja, de la dinastía Shah. Desconozco la historia de sus ancestros. Quizá si estudian su historia se enteren de algo. Yo no tengo tiempo ni interés en hacerlo. Como ya he escrito más arriba, mis dos abuelos habían sido como los ministros o secretarios de aquel estado. Por toda su dedicación llegaron a ser condecorados con el título de *Phaugdar*, por el que aún se conoce a nuestra familia allí. Aquel título nos llenaba de orgullo.

En Ramnagar teníamos tierras. Había un montón de obreros allí. Mi padre se encargaba de cuidarlas y todos los trabajadores le tenían respeto. Siempre aparecía rodeado de administradores, como si fuera un califa. En aquella época la disciplina aún organizaba el trabajo.

En algunas vacaciones íbamos por allí y todos los niños del barrio venían a visitarme. Los campesinos acudían a vernos con regalos: yogures, plátanos, pescados, cabras, verduras... Todos se preocupaban por tener felices a los jefes. Nos íbamos de picnic y mientras se asaban las cabras nosotros corríamos y saltábamos por el campo felices. Recuerdo que salíamos de casa con todas las cosas en un carro de bueyes. Aquello se movía mucho y no era fácil ponerle el yugo al buey. Todos los niños metíamos las cosas en el carro y nos subíamos en él. Y de repente el carro se daba la vuelta y todos nos caíamos. Nos habíamos olvidado de atar al buey. Todos los niños empezaban a llorar y nosotros al explicarlo no podíamos sino reírnos de todo aquello. Aquellos sí que eran días felices...

Poco a poco empezó a llegar la electricidad y empezaron a arreglar las calles. Nuestra casa, aunque estaba en el campo, disfrutaba de muchas de las comodidades de la ciudad. Para luchar contra el calor del verano trajeron un ventilador muy gracioso. Era un palo redondo en el que había una tela enrollada y de la que salían dos cordones que iban a la barandilla. Por las tardes, cuando nos echábamos la siesta, los ayudantes se turnaban para tirar de los cordones desde fuera de modo que hacían que la tela se moviera dejando pasar una brisa de aire. En Patna no había visto nada parecido y cuando lo vi en Ramnagar me hizo mucha gracia.

Una tarde, mientras echábamos la siesta, oímos a un niño llorar. Aquel día había venido Ganesba con su niño cogido a la espalda. Yo protesté: “¡Viene a trabajar con el niño!” Pero entonces mi madre me preguntó: “¿Con quién quieres que lo deje? Ellos no tienen criados que les cuiden. ¿Por qué te enfadas?” Entonces me puse nerviosa y como no podía quedarme allí, salí fuera. Mi madre me gritó: “¿Dónde vas con este calor? ¡Vas a coger algo!”

Llevaba razón. Hacía un calor insoportable. El aire quemaba la piel. Fuera una mujer muy delgada y morena estaba intentando con una mano amamantar a su bebé de siete u ocho meses. Al verme se asustó creyendo que el niño nos había despertado. Con su otra mano tiraba del cordón del ventilador. Apenas podía mantener el equilibrio. Madre y niño estaban empañados de sudor. Aquella imagen se grabó en mi memoria y no ha salido nunca de mi mente. La crueldad del *jamindar*²² en aquella época era increíble; nada entendíamos de la pobreza y el sufrimiento.

Luego llegaría a casa el ventilador de *Kush*. Era de bambú y olía muy bien. Se colgaba como las cortinas por las puertas y las ventanas. Hacían la habitación más oscura y más fresca.

22 *Jamindar* o *zamindar*: en la India del Imperio británico se refiere al terrateniente que se encarga de recoger y entregar los impuestos al gobierno central.

Ocho

Había cumplido ya doce primaveras y en Varanasi comenzaron a oírse suspiros por mi próxima boda.

- Es tan inocente esta hija mía –decía mi padre- que no sabe nada todavía sobre cómo llevar una casa. Poco imagina cómo van a ser sus suegros. Para que vaya aprendiendo algo creo que conviene que se vaya a vivir algunos días con sus tíos.

Mi tía, la hermana mayor de mi padre, se había quedado viuda de niña y vivía también en la casa. Eso no era nada frecuente²³ y menos aún que la respetaran como si fuera la dueña. Al morir el abuelo, mis tíos también la acogieron muy bien. Mi tía había heredado entonces casi un pueblo entero por lo que no suponía ninguna carga económica.

La segunda esposa de mi otro abuelo era una asistenta que habían traído de la montaña. Al abuelo le gustó y se casó con ella. Luego, tras ella, llegó su madre como era costumbre en la montaña. A todos nos extrañaba su forma de comer, de comportarse y de hablar. Para ella vivíamos en el lujo y en las apariencias. La llamábamos *Dadaama*.

- Quédate unos días conmigo y te enseñaré todo lo que tienes que saber – me dijo. Y cogiéndome de la mano empezamos a bailar y a cantar: “La niña Bulu... *hakeni* / ¡Qué guapa es!... *hakeni* / Se va a casar... *hakeni* / La única hija ... *hakeni* / respetará

23 La costumbre llevaba a encerrar a las jóvenes viudas (a veces incluso menores de edad) en una casa –*ashram*- en la que como en una leprosería se las mantenía al margen de la sociedad. Puede verse, al respecto, la película-documental *Water* de Deepa Mehta (2005), ambientada precisamente en el Varanasi de finales de los años treinta.

a su suegra ... *hakeni* / cuidará su casa ... *hakeni*". Me gustó aquel baile pero no entendí qué quería decir con aquello de respetar a su suegra ni de cuidar de la casa.

Mi prima más querida era Nona. Nos llevábamos muy bien aunque era un poco traviesa. Su madre se murió cuando era muy pequeña así que la vida la espabiló más que a mí. En la fiesta de *Holi*²⁴ solían proyectar cine durante toda la noche. Para verlo había que subir a una colina.

- Didi, vamos a pasar toda la noche viendo películas.

- No, no. Yo no voy. Enseguida me entra sueño.

- ¿Ves? ¡Cómo eres! No te interesa nada. ¡Vamos! Vente conmigo. Ya eres mayor. ¿No te apetece ver algo nuevo?

Aquella noche pedí permiso a mi madre para ir a dormir a casa de Nona. Mi madre pensó que la hija de su cuñada era como su propia hija y me concedió el permiso. Hacia las ocho nos fuimos las dos con otras dos primas más al cine Chitra. No teníamos ni idea de qué películas ponían. La primera fue *Punarmilan*²⁵. Yo me dormí y al despertar todavía seguía la película. Entonces me entró miedo y me puse a llorar recordando mi casa. Nunca había hecho algo así sin que lo supieran mis padres. ¿Cómo iba a volver a casa? ¿Qué les iba a contar?

Al regresar, -¡oh Dios!- sólo la mirada de mi padre fue ya suficiente.

- Hija, nunca hubiera esperado esto de ti – y no dijo nada más. Lo justo para que yo me sintiera terriblemente culpable de haber hecho algo en contra de su voluntad.

Yo tenía mucho interés en conocer cosas nuevas, en descubrir la vida, pero mi corazón siempre ha sido muy débil. Sobre todo

24 El Festival de *Holi* se celebra a finales de febrero o principios de marzo. El nombre procede de la leyenda de Prahlada y Hiranyakasipu. Se cuenta que Hiranyakasipu era un poderoso rey-demonio que deseaba que todo el mundo le adorara como un dios. Su hijo Prahlad, sin embargo, prefería adorar a Vishnu. Para vengarse de esta afrenta, el rey pidió a su hermana Holika que envolviera a Prahlad en una corona de fuego. Al intentar hacerlo la protección de Vishnu hacía que el fuego desapareciera. La fiesta se celebra arrojándose unos a otros polvos de colores y globos de agua durante todo el día.

25 *Punarmilan* (1940) fue dirigida por S. Nahmul-Hasan Naqvi e interpretada por Kishore Sahu y Snehaprabha. Trata la historia de un hijo que carga con la culpa de su padre del que se sospecha que ha asesinado a un íntimo amigo y luego ha huído.

cuando implica no respetar a mis mayores. Sin embargo, dentro de la casa, de vez en cuando me gustaba gastar bromas.

En Tihar²⁶ solía poner la *tika* a mis cuatro “hermanos” y a un administrador de mi padre. Después de la ceremonia todos nos sentábamos a comer *raju* con especias y mostaza. Estaba riquísimo aquel pescado. Al no estar casados ni tampoco haber celebrado la *bratabanda*²⁷ teníamos que comer abajo, lejos de la cocina.

- ¡Munshiji²⁸, hermano! –le decía al administrador con nada buena intención- Tú eres mayor que nosotros. ¿No tendrías que comer más rápido? Vas a terminar el último.

- ¿Eh? No, no. ¡Ya verás!

Y se puso a mezclar el curry de pescado con el arroz y a soplar y a tragar rápidamente. Al poco chilló y paró de comer. Todos nos quedamos mirándole. Tenía los ojos llenos de lágrimas y no podía contener el hipo. Una espina de pescado se le había clavado en la garganta. No se le pasaba ni con agua ni con arroz. Inmediatamente el chófer Sukhari trajo el coche y le llevó al hospital. Allí pasó casi tres horas. No había forma de arrancarle la espina. Estuvo tres o cuatro días sin poder hablar con la herida en la garganta. Ahora, cada vez que veo una cabeza de *raju*, aún me siento culpable.

26 *Tihar* es un festival nepalí que sigue a *Dashain* y que consta de cinco días cada uno con su ceremonia particular: día 1, *Kag Puja* (adoración de los cuervos); día 2, *Kukur Puja* (adoración de los perros); día 3, *Gai Puja* (adoración de las vacas) por la mañana y *Laxmi Puja* (adoración de la diosa de la abundancia) por la tarde; día 4, *Gobhardan Puja* (adoración del estiércol de vaca) y *Mhha Puja* (adoración del Yo donde los newares celebran su año nuevo o Nepal Sambat); día 5, *Bhai Tika* donde las hermanas ponen la tika en la frente de los hermanos para desearles larga vida. En *Laxmi Puja* se celebra también el festival hindú de *Deepavali* que se celebra en toda India llenando de luces las casas.

27 *Bratabhanda* es la ceremonia hindú por la que el niño pasa a tener la suficiente madurez como para asumir sus responsabilidades de *brahmacharya* (estudiante). Según las creencias hindúes la vida de una persona puede ser dividida en cuatro etapas: *brahmacharya* (0-25 años), *grihastha* (26-50 años), *sanyasa* (51-75 años) y *banaprasta* (más de 75 años). La ceremonia consiste en afeitarse la cabeza del niño y practicar una serie de rituales en los que adquieren el cordón divino (*janai*) que habrán de llevar toda la vida.

28 Munshiji es el administrador de una explotación agraria.

Nueve

Durante mi infancia, Bisheswar Prashad Koirala vivió en Patna. Era cuñado de mi tío Kali. Yo le llamaba *mamaji*. Era un hombre muy sencillo y simpático. Y guapo. Me encantaba. Un día todos estábamos charlando en el salón. Hacía poco que él había salido de la cárcel. Nos contaba cosas muy divertidas a los niños.

- *Mamaji*, cuéntanos algo interesante, por favor.

- Ya no sé qué contar – respondió – ya no me quedan más historias. Cuéntanos algo tú, Bulu.

Yo pensé en algo y comencé a improvisar.

- *Mamaji*, ya sabes que en Varanasi tenemos una casa enorme.

- Sí, sí. He estado muchas veces ahí – me contestó.

- Un día, después de lavar mi pelo estaba en la terraza secándolo. Mi melena llegaba hasta las rodillas. De repente oí el sonido de una avioneta. Alcé los ojos y me quedé mirándola. No había visto ninguna hasta entonces. Sentí cómo la avioneta me sobrevolaba y todo mi pelo quedaba en el aire. ¿Y sabes qué, *mamaji*? El piloto me cogió del pelo y empecé a volar.

Miré a *mamaji* y le vi escuchando con tanto interés que seguí inventando.

- ¿Y sabes qué hice, *mamaji*? Cogí las tijeras con las que había estado cortando mis uñas y empecé a cortar mi pelo deprisa. ¡Ay! Caí al jardín y por eso me salvé. Si no, hubiera volado hasta no sé dónde.

- Ay Bulu. Cuentas historias más interesantes que las mías. Menos mal que te has salvado ¿eh? – A mi me dio la impresión de que se lo había tomado en serio. No hizo ni una burla.

Luego se lo conté a mi madre.

- Mamá, mamá. *Mamaji* se ha creído todo lo que le conté.

- Tonta –me dijo- ¿Quién se va a creer todo eso? Lo hace para que te quedes contenta y nada más. Es su forma de ser.

Días después, *mamaji* me vio y me dijo:

- Todavía tienes el pelo muy bonito y largo. ¿Cómo lo cuidas?

Mamaji nunca llegaría a saber que el día que me tocaba lavar el pelo me entraban ganas de llorar. Tardaba casi una hora en peinarlo.

Y mientras yo me ocupaba de estas cosas, los rumores sobre mi boda crecían y crecían.

Diez

Ya se hablaba de arreglar mi matrimonio en casa de unos brahmines que eran sacerdotes reales. Mi tío Ambika lo tenía muy claro:

- Hay que casar a la niña en Nepal donde pueda llevar oro en sus pies.

La primera mujer de mi tío Kali procedía de esa casa. Cuando ella murió, mi tío se casó con la hermana de Matrika Prasad Koirala²⁹. Y luego se casaría también con Madalasha, de afamada belleza y hermana mayor de Biswobhandhu Thapa, que llegó a ser Ministro.

Mi tío Kali arregló mi matrimonio con el hermano pequeño de su primera esposa. En aquel tiempo no se miraban las virtudes del novio ni sus estudios, ni cómo era de guapo, ni si tenía buen o mal carácter. Lo único que importaba era que procediera de buena familia y que tuviera riquezas. Desde este punto de vista mi matrimonio con Guru-Purohit (G.P.)Medani Raj Satyal, hijo de G.P. Noda Raj Satyal, fue todo un acierto.

Yo entonces pensaba en la boda únicamente como un juego. Igual que imaginaba las bodas entre mis muñecos. Mis padres estaban encantados porque al fin yo podría llevar oro en los pies y podría escribir delante de mi nombre el título de Guru-Purohit. Eso era prestigioso. El oro en los pies no podía llevarlo

29 Krishna Prasad Koirala, el padre, había tenido cinco hijos – Matrika (1912-1997), Bishweshwar (1914-1982), Keshav (1922-1974), Girija (n. 1925) y Tarini (1923-1973)- y dos hijas, Nalini y Laxmi. Tres de los hijos han llegado al cargo de Primer Ministro de Nepal.

cualquiera, estaba reservado sólo para las familias de los sacerdotes reales. Cuando fuéramos luego a los Palacios toda la aristocracia Rana y Shah habría de levantarse de la silla, acercarse a nosotros e inclinar su cabeza para recibir nuestra bendición. Pero en aquel tiempo aquellas cosas no me importaban. Lo que realmente me preocupaba era pensar que después de la boda me enviarían a Nepal.

Un día llegó el novio para conocerme. Mi tío Kali lo alojó en su casa y se decidió que mi presentación fuera en el cine. ¡Qué más podía soñar...! Iba a ir al cine con un precioso vestido y maquillada. Recuerdo que la película era de Ashok Kumar y Renuka Devi. Me encantaba Ashok Kumar³⁰. Me sentía muy feliz. A mi lado empezaron a susurrar. No pude entender lo que decían. Antes de que la luz se apagara llegaron cinco personas que ocuparon la fila de delante. De vez en cuando miraban hacia atrás. Mi madre, que estaba al lado mío, me dijo:

- Oye, quítate las gafas que ahora no debes llevarlas.

Yo me quedé muy sorprendida.

- ¿Por qué mamá? ¿Cómo voy a ver la película?

- Han venido de Nepal para verte. Si te ven con las gafas pensarán que no tienes vergüenza. Hazme caso; quítatelas.

¡Pero cómo podían ser tan raras estas gentes de Nepal!

Mi padre, días después, se iría a Calcuta a comprar el ajuar.

- ¡Papá, traeme un joyero musical! ¡Y también quiero que me traigas la *chapta* que lleva la actriz Naseem en su cabeza en *Pukar*³¹.

30 Sanjay Ashok Kumar (1911-2001), cariñosamente conocido como “Dadamoni”, comenzó su carrera en 1936 con *Jeevan Naiya*. Inmediatamente será conocido por sus dramas sociales y comprometidos -como *Acchut Kanya* (1936)- junto a la que sería su esposa, Devika Rani. La película que protagoniza con Renuka Devi es *Naya Sansar* (1941) dirigida por N.R. Acharya. Es un melodrama sobre un periodista que trabaja en el periódico *Sansar*. El editor está enamorado de una joven huérfana que han criado en la familia desde niña. Sin embargo, ella se enamora del periodista comprometido.

31 *Pukar* (1939) es una película urdu dirigida por Sohrab Modi y que cuenta la leyenda del emperador Mogol Jahangir que amenaza con suicidarse al enterarse que la emperatriz Noorjehan (Naseem Bano) ha podido asesinar al marido de una lavandera.

Mi madre, que estaba en la habitación, me empezó a mirar y yo le pregunté:

- *Muwa*, ¿por qué me mira así?

- Hija, eres todavía tan niña. ¿Cómo podrás llevar adelante una casa? ¿Y encima en un sitio tan tradicional como Nepal?

- Te estoy diciendo que no quiero ir a Nepal. ¿Por qué os empeñáis en casarme y en enviarme allí?

Mi madre, en silencio, salió de la habitación conteniendo las lágrimas.

Hasta ese momento yo no había asistido a ninguna boda. Recuerdo que entonces mi tía Kunti vino a Patna desde Birjung. Ella se había criado en una gran familia y conocía las costumbres muy bien. Tenía un sentido del juego muy particular. Fabricaba muñecas de tela y las nombraba con parentescos como suegra, cuñada, tía, como si fueran también una gran familia. Al oír sus nombres yo le preguntaba:

- *Didi*, ¿quiénes son? ¿Son amigas de la casa del novio? Si es así yo no me sentiré mal allí ¿verdad?

- Yo no sé cómo será esa familia – me dijo.

- Pero ¿por qué? Serán como los de aquí ¿no?

- Aquí has crecido en la cultura india dentro de una pequeña familia sin que te falte de nada. ¿Quién sabe que va a pasar mañana? Contentar a la gente de Nepal es muy difícil. Allí no hay sitios a los que salir de excursión ni ver otras cosas. No saben nada. Sólo saben mostrar su orgullo.

- Espera, *didi*. No me cuentes más que ya tengo miedo.

- ¿Sabes? Vamos a jugar a la boda de las muñecas. Primero, entra la novia en la casa y saluda a todos y luego se va a dormir.

- ¿Y los otros, *didi*? ¿No se van a dormir?

- ¡Tonta! Nadie más duerme en la habitación de los novios.

- *Didi*, te cambio mi muñeca ¿vale? Ésta me la compró mi padre en Calcuta.

- No, no. Me dirán que te he quitado tu muñeca. Lo que puedo hacer es enseñarte a hacerlas tú misma.

Y así apuraba mis últimos días de infancia.

Una de aquellas tardes tenía a todos los niños alrededor mío en casa de mi tía Balbidhawa. Les preparaba para un gran desfile. De repente, una de las niñas, Sabitri, me dijo:

- *Didi*, vas a casarte. ¿Por qué sigues jugando con nosotros? Una vez te vayas todo esto desaparecerá y nadie más tendrá interés en hacerlo.

Por un momento me entró pánico. Tras la boda ¿no volveré a verles de nuevo? Mis padres, mis amigos, ¿nadie vendrá conmigo? ¿Me arrancan de la casa para siempre? No pude controlarme y empecé a llorar. Las lágrimas no sólo mostraban mi debilidad sino que hacían de cauce para sacar mis sentimientos, el dolor que me torturaba. Eso me ayudaba a tranquilizarme y a aclarar mi mente. Pero al verme así todos los niños comenzaron a llorar. Y Sabitri me dijo:

- No llores, *didi*. Claro que podrás venir a visitarnos.

Y en ese momento entró mi tía.

- ¿Qué son estos lloros y suspiros? ¿Qué ha pasado?

Y mi prima Nona le dijo:

- Mira mamá cómo está llorando la prima Bulu. ¿Es verdad que no vamos a verla más?

- Pero bueno, tonta, mira cómo se te han enrojecido la nariz y las mejillas. – y me acarició.- Vete a lavar la cara. Si te ven tus padres así también les harás llorar. ¡Levántate!

Once

En la casa de Ramapura ya se preparaba mi equipaje. Hacía ya más de dos meses que todos andaban liados con los preparativos. Para hacer las joyas había venido un joyero bengalí. Le llamábamos Shubodhda. Me había dejado elegir por catálogo. Los sastres de Varanasi habían llegado para ofrecernos *saris* de seda. En aquellos días se notaba bien la diferencia entre ir a las tiendas o que los tenderos acudieran a la casa. A mí, hija de un *jamindar* y de una familia de abogados, no me podía faltar de nada. Mi madre me decía:

- No te hagas muchas blusas sin mangas. Allí hace mucho frío. Que sean de manga larga.

- No, no. Mamá, ¿cómo puedes pensar que me pondré una blusa de manga larga con *sari*?

Mi amiga que había venido de Patna también se lo dijo. En India no se llevaban blusas de manga larga. En caso de hacer frío nos poníamos un jersey o un chal encima. Pero en Nepal, según contaba mi madre, incluso en la casa una se ponía encima de la blusa de manga larga un chal. Y no era sólo por el frío; era un gesto de respeto hacia los mayores.

- Entonces ¿para qué voy a hacer las blusas con telas caras si al llevarlas siempre debajo de un chal no se van a ver? Tampoco me apetece llevar *saris* de Varanasi porque pesan mucho. ¿No puedo ponerme kurtas?

- No, tonta. Ya eres mayor. Además, en Nepal nadie lleva kurtas.

De nuevo me quedé con los ojos como platos.

- Pero mamá, el tío envió a la casa del novio una foto en la que yo vestía un kurta. Y les ha gustado ¿no?

- Tu tío no entiende de estas cosas. Como es el cuñado del novio no tiene tanto cuidado. Menos mal que vinieron a verte sin comentar cosas por ahí.

Y entonces, picarona, me preguntó Krishana:

- Bulu, ¿y qué te ha parecido el novio? No has dicho nada. Yo creo que a él sí que le has gustado.

- La verdad es que no sé quién es el novio. Mamá me dijo que me quitara las gafas. Y como era una película de Ashok Kumar pues se me pasó el tiempo sin enterarme.

A la boda no vinieron los padres del novio. Sólo vino el hermano mayor, la cuñada, los sacerdotes y algunos amigos con sus ayudantes. Más tarde me enteraría que la madre en realidad era madrastra. La cuñada procedía de las montañas, de Dhang. Yo no hacía más que pensar cómo me llevaría con toda esta gente. No había nada en mi aspecto físico, en mi cultura ni en mi inocencia que tuviera nada que ver con ellos.

En la escuela Krishana era mi mejor amiga. Por eso, en la boda, ella se sintió muy triste porque sabía que después yo abandonaría la casa y saldría del país. Cuando me dijeron que había llegado la gente de Nepal me entraron unas ganas terribles de llorar. Hacía ya una semana que había perdido la sonrisa y las ganas de comer. Krishana entonces me dijo:

- Levántate Bulu. No puedes estar así. Vamos a cantar y a bailar. Queremos un recuerdo feliz de tu boda.

Desde hacía cuatro o cinco días en el porche de la entrada sonaba un lastimoso *shahanai*³². El *shahanai* de Bismillah Khan nos hacía llorar a todos. Toda la casa estaba llena de flores e iluminada con muchas luces. Yo saqué el armonio y entre mis amigas empecé a cantar:

32 El *shahanai* es un instrumento de viento que parece ser de origen persa. Es como una flauta vertical con lengüeta de caña doble que se abre en su extremo inferior en forma de copa. Está ligado a las procesiones religiosas y a las principales fiestas familiares. Bismillah Khan (1916-2006) es el intérprete más reconocido de este instrumento.

*Mi casa maternal se aleja poco a poco.
Los cuatro cocheros adornan el palanquín.
Aquí os quedáis; yo parto a mi nuevo hogar.*

Mi voz salía muy triste de mi garganta. No había nada de alegría. Era una canción empapada en lágrimas que alcanzó el corazón de todos los que estaban en la casa.

- ¡No! ¡No quiero ir a Nepal! ¡No me enviéis a Nepal, por favor!

Pero entonces me pusieron en el carro que habían estado decorando con esmero y se despidieron de mí. Yo solo tenía catorce años.



1. Yo, a los ocho meses.



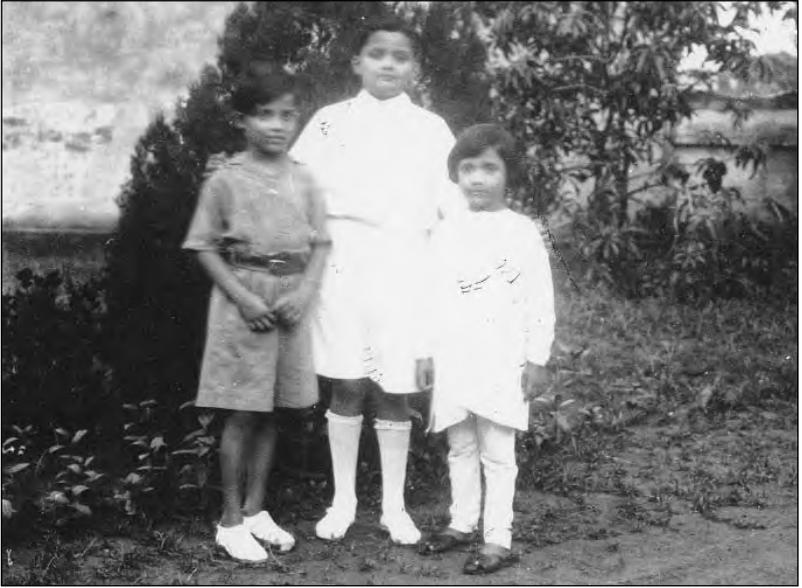
2. Mi padre y mi madre.



3. 1932. Paseo con mi madre, mi hermano y mi tío Ambika por la estación de invierno de Massouri (Uttanchal, India)



4. En Ranchi (Bihar) con mi tío Ambika (el primer historiador de Nepal), mi tía Ambalika Devi (la primera novelista nepalí), mi madre Sushila Devi y mis dos hermanos.



5. Con mis hermanos Rajeshwari (primer presidente del Partido del Congreso de Nepal) y Bhuneswari.



6. La foto enviada para el compromiso.



7. Nuestra boda.



8. Despidiéndome de la casa materna.



9. En el tren con mi nueva cuñada.

PARTE II

Por el Sendero del Asrama

*Dicen los Vedas que
la ley humana es la expresión y maduración
naturales del cuerpo, de la mente y de las emociones.
Ese es el Dharma Humano (Asrama)*

Doce

En el viaje a Katmandú me acompañó Kalyani, la hija de nuestro administrador. De pequeñas habíamos sido amigas aunque ahora se notaban más sus tres o cuatro años de diferencia. Estudiaba en Patna. Como ella se había criado en un pueblo, sabía cómo llevar las cosas de una gran familia.

Tardamos tres o cuatro días en llegar. Las carreteras entonces apenas existían. En el camino visitamos a muchos familiares. Mis tíos de Patna viajaron hasta Sonpur para despedirse. Trajeron muchos regalos. Cuando vi a mi tía, no pude contenerme.

- Tía, no me envíes a Nepal. No conozco a nadie. Llévame a casa, por favor. Esta gente no podrá nunca quererme.

- No, mi niña –me decía entre lágrimas- Son ellos los que te van a querer de aquí en adelante. Para ti, mi niña, la familia de tu marido es ya tu única familia.

- Entonces ¿por qué me envían tan lejos de casa? ¡Ay, Krishna! ¡Cómo me gustaría que este tren descarrilara! Así no tendría que separarme de mi familia y dejaría de sufrir.

- Bulu, no digas eso. Esta gente es tu familia. Y punto.

Así por el camino fui despidiéndome de todos: Muzaffarpur, Sugali... Al llegar a Birjung cambiamos de tren. Era un tren muy pequeño, como de muñecas. Iba muy lento. En comparación con los trenes de India era diminuto. La estación era también muy pequeña.

Cuando atravesamos la jungla de Charkose Jadhi a mí me entró mucho sueño. Cerré los ojos y me parecía que iba volando. Mi cuñada me reprendió:

- *Bahini*³³, aquí no se puede dormir. Si te duermes en la jungla puedes coger la malaria. ¡Despiértate!

No tenía ni idea qué era eso de la malaria. Traté con todas mis fuerzas de mantener los ojos bien abiertos. Luego en Amalekhgunj comimos unos *puris* y un curry delicioso y seguimos en autobús hasta Bhimphedi. Ahí los paisajes te quitaban el hipo. Los ríos caían en cascadas enormes y las montañas eran de un verde intenso. Todo aquello me animó tanto que empecé a cantar.

Kalyani me dio un pellizco y me dijo que me callara.

- Pero ¿qué pasa?

- *Maiya*, ahora estás casada y no puedes cantar. Toda la gente de tu casa está aquí. ¿No lo ves?

Miré alrededor y todos me eran desconocidos. Esa noche la pasamos en un hostel de Bhimphedi, en un cuarto muy frío.

Al día siguiente partimos temprano y en el camino salieron a recibirnos muchos sirvientes. Cuando empezó a atardecer plantamos el campamento allí mismo. En la oscuridad, me llamaron para cenar. Yo tenía mucho miedo. Menos mal que había venido conmigo Kalyani. Uno de los cocineros que se llamaba Dhakal y era muy gracioso le dijo a uno de los perros que merodeaban por allí:

- Oye, no entres sin lavarte los pies. A ver si me vas a dejar la cocina impura...

Aunque me hizo gracia no entendí muy bien a qué se refería. ¿Es posible que en Nepal den de comer a los perros en la cocina?

Por la mañana volví a subir al palanquín que se parecía a una barca. En cada lado tenía un agujero por los que se pasaba el bambú que luego portaban los sirvientes. Yo misma llevaba un paraguas para protegerme del sol. Mi padre me había regalado unos dulces de Varanasi y los repartí entre todos. Uno de los sirvientes no dejaba de relamerse:

- Mmmmm ¡Cómo debe ser un país en el que se pueden comer dulces así!

33 *Bahini* designa a la hermana pequeña y por extensión a la nuera más joven.

Y llegamos a Kulekhani para pasar la noche. Kulekhani era un sitio precioso. Estaba plagado de riachuelos que buscaban, traviosos, su sendero entre las rocas. No pude contenerme y me fui hacia uno de ellos.

- Oye, novia, no vayas por ahí. Te puedes resbalar y caer.

No le hice caso. Me acerqué al agua y me lavé la cara. El agua olía fatal.

- Kalyani, ¿cómo es posible que no aprecien la belleza de este lugar? Hay mierda por todos los sitios. Esto podía ser un paraíso...

Pasamos la noche ahí y después de almorzar salimos hacia Thankot donde solían descansar todos los viajeros. Allí se hacían pic-nics y se cambiaban de ropa para hacer su entrada en Katmandú.

- Bueno, novia, bájate del palanquín que ya llegamos a casa.

Miré alrededor y sólo vi unos escalones muy estrechos de madera que sujetaban un suelo de arcilla roja con una alfombra de paja. Todo estaba en silencio. Kalyani tampoco estaba acostumbrada a estos sitios. No había ni coches ni *ricksaws* ni nadie. Y me entraron ganas de llorar.

- *Maiya*, no llores, que estoy aquí contigo. No entiendo cómo te han podido enviar a un sitio así.

- Oye, novia. No te quedes ahí. Cámbiate que después de merendar nos vamos a casa.

Mi cuñada me maquilló y me vestí con un sari rojo, un chal y me puse algunas joyas que llevaba. Mi cuñado, al verme tan triste, le dijo al chófer:

- Oye, Shukhadas. Antes de llegar a casa pasa primero por New Road. Así verá la novia que por aquí también tenemos sitios bonitos.

Y entonces recordé una canción que había oído a una criada: "Paseemos, Kanchi, por Dillibazar; Vamos a Dillibazar".

- Yo quiero ver Dillibazar también - le dije en un susurro.

- Vale, vale. Pasaremos por Dillibazar.

Pero Dillibazar resultó un lugar insulso, sin grandes tiendas, y sin apenas nada que recordar. Al fin llegamos a casa. Era más grande de lo que pensaba y tenía los tejados rojos. Había mucha

gente. Y música. Pero ni una bombilla. Contemplando aquella casa, la nuestra me parecía el Palacio de Indra.

Se hicieron las presentaciones y algunos comentaron “Ah, qué novia más guapa”. Otros decían “Es un poco morena pero una vez tome el agua de aquí se hará más clara”. Y otros, “Tiene facciones de indio y está un poco gorda”.

Me excusé con un ligero dolor de cabeza y no fui a cenar. No tenía ganas de quitarme la blusa enfrente de tanta gente, según su costumbre.

- Si haces esto ahora, ¿qué piensas hacer en invierno? – me dijo Kalyani.

- Ya veré.

Trece

Cuando entré en la habitación mi esposo me estaba esperando. Me temblaba todo el cuerpo.

- *Mayaji*³⁴, ven aquí. Desde ahora te llamaré así ¿vale? Mira, ahí tengo el pijama colgado. Ven, tráemelo.

Me quedé sorprendida. ¿Cómo puede pedirme eso si aún no nos conocemos?

- Mira, ahí está colgado mi *bhoto sural*.- me repitió.

Yo nunca había visto un *bhoto sural* hasta entonces. Me quedé mirándolo sin saber qué hacer.

- Aquí está, tonta. Éste es el *bhoto*.

No podía imaginar que los hombres también llevaran chales como las mujeres.

- *Mayasaheb*³⁵, los *bhotes*³⁶ en Nepal llevan este tipo de vestido y tienen piojos blancos en las ropas.

- ¿En este también hay piojos? – le pregunté en un susurro.

- ¡Cómo se te ocurre! ¿Cómo vamos a tener nosotros piojos en nuestras ropas? Oye, no vuelvas a hablar sin pensar antes lo que dices. ¿De acuerdo?

Mi marido cambió de tema y empezó a hablarme con más dulzura.

34 *Mayaji* es un tratamiento cariñoso y al mismo tiempo de respeto. Maya significa “amor” y -ji, como ya hemos visto, es la partícula que indica el respeto que se siente hacia quien se dirige.

35 *Mayasaheb* es un tratamiento similar a *Mayaji*. Con el término “saheb” (“sir”) se designaba a los ingleses en la India colonial.

36 Con el vocablo *bhote* se designa en Nepal a los grupos étnicos de origen tibetano.

- Ven, siéntate aquí, cerca de mí. No tengas miedo. – y me cogió de la mano- Eres tan guapa como simple. Pareces una santa. Pero no conoces nada de este mundo. Oye, escúchame: no hables con los demás sobre lo que no conoces. Todo lo que quieras saber, pregúntamelo a mí.

Yo le asentí con la cabeza.

- ¿Qué te han regalado mis padres?

- Tu padre me dio un *mohar*³⁷ y tu madre dinero.

- ¿Qué? ¿Mi padre solo te dio un *mohar*?

- Sí, de oro, muy bonito.

- Ah, de oro. Eso es un *asarphi*.

Miré alrededor. La habitación era muy grande y estaba muy bien decorada. Pero no había flores.

- ¿Qué estás mirando, maya?

- No sé dónde ha ido Kalyani. En una habitación así de grande también puede dormir ella, ¿no?

- Kalyani no va a dormir aquí. Esta habitación sólo es para nosotros. Ella tiene otra que ya ha arreglado mi madre. Oye, mírame, ¿no sabes quién soy? Soy tu marido, tu compañero para toda la vida que te va a querer y que va estar a tu lado. ¿Entiendes? Ésta es tu casa ahora.

Sus palabras me reconfortaron un poco y empecé a sentirme algo más tranquila. El sueño y el cansancio del día hicieron que me durmiera en sus brazos.

37 El *mohar* fue la moneda de curso legal en Nepal hasta 1932. A partir de entonces comenzó a utilizarse la rupia nepalí.

Catorce

Al día siguiente empecé a arreglar todas mis cosas. A la hija del *jamindar* que había vivido en Patna, Calcuta y Varanasi no le podía faltar nada en la dote. Había muchos saris de Varanasi y joyas de Calcuta. Al abrir el joyero sonaba una leve música. Era una caja de marfil llena de cajoncitos y que además tenía luz. Para guardar el cepillo y el peine tenía otra caja de plata que llevaba mi nombre grabado. Todos los baúles que portaban mis ropas iban envueltos en una tela de seda carmesí. Todo ello causó una gran sensación.

Pero en una casa brahmín las novedades no eran bien recibidas. A mi suegra no le gustaba aparentar ni ostentar lujos. Sus costumbres se remontaban a tiempos ancestrales. Cuando aquella mañana mostré todos aquellos regalos a mis cuñadas, noté algo de envidia en sus rostros. De repente, me levanté enseguida al oír la voz de mi suegro.

- Oye, nuera, aquí no es costumbre hacer ostentación de lo que uno tiene. Eso solo significa orgullo y no nos gusta. ¿Entiendes? Saca sólo lo que necesites y guarda lo demás.

El susto fue enorme. No entendía nada. Sólo estaba colocando mis cosas. Yo estaba acostumbrada a ponerme un vestido al levantarme, otro para ir a la escuela, luego para salir de paseo y otro para dormir. Al final del día me había cambiado de ropa cuatro o cinco veces. Y aquí, por lo que veía, era normal llevar el mismo vestido todo el día y no cambiárselo hasta la mañana siguiente.

Uno de aquellos primeros días mi suegra me dijo:

- No debes llevar vestidos así en casa. Las ropas caras se estropean y además la gente dirá que quieres igualarte a la gente de Palacio. En casa debes vestir como visten los brahmines, ¿has entendido, nuera?

¡Ay!, ¿y cómo visten los brahmines? Por aquellos días tuve que enfrentarme a muchas preguntas así. ¿Sería esto bueno? ¿Sería esto malo? ¿Le gustaría esto a mi suegra? ¿Le sentará mal esto? ¡Qué mundo, dios mío!

Una tarde me senté junto a mi cuñada y le dije:

- ¿Usted es mi amiga, verdad?

Y aquello fue suficiente para que no me hablara en dos o tres días. Estaba claro que había vuelto a meter la pata. Al ser yo más joven que ella había cometido una falta de respeto.

En mi familia todo era radicalmente distinto. Aquí mi marido no entraba nunca en la habitación durante el día y si había alguien con él me resultaba imposible ni dirigirle la palabra. Tampoco salía nunca a trabajar fuera. En mi familia mi padre y mis tíos solían salir a trabajar todos los días y regresaban a la tarde. Pero en esta casa pasaban todo el día durmiendo o jugando entre los hermanos. Muy pocos salían a trabajar a las oficinas. Sólo de vez en cuando acudían a Palacio. Era difícil de entender. Tampoco me era familiar ni el idioma ni sus costumbres. ¿En qué habían pensado mis padres al entregarme a una casa así?

Pero los días pasaron y la primavera entró un día por la ventana. Un aroma de flores invadió la habitación al despertarnos. Estaba ya preparando mi mente para el día y durante un segundo me quedé mirando a mi marido. Aquella era la primera vez que le observaba así. De repente él abrió los ojos y me entró mucha vergüenza.

- *Maya*, ¿qué estabas mirando? ¿Estabas pensando si era guapo o feo?

En realidad yo no me había planteado todavía si había hombres guapos o feos.

- Me ha gustado que me miraras con esos ojos. Ven un momento junto a mí.- Y trató de acercarse.

- No, no, no puedo. Los suegros y todos en la casa están ya despiertos. Hoy vienen los sacerdotes para colocar el cordón

sagrado. Aquí lo llamáis *Janai Purnima*³⁸ ¿verdad? En nuestra casa, ¿sabes?, se llama *rakhi* y es muy divertido. Yo ataba el *rakhi* a mis hermanos y les pedía que me regalaran de todo. Por la tarde íbamos a las casas de amigos a cenar y luego al cine o a jugar al columpio. Me encanta esta fiesta.

Salí de la habitación y él no se lo tomó a mal.

38 *Janai Purnima* es el festival del cordón sagrado. En este día todos los brahmines renuevan el cordón que les fue concedido en su *bratabhanda*. Se celebra anualmente en la luna llena de agosto. La referencia a la primavera es una muestra más de la inconsistencia de la memoria.

Quince

En la fiesta de *Janai Purnima* teníamos que hacer platos con hojas de árboles. Todas las mujeres nos reuníamos en la cocina para prepararlos y fabricar el cordón sagrado y las velas de algodón. Como siempre, nadie me quería enseñar cómo hacerlo. Mis cuñadas rompían mis platos y me llamaban inútil. Mi suegra, al ver el plato que estaba preparando, lanzó un grito:

- Pero, nuera, ¿qué haces? Traed un palo que vamos a machacarle la mano a ver si aprende a hacerlo bien.

Casi llorando le dije:

- No, no. Por favor, no me haga daño. Aprenderé.

Pero Kalyani no pudo aguantar más y cogiéndome de la mano me llevó a la habitación.

- Mira Bulu, no sé cómo han podido casarte en una casa así.

Al día siguiente tardé un poco en levantarme. Al bajar las escaleras, del pasillo me llegó una voz grave:

- ¿Quién está bajando? ¿Es que no sabes decir *bhinabi*? Has pasado por encima de mí. Eso te pasa por dormir tanto que luego no tienes la cabeza en su sitio.

¿Qué era eso de *bhinabi*? ¿Y cómo se pude pasar por encima de alguien si estoy bajando las escaleras?

- Oye, nuera. Cuando se bajan las escaleras de madera hay que decir *bhinabi* para avisar que vas a pasar por encima.

- ¡Ah! No lo sabía. Perdone.

Aprendí así todas estas nuevas costumbres. Una vez estaba reunida con las demás mujeres y tenía la regla. Me dijeron que

fuera a comer a la cocina. Tenía que comer la última y separada del resto. Al terminar, me fui a levantar y la cocinera me gritó:

- Nuera, ¿cómo puedes irte así? Tienes que limpiar el suelo y lavar los platos. – Salió y volvió con una mierda de vaca y la tiró al suelo. Yo no sabía qué hacer. Acababa de comer, ¿cómo iba a coger una mierda? Pues sí. Tuve que cogerla con la mano y limpiar el suelo donde había estado sentada.

Días después yo volvía del retrete –que en aquellos tiempos estaba alejado de la casa- y Kalyani me estaba preparando jabón y agua para lavarme las manos. En eso llega mi suegra y me dice:

- Nuera, ¿qué estás haciendo a escondidas? ¿Acaso te lavas las manos con jabón inglés? Aprende a lavártelas con barro.

Yo me había casado en febrero y en abril era el mes de *Pursottam*. Era costumbre que las novias recién casadas no debían permanecer en la casa del marido durante ese mes. Cuando yo supe esto me puse muy contenta y empecé a contar los días que quedaban. Pensé en los regalos que podría llevarle a mi familia y las cosas que iba a contar a mis amigas. Aunque en realidad poco podía contarles de Katmandú. Apenas salía de casa. Solo había ido una vez al templo de Pasupatinath y a conocer a la abuela de mi marido que vivía por allí. Pensando en los regalos me acordé que cuando llegó la tía a Patna nos trajo un dulce que se llamaba *bambaison*. A mi padre le gustó mucho. Le pediré a Sano –que hacía las compras de la casa- que me lo traiga.

- Oiga, *baje*³⁹, dígame ¿cuándo es el mes de Pursottam? Tendré que irme a casa y debería comprar algunos regalos. Si fuera posible me gustaría llevar algunos discos con canciones nepalíes; les encantará a mis hermanos.

Y le iba comentando todo esto sin darme cuenta de que mi suegro me observaba desde arriba.

- ¿Qué pasa nuera? Ésta es tu casa. Ya no puedes llamar casa a la de tus padres. Tienes que acostumbrarte a vivir aquí. Hace dos días que has llegado, ¿cómo puedes tener tanta prisa en regresar? Aquí no se pueden comprar discos ni nada de eso. Es un sitio decente. Métete en tu habitación.

39 Tratamiento de respeto hacia el marido.

Me encerré en la habitación y muy nerviosa me puse a mirar por la ventana el atardecer. En eso entró Kalyani y me preguntó:

- ¿Qué miras Maya?

- Esa luz que se ve desde la ventana siempre está encendida a esta hora. Alrededor no se ve ninguna otra luz. Parece ser la luz de alguna casa o alguien la ha encendido para las gentes del camino. A mí me parece que alguien la ha puesto ahí para que su amante no encuentre difícil hallarla. Más allá de la luz tengo mi casa y mis seres queridos ¿verdad? No sé por qué me cuesta aceptar a la gente de aquí como mi familia. A lo mejor necesito más tiempo. Pero ahora me siento como un pájaro del bosque encerrado en una jaula.

Por la mañana recé frente a mi dios Krishna:

- Dios mío, ayúdame para que desde hoy no haga nada de lo que la gente pueda acusarme o se burle de mí. No puedo entender por qué me equivoco tanto. Si no se burlaran de mí y no me acusaran yo disfrutaría de esta casa. E incluso podría hacer felices a mis cuñadas y a mi suegra.

Ésta, desde abajo, me gritó:

- Nuera, ven abajo que han traído *mohi olak*. Corre.

De nuevo no tenía ni idea qué era eso de *olak*. Y tampoco pensaba ya preguntárselo. *Mohi* sí sabía que era un yogurt batido que le gustaba mucho a mi padre. Bajé abajo y empecé a buscar algo parecido. Y la nuera insistía:

- ¿Qué pasa nuera, no lo encuentras? Ahí está la mantequilla y las lentejas.

¡Cómo cambian de nombre a las cosas! Lllaman *kausi* a la *verandia*, *chipi* al *rikabi*, *haldi* al *besar*... Así no hay forma de entender nada. ¿Por qué no me habían enseñado estas cosas mi madre y mis tías?

- *Mayaji*, pronto vas a volver a tu casa. ¿Me recordarás verdad? – me preguntó mi marido una noche.

- Claro. Usted es el mejor amigo que tengo aquí.

- ¿Sólo amigo? ¿Nada más?

- ¿Más? A usted le quiero pero nunca me enseña nada. Y tampoco me defiende. ¿Es que usted no me quiere?

- Si yo intercedo por ti me dirán que soy tu esclavo. Y eso es muy vergonzoso. No puedo decir nada ¿entiendes? Y eso no significa que yo no te quiera. Lo entenderás más adelante.

Pero ¿qué tipo de amor era éste? Mi corazón siempre sufría. Y bueno, puedo entender que no hable conmigo pero tampoco habla con sus padres. Hiciera o no mal las cosas siempre tenía que sentirme sola y culpable. ¿Por qué?

- Mira – me dijo mi marido- Cuando éramos pequeños murió nuestra madre. Ella es nuestra madrastra. Y es normal que tenga un carácter fuerte porque ella gobierna la casa. Y por ello también merece nuestro respeto. Quizás si nuestra madre siguiera viviendo habría algo más de cariño. Y de todas formas, la madrastra también tiene miedo a mi padre.

No quise discutir más e intenté dormir, dormir en sus brazos.

Dieciséis

Por fin llegó el día. Antes de salir fui a la *pujakota*⁴⁰ a rezar y luego me despedí de los suegros. Mi suegra me puso la *tika* en la frente, una guirnalda de flores en el cuello y me ofreció algunas frutas. Llegué a la habitación y me incliné a los pies de mi marido para recibir su bendición. Me abrazó y me acarició.

Aunque estaba feliz por ver de nuevo a mis padres, tenía un dolor en mi corazón. Mi marido me acompañó hasta Thankot y allí me despidió. Subí al palanquín y empezamos a subir la montaña. Yo iba la primera conducida por un grupo de porteadores. Luego venían los *pandits*, Kalyani y algunos ayudantes. Antes de salir mi marido me había entregado una nota y me había dicho que la leyera cuando tuviera un rato. Detrás nos seguían algunos músicos que tocaban el *saringuí* y cantaban: “Cuando me alejo te quiero aún más. Nadie hay quien llore cuando cojo el tren”. No sé si sería por la canción o por estar separándome de él pero mis ojos se llenaron de lágrimas.

La gente que venía de la casa de mi marido me acompañó hasta Raxswal.

- ¡Bulu! – me dijo Kalyani- ¿No estarás triste por dejar a tu marido? Te noto un poco seria.

- No entiendo qué me pasa. ¿Por qué me siento así si solo hace unos días que le conozco? Allí nací, allí tengo toda mi

40 *Pujakota* es un altar doméstico que se reserva en cada casa para hacer las ofrendas a Ganesh y los dioses protectores de la familia y el hogar. El cabeza de familia realiza aquí dos breves ceremonias: en la mañana se ofrecen flores y frutas y por la tarde se realiza el *arati*, una ofrenda de fuego.

familia, mis amigas. Y ahora voy a verles; tenía que estar contenta ¿no? Pero bueno, creo que en el fondo sí que estoy feliz. El corazón es así.

Me había venido a buscar a Raxswal mi hermano mayor. Nada más verle fui corriendo a abrazarle y le pregunté:

- Hermano, ¿cómo estás? ¿Todo va bien en la casa?

Me olvidé completamente de todos los que estaban a mi alrededor.

- ¡Nuera! Ahora ya la dejamos y nos volvemos esta misma tarde. Si acaso tiene algún mensaje para su marido nos lo dice ahora y se lo llevamos.

Lo pensé un momento y le respondí:

- No tengo nada más por ahora. Ah, Pandit. Sólo dile que me encuentro muy feliz de camino a Varanasi con mi hermano. Nada más.

Mi hermano se despidió de todos y al tercer día llegamos a Kashi. Durante el camino mi hermano me preguntó:

- ¿Qué te ha parecido Katmandú?

- Bueno, no sé. Es muy diferente. Es difícil entender a esa gente y sus costumbres. Hay mucho miedo en las casas.

- No, boba. No es miedo. Es sólo respeto hacia los mayores de la casa. Aquí eres la hija y todos te quieren. Allí eres la nuera. Pero bueno, ya estás de nuevo en casa. Disfruta y poco a poco te acostumbrarás y lo entenderás mejor.

Diecisiete

El reencuentro con mi familia fue entrañable. Me sentía tan ligera como una flor. El color volvió a mi cara y olvidé todos aquellos malos momentos que había pasado en la otra casa. El miedo desapareció y me sentía libre como una cometa. Mi madre me abrazó y me dijo llorando:

- ¡Ay! Mi pobre niña que ya vuelve de la casa de su marido.

Mi padre también estaba muy contento y al ver a su hija de nuevo en casa, se emocionó.

- ¡Mira! Ha venido nuestra hija tan feliz y con la tez tan clara... Debe ser el agua fría de Nepal.

Escuchando todo esto Kalyani sonreía.

Empecé a sacar un regalo tras otro: un dulce *bombaison* (para mi padre), unas zapatillas de tela nepalí (para mi madre) y un disco de Ratna Das. Todos se rieron mucho cantando aquella canción. Y empezaron a preguntarme: ¿ha sido difícil? ¿Cómo es el cuñado? ¿Y los suegros? ¿Y las cuñadas? Les conté un poco de todo sin sentir ya aquella presión de la casa.

Pasaron los días y una mañana mientras mi madre me peinaba me dijo:

- Nanu, ¿no te ha resultado difícil adaptarte? ¿Qué te decía la gente? Cuéntamelo todo.

- Mamá, el lugar es muy fresco, tranquilo y lleno de naturaleza. Hay un paisaje precioso pero lo siento muy triste. No hay nada para divertirse. La gente es bella y hablan con mucha dulzura pero no encuentro cariño ni afecto. No salen a

disfrutar. Y si lo hacen lo ocultan. Siempre tengo que ser muy prudente al hablar con otras personas. Tienen miedo por todo: por salir, por hablar, por vestirse...

- ¿Por qué, Nanu, piensas eso? Al principio es normal. Es un sitio al que no habías ido nunca. ¿Acaso no es amable contigo tu marido?

- Ese cariño no es suficiente. Desde que abro los ojos por la mañana ya siento miedo por si tardo en bajar de la habitación. Para comer, aunque hace mucho frío, sólo se puede llevar un sari, y sin blusa. Mientras se come, si viene alguien, también se tiene miedo. Si quiero llevar aquellos vestidos que me regalaste tampoco puedo por si acaso piensan que quiero competir con Palacio. No entiendo nada en esa casa y siempre tengo miedo de cometer errores. ¿Sabe? Estaba deseando llegar aquí y dormir sin miedo.

- Kalyani está contigo para ayudarte. ¿Es que no le enseñas nada?

- Todo lo que yo he conocido aquí no se parece en nada a lo de allí, Kaki – dijo Kalyani- Viven en un mundo muy pequeño y piensan que ellos lo saben todo pero apenas han salido de ahí. Sobre todo las mujeres de la casa todo lo entienden al revés.

Mi madre, después de hacerme las trenzas, buscó los clips de oro que me habían regalado en la boda.

- Nanu, no veo los clips en tu joyero.

- ¡Ah! Un día mientras daba un paseo por el jardín se perdieron. Al decírselo a mi cuñada se rió y me dijo “¿Qué clip? ¿Esos del tamaño de un meñique y que parecían bañados en oro?” Y se burló de mí así que ya no los busqué más. ¿Y no te has fijado que tampoco tengo ya mi *yapta*⁴¹? Creo que la criada de la cocina se la llevó. La tenía escondida debajo de mi almohada.

- ¿Y por qué no se lo dijiste a tu marido?

- ¿Qué le voy a decir? Nunca se queja de nada. No se atreve a hablar delante de la familia. Cuando se lo comenté me aconsejó que no se lo dijéramos al padre porque si no la trataría muy mal. Sólo en caso de que estuviera muy segura, entonces sí. Pero si no, sería calumniarla en vano. Estoy segura que fue ella. Ya me

41 Una *yapta* es una joya que decora la cabeza de las mujeres indias.

había preguntado que cuánto me había costado y lo bonita que era aquella joya de India, toda de oro.

- ¡Ay!, pobre hija mía, con lo que te gustaba esa joya y lo que insististe a tu padre para que te la comprara.

- También le encantaba a mi suegro. Cuando se dio cuenta que ya no la llevaba me preguntó por ella. Como yo no podía decirle nada, guardé silencio. Ahora también me entran ganas de llorar cuando me acuerdo de ella. Pero eso no es nada. ¿Sabes? En la casa siempre hay mucha leche de vaca pero un día el barreño donde ordeñaban estaba tan sucio que la leche se cortó. Yo pensé que cómo íbamos a tirar toda esa leche, así que se me ocurrió proponer que hiciéramos requesón y así luego preparar un curry con él. ¡Bueno! Aquello fue un escándalo. Empezaron a murmurar entre ellos: “¿Habéis oído? ¿Pues no dice la nuera nueva que quiere preparar curry con la leche? ¿Pero cómo se le puede ocurrir mezclar leche y sal? Si es poca la desgracia que ya nos ha traído el vaquero con su rezo sin incienso ahora ésta nos quiere traer peor suerte.” Y yo casi me puse allí a llorar y lamenté haber propuesto nada. Otro día se me ocurrió preparar una *raita* de pepino sin poner cúrcuma en el yogurt y todos se burlaron de mí acusándome de atraer los malos espíritus que ellos espantaban con aquel colorante. Así que dejé de meterme en la cocina. ¿Lo entiende ahora, madre? Me temo que aunque somos aquí todos nepalíes no entendemos mucho de aquella cultura. ¡Ojalá me hubiera enseñado todo esto antes!

Así fueron pasando los días. Poco tiempo quedaba ya para bailar y cantar. Empezaron a afectarme todas esas pequeñas cosas. Y entonces apareció Kalyani y me comentó que no vendría ya conmigo de vuelta a Katmandú. Su padre le había fijado una boda con un chico del pueblo. Se sentó en mi cama y empezó a ordenar mi maleta. Entonces halló un sobre y un pequeño paquete.

- ¿Qué es esto Bulu? – Me preguntó enseñándome el sobre.

Al verlo recordé la escena de despedida en Thankot. Abrí la carta y leí:

*Mi querida Maya,
 Vuelve lo antes posible. Estaré contando los días que quedan
 para tu regreso. Comparte conmigo todo lo que disfrutes allí.
 Te quiero mucho.
 Sólo tuyo,
 Shree.*

Yo solía llamarle Mi Shree. En el paquete había un caramelo que me gustaba mucho. Al leer la carta me puse muy contenta. Era la primera vez que alguien me escribía algo así. Quería tocar la carta con mis ojos y mis mejillas. La guardé con mucho cariño. Y aquello me animó a regresar. Si tenía una persona así allí, no sería difícil sortear los problemas del día a día. Lo olvidaré todo si tengo su amor.

Kalyani me miraba y al ver en mi cara una sonrisa se puso también contenta. Mi tía metió en la maleta ropas para toda la familia, dulces de Varanasi y juguetes para los niños. Y luego me dijo:

- Llévale a tu marido lo que más le guste.
- No sé qué le gusta. Creo que le gusto yo. Me ha escrito pidiéndome que vuelva pronto...
- ¿Qué? ¿Ha llegado ya una carta suya?
- No, me la dio antes de salir. Pero la encontré hoy en la maleta.
- ¡Qué boba eres, niña! Esas cosas no se dicen delante de todo el mundo.
- ¿Por qué mamá? ¿No se puede hablar de estas cosas?
- Se puede, se puede. Pero déjalo. ¡Ay cómo eres! Sólo hoy te has acordado que tenías una carta de tu marido.
- Mira- dijo mi tía- aquí hay tejido de seda “gandhi” con el que tu marido puede hacerse una chaqueta. Esta vez no irá contigo Kalyani. ¿A quién tienes para que te asista en la casa?
- Hay varias: Dalchini, Sukumel, Chameli, Thuli, Kanchi, Haseena. La mejor es ésta, Haseena. Y Bhagrathi. Pero Bhagrathi es una bruja.- Y entonces recordé que un día se puso enferma

una de estas criadas y se fue a dormir a la *khalanga*⁴². De repente se puso a temblar y a chillar. Mi suegra dijo:

- Está poseída por un mal espíritu. ¿Dónde has ido, eh?

- A ningún sitio. Sólo fui al jardín, detrás de la casa, a hacer pis. Quizás allí me cogió el dios del viento.

- Llama al curandero que vive en la vaquería.

Yo estaba sorprendida y llena de miedo. Al rato apareció el curandero y entre murmuraciones le puso ceniza y granos de arroz. Y poco después ya se sentía mejor y se durmió.

- *Bajaí*, - le dije a mi suegra- ¿cómo es que ella estaba poseída por un mal espíritu? ¿Acaso puede ocurrirme esto también a mí?

- Claro que te puede ocurrir. No es bueno salir por la tarde. ¿Lo entiendes?

Mi tía y mi madre sonrieron con aquella historia.

- Nanu – dijo mi tía- dime qué quieres que te compre. Elige el sari que más te guste.

- No, no. No quiero nada. No voy a llevar nada. Todavía no he podido ponerme todas las ropas de la boda. Salimos muy poco fuera y si me visto con esas ropas en la casa me dicen que soy muy vanidosa. Nadie se maquilla allí. Así que para qué tanta ropa.

- ¡Pobre! Con lo joven que eres y cómo te ha cambiado la vida. Pero yo había oído que los de tu casa eran muy ricos, lo más de lo más entre los brahmines. ¿Cómo es que son tan conservadores?

- El país es así, mamá.

En esta ocasión mi padre me acompañó hasta Bhimpedi. Primero fuimos a Patna y visitamos a la familia. Cogimos un ferri, varios trenes y llegamos al tercer día a Raxsawol. Me fue acompañando el cariño de mis hermanos y el abrazo de mi madre. Kalyani me había cogido la mano y me había deseado todo lo mejor. Informamos a casa por teléfono de mi llegada. Mis gafas estaban cegadas por el polvo.

- ¿Por qué te quitas las gafas, hija? Sabes que tienes que llevarlas, o si no te estropearás los ojos.

42 *Khalanga* es el espacio dedicado en la casa nepalí al dormitorio de los sirvientes.

- No puedo, papá. En Birjung habrá muchos nepalíes y ellos pensarán que la chica india es demasiado moderna. Así que mejor guardarlas. ¿No se acuerda cuando me hicieron quitármelas en la película?

Habían llegado desde Katmandú los *pandits* y los asistentes a recibirme. Al día siguiente en Bhimpedi, después de comer, se dispuso el palanquín. Abracé a mi padre y con mucho control subí. El palanquín ascendió lentamente la montaña y mi padre quedaba cada vez más lejano. Yo aguanté su mirada hasta que se perdió en la montaña.

Pasamos la noche en Kulekhani y al día siguiente llegamos a Thankot. Ya no era un sitio nuevo para mí. Mi esposo había venido a buscarme y en cuanto nos encontramos cara a cara mis mejillas se sonrojaron. Al notar que él también se sonrojaba supuse que algo había cambiado. Esta vez teníamos ya algo de complicidad. Tras saludar a los de la casa, me incliné a los pies de mi marido como me había enseñado mi madre.

Dieciocho

Me desperté a la mañana siguiente con el trinar de los pájaros. Miré alrededor. La mañana era diferente. Me sentía feliz y contenta. Tenía ganas de bailar y de volar. Me despertaba de un sueño muy dulce. Le miré y dormía profundamente.

Era la primera vez en mi matrimonio que sentía tanto cariño hacia él. Quizás eso fuera el amor, la bendición de la naturaleza. Sentía un deseo tan fuerte que parecía que se abrían en mí varios volcanes. Mi corazón había dejado de ser una larva y se derretía como el cabo de una vela encendida.

Toda la casa estaba encantada con los regalos. Algunos seguían con sus celos y con sus críticas pero ahora ya no me molestaban. Ya nadie era un extranjero para mí. Era la familia. Después de ducharme fui a la cocina. Sonreí a todos y pensé que a partir de entonces ya no tendría tantos problemas.

Aquel día era un día de ayuno. No me importaba. Había que preparar algunas comidas especiales: pan de maíz, mazorcas fritas, rábanos picantes y algunas verduras. Con la leche de vaca se hacía un postre que le gustaba mucho a mi suegro. Cuando hacíamos ayuno en la casa de mis padres no se comía nada hasta la noche pero aquí parecía tratarse más de un cambio de dieta.

- Bueno, nuera, haz *puris* de trigo. Como eres india sabrás hacer *puris* ¿no?

- Vale, yo los prepararé.

La madera que utilicé para hacer el fuego no ardía bien y toda la cocina se llenó de humo.

- Parece que la nuera nació en el mes del monzón – se reía la vieja cocinera.

- Pues es verdad, nací en agosto. – le contesté ingenua.

Aunque lo intenté todo, sólo conseguí llorar por el humo. Finalmente puse mantequilla en la sartén y la calenté. Eché el *puri* y sin darme cuenta que se había salido fuera añadí más mantequilla y al mover la sartén se cayó en mi pierna. Di un grito y cerré inmediatamente la boca para que no pensarán que me estaba quejando por cocinar. Aunque traté de contenerme no pude resistirlo.

- ¿Qué te pasa? ¿Te has quemado?

- No, solo se ha caído un poco de mantequilla.

No vieron que la ropa también se había quemado. Me excusé para ir al servicio y me metí en mi habitación. Estaba a punto de chillar otra vez cuando apareció mi marido.

- ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?

- Me he quemado con la mantequilla.

- Déjame ver. Tienes una gran quemadura. ¿Por qué no has dicho nada? Tienes que levantarte de ahí rápido.

- Por favor, no diga nada. O todos se reirán de mí.

Me puso una medicina azul y se fue curando. Tardó más de un mes y aún llevo la cicatriz.

Así fueron pasando los días y una tarde que recogía algunas verduras del huerto se acercó mi suegro. Como no llevaba gafas apenas le conocí y le dije:

- *Panditbaje*, ¿de dónde viene a esta hora? ¿Tiene algo que decirme? – Y según se iba acercando me di cuenta que se trataba de mi suegro. ¡Qué vergüenza! Y todo por no llevar gafas.

A los pocos días mi padre escribió a mi suegro explicándole que necesitaba gafas y le pedía permiso para que yo las pudiera usar en la casa. Mi suegro me pidió las gafas para comprobar qué dioptrías tenía y me autorizó a llevarlas pero sólo en la casa, no en la calle. Y me entregó la carta de mi padre. En aquellos días todo lo que llegaba de fuera era revisado primero por mi suegro. Cogí la carta y me fui a la habitación. El mundo se me cayó a los pies. Mi hermano Sanu había fallecido a causa de unas fiebres en solo dos días. El día que murió me había estado recordando toda la mañana. Tan solo nos llevábamos dos años.

Habíamos jugado juntos al bádminton, paseado juntos y habíamos compartido el mismo tutor. Nunca le hizo gracia que yo me casara en Nepal. Siempre estuvo quejándose por ello. No pude aguantar mis lágrimas y rompí a llorar. La otra noticia que venía en la carta tampoco era buena. Habían puesto a la venta nuestra casa de Varanasi. Ya no iba a ser posible reunir a toda la familia allí.

Me quedé muy triste. Resulta que mi boda había sido la última en celebrarse en aquella casa. Desaparecían los puentes con mi casa materna. Así que lo mejor sería ir pensando en adoptar ésta como mi verdadera casa.

Diecinueve

Y llegó *Dashain*. Era la fiesta de *Navaratri*, el noveno día de *Dashain*. En la casa se notaba el movimiento y el trabajo. Había que limpiar toda la casa y encargar arroz, trigo y cabras. Habían llegado los sastres para tomar medidas. Era la única vez en el año en que se regalaban ropas nuevas a los criados. Se preparaban las especias en el *dhiki*, un tradicional molino accionado con los pies. Con tanta novedad yo disfrutaba mucho. Corría de un sitio a otro para ayudar a los criados. Todos me decían: “Deje, que no sabe cómo se hace.” Y yo les respondía que no, que me dejaran hacerlo porque así no engordaría.

- ¿Pero qué dice usted? Un cuerpo robusto es un cuerpo que ha comido bien. Un cuerpo enjuto parece como si nada hubiera querido entrar. Y eso no es nada bonito.

En aquellos días, la belleza residía en un cuerpo entrado en carnes.

En mi casa materna *Dashain* se había celebrado de forma muy diferente. El ambiente estaba más fuera de la casa que dentro. Por todos los barrios se colocaban imágenes de Durga-Kali y se bailaba y tocaba a su alrededor. Los barrios competían unos con otros por la imagen más bella. Todo el mundo se ponía sus mejores galas para acudir al templo y presentar sus ofrendas. Había un único día en el que se recibía la *tika*, quizás, porque éramos pocas familias. Mi madre preparaba guirnaldas para los cabezas de familia. No era costumbre hacer sacrificios en casa. Toda la carne ya se traía bendecida para comer.

Aquí, en Katmandú, a partir del séptimo día era cuando empezaba realmente el festival. Se hacía necesario preparar muchas ofrendas por la noche. Se hacían *pujas* durante tres días a las divinidades familiares en los templos de Bhagabati. Mi suegra me decía:

- Míralo todo bien que luego tendrás que hacerlo tú.

En *Maha-astami*, el día octavo, habíamos ido todos a los templos de Bhagabati. En todos se hacían sacrificios. Las imágenes de la diosa estaban llenas de sangre, con multitud de cabras, pollos y ocas que eran degolladas al instante. En ocasiones, incluso, se degollaban hasta búfalos.

Al comenzar *Navaratri*, la suegra nos había dado a cada uno unas cuantas ropas y diez rupias para que compráramos pulseras y collares. Cuando lo tuve en mis manos yo sentí que recibía un gran regalo. En Varanasi no había esta costumbre. No esperábamos a que llegara la fiesta para comprar cuanto necesitábamos. Me fui a mi habitación para ver todas las ropas. Había un chal, tres o cuatro blusas, con estampados preciosos de *damber kumari*. No había visto nunca este tipo de tela. Había también una tela muy larga y suave que hacía de faja. Yo traté de ponérmelo pero me quedaba muy mal, así que dejé de llevarlo. No entendía cómo encima de esta enorme faja podría colocarme luego el sari. Me habían regalado también tres o cuatro saris, de tela muy gruesa y con enormes flores que aquí llamaban *kamalpokhari*. Yo pensé que el frío hacía que llevaran saris de este tipo. No encontré por ningún sitio la falda con la que normalmente aguantaba yo mi sari. En realidad no hacía ninguna falta pues ya era el sari suficientemente grueso. Todos estos regalos me dejaron muy impresionada.

Al día siguiente, el día de la *tika*, me levanté a las cuatro de la mañana para preparar todo ya que mi suegro tenía que ir a poner la *tika* al Palacio de Judha Shamsheer. Luego toda la familia nos juntábamos en la habitación donde se solían hacer las *pujas*. Todas las nueras llevábamos allí frutos secos y cocos para recibir la *tika*. Con sus mantras los sacerdotes nos bendecían y asperjaban agua bendita sobre nuestras cabezas. Se hacían cordones con las telas blanca y roja y luego se ofrecían. Todos recibíamos así la

tika del suegro. A mí me tocó muy tarde por toda la gente que había, pero disfruté mucho.

Luego un coche nos esperaba a las nueras y a la suegra a las tres de la tarde para ir al Palacio a poner la *tika* y ofrecer bendiciones a las damas. Yo estaba contenta de poder conocer por fin el Palacio. Tenía mucha curiosidad por ver cómo vivían los reyes de Nepal. Antes de salir recibí la *tika* de la mano de mi marido. Le ofrecí frutos secos y me incliné a sus pies.

- ¡Qué guapa estás con el sari rojo! Pareces una reina o la diosa Laxmi.

- Sabe cómo dar un piropo, ¿eh?

- No, no. Es cierto. Pregúntale a cualquiera.

- Bueno, déjelo. Mire. Hoy me he puesto mi mejor sari y mis mejores joyas para visitar el Palacio.

- ¿Qué estás diciendo?

- Ahora vamos a Palacio ¿no?

- No, no. No puedes vestir así de elegante. Van a pensar que tratas de igualarte a ellos.

Al rato, Sukumel, llegó a la habitación donde estaba cambiando mi sari:

- Nuera, ha dicho el suegro que debe estar lista ya. Y ha dicho también que no puede llevar las gafas así que no olvide dejarlas aquí.

¡Vaya! De repente todas mis ilusiones se esfumaron. ¿Para qué iba a ir así a Palacio? No iba a distinguir al Rey de la Reina. Así que mejor quedarme en casa. Pero mi marido me advirtió que si el suegro había dicho que había que ir, había que ir. Yo le contesté que sin gafas, con el vestido de brahmín y un chal iba a parecer una payasa. Pero él qué iba a hacer. Apenas si podía abrir la boca delante de su padre.

Veinte

Una noche serían las once cuando me desperté. Nuestra habitación estaba en la primera planta. Seti, una de las criadas, todavía no había terminado de recoger la cocina. En una familia tan grande había que hacer varios turnos para cenar. Seti cantaba muy dulcemente esta melodía:

Cuando era pequeña, mamá, me dabas mantequilla con azúcar.

Ahora de mayor, papá, me envías más allá de las siete colinas.

Cuando era pequeña, mamá, me hacías muchas caricias.

Ahora de mayor, papá, me casas con un desconocido.

La canción me emocionó. Parecía retratar mi historia. A pesar de que las burlas seguían en la casa, no tardaron en apreciar alguna de mis habilidades. Ninguna de estas mujeres sabía nada de tejer ni de bordar. Notaba su curiosidad cuando yo lo hacía. Mis habilidades con las agujas fueron conocidas también por los vecinos que comenzaron a frecuentar la casa. Se enteraron también que yo sabía inglés y que había tenido que dejar la escuela para casarme. Así que empezaron a compadecerme y a lamentar que no pudiera ya seguir con mis estudios.

Hacía cuatro años que había llegado a la casa y los rumores sobre mi incapacidad para quedarme embarazada eran ya muy frecuentes. Pero yo acababa de cumplir los dieciocho. No era suficiente con ser guapa y traer una buena dote. Hacían falta

hijos. Mi suegro se había casado con dos mujeres y su padre con cinco en busca de un varón. Era la excusa perfecta para deshacer un matrimonio.

Para acallar los rumores, me llevaron a un curandero y también a un astrólogo. Me dijeron que tendría hijos pero que habría que esperar algo más. Cuando al final me quedé embarazada, no pude probar nada. Todo me olía, incluso mis ropas y mi cuerpo. Cualquier comida acababa vomitándola.

- Oye, nuera. Come lo que quieras. Necesitas fuerzas para tener a tu hijo. Si sigues así, puede afectaros a los dos, a ti y al niño.

- No me apetece nada de aquí. Me encantaría tomar una bebida de almendras de mi casa. Comería con mucho gusto el curry de pescado con arroz que prepara mi madre. No he probado el pescado desde que estoy aquí.

Un día se me antojó tomar *farabi*, una especie de arroz frito con picante de berenjena. Le di cinco rupias a Sanu y le pedí que me trajera *farabi*.

- ¿*Farabi*? ¿Qué es *farabi*? No le entiendo.

Yo no sabía cómo explicarle lo que quería.

- Es blanco y gordo como el arroz. Cuando lo masticas es muy suave.

- Ah, entonces es *golfuki*.

- ¿*Golfuki*? ¿Y eso qué es?

Así estuve cinco días sin conseguir que me trajeran *farabi*. Al final me trajo algo parecido que tuve que comer con picante de patata porque allí no se podía comer berenjena.

Veintiuno

De repente una mañana me entraron ganas de comer un curry de patatas y cebolla con *puri*. No podía aguantar ya más. En esta casa que ni comían tomates, la cebolla era algo inconcebible. Alguna vez había visto a los criados prepararla en su cocina. Sólo mirarla se me hacía la boca agua. Y recordaba mucho a mi tía.

En la cocina de Surya Daju solían cocinar curry de cebolla. Un día que vino a verme le comenté que tenía muchas ganas de probarlo.

- ¿Sería posible comerlo aquí?

- ¡Ay, hermana! Si se enteran te matarán.

- No se enterarán. Lo comeré en mi habitación.

- De acuerdo, si es tu antojo, te lo enviaré. Le diré a mi madre que lo prepare y te lo traerá la criada. Pero debes comerlo con cuidado. Después lávate la boca. Mañana lo tendrás aquí.

Toda la noche estuve esperando que se hiciera de día. Me sentía contenta pero también algo asustada. La criada llegó a las tres de la tarde. Venía cubierta con un chal grande. Fui corriendo a su encuentro. La llevé a mi habitación y cerré la puerta por dentro. Ella sacó una caja y abriéndola me enseñó el curry amarillo que olía a cebolla y con los *puris* aún calientes. Entregándome la caja me dijo:

- Toma, cómetelo ya. No lo guardes, que puede venir alguien.

Yo quería comerlo ahí mismo pero de repente me acordé de mi marido. No podía comerlo sin decírselo y pedirle permiso.

Algo me decía que estaba a punto de cometer un pecado. No pude comer. Como él iba a llegar a casa hacia las siete, pensé aguardar a esta esa hora. Metí la caja en el armario, oculta entre mi ropa.

La criada se sorprendió e insistió:

- ¿Por qué no lo pruebas? Luego lávate la boca y te pones un cardamomo y así no lo notarán.

Pero yo preferí esperar hasta que llegara mi marido. Llegó a las seis. Y entonces le dije:

- ¿Sabe una cosa?

- ¿Qué?

- Tengo muchas ganas de comer curry de cebolla.

- Pero, ¡qué dices! En la casa de un brahmín, ¿cómo piensas comer curry de cebolla? ¿Crees que puedes comer todo lo que te apetece?

- Lo tengo aquí. Le he pedido a mi tía que me lo envíe. ¿Quiere verlo?

Él no se lo creía. Cuando abrí la caja el olor era delicioso. Se quedó de una piedra.

- ¿Así que es verdad?- exclamó.

- ¿Quiere probarlo usted también?

Cogió la caja de mi mano y me dijo:

- Hoy quieres comer cebolla. Mañana será ajo. Y pasado mañana no sé qué se te antojará. No puedes comer esto. Si se enterara padre, ¿sabes lo que pasaría?

Se levantó con la caja y salió de la habitación. Cuando regresó ya había tirado todo el curry y los *puris*. No podía creerlo. Me sentí a punto de caer en algún abismo. Y así me quedé de pie, con las lágrimas fluyendo sin saber por qué.

Veintidós

Pasados unos días llegaron noticias de mi casa materna. Se había acordado el matrimonio de mi hermano mayor con la hija del *Subba*⁴³ de Katmandú. El administrador de mi familia había venido en persona para solicitar que yo le acompañara en esa ocasión. Me sentía muy feliz de verle pues me había criado con él desde pequeña.

- ¿Qué tal está usted *Mayasaheb*? ¿Le gusta Katmandú?

No llegué a contestarle. Mis ojos se humedecieron. Y el administrador lo entendió. Mi suegro después de leer la carta de mi padre dijo que al estar embarazada no podía dejarme ir. Pasé varios días llorando. Me dolía el corazón de no poder estar en la boda del único hermano que me quedaba. El administrador, al despedirse, trató de calmarme:

- No llore, que vendré a buscarla cuando tenga el niño.

El día de la boda preparé yo misma un curry de carne en casa y lo repartí entre todos. Los criados se pusieron muy contentos. Cantamos y bailamos en honor de mi hermano.

43 El *Subba* o también llamado *Hakim* designaba al jefe administrativo del distrito desde la llegada de la dinastía Shah al poder a finales del siglo XVIII. El cargo se mantuvo durante la época Rana hasta la implantación de la democracia.

Veintitrés

Según pasaban los días cada vez sentía más el peso de mi cuerpo. Y con él mi miedo iba creciendo. Dentro de mí sentía una gran felicidad pero no podía compartirla con nadie y tampoco tenía a nadie que me enseñara algo sobre el embarazo. Por todo ello cada vez estaba más preocupada.

Como en aquellos días no se solía llamar al doctor, tuve el bebé en casa, con la ayuda de unas parteras y de una enfermera. Cuando vi a mi hijo me puse muy contenta. Era la prueba palpable de que yo no era estéril. Sin embargo, el niño parecía muy delgado y débil.

Mi rutina diaria cambió totalmente. Todo mi cariño lo volqué hacia mi hijo. Nunca había cuidado de un niño tan pequeño. Pensé que ahora sí podría ir a mi casa materna y dejar a mi hijo en las faldas de mi madre. Sin embargo, mi suegro no me lo permitió hasta que no se celebrara la ceremonia de *pasni*⁴⁴.

El niño siempre vomitaba cuando le ponía a dormir. En la casa decían que mi leche no le sentaba bien y quisieron poner a una nodriza que le alimentara. Pero yo no lo permití. ¿Por qué había de darle el pecho otra mujer? Yo entonces ya intuía que el carácter del niño iba a depender mucho de quién le amamantara.

44 *Pasni* es la ceremonia que se celebra cuando el niño cumple los seis meses (cinco meses si es niña) y le dan su primera comida de cereales. A la ceremonia son invitados todos los parientes.

Se me ocurrió leer algún libro sobre bebés pero la suegra me dijo que eso me iba a afectar a los ojos. No podía apoyarme para sentarme porque iban a dolerme las manos. No podía hablar mucho porque luego me dolería la garganta. No podía sentarme mucho porque luego me dolería la espalda. Y así no sé cuántas cosas me decían. Lo único que podía hacer era comer cuatro veces al día arroz con curry de carne, tomar masajes de aceite dos o tres veces al día y seguir comiendo alimentos con mucha grasa que a mí no me gustaban nada.

Y de repente me acordé de Calcuta. Hacía algunos años, la cuñada de una amiga mía había tenido un niño y habíamos ido a verla al hospital. Se encontraba tendida en una habitación muy limpia y con mucha luz. El niño estaba en una cuna y vestido con ropa delicada. Aquí, sin embargo, todo era al contrario. La gente ni siquiera quiere entrar en esta habitación que huele a aceite y las ventanas siempre están cerradas. Parece que habito en una cueva oscura. Sólo salgo de aquí para tomar un masaje y algo de sol. Pero si hace algo de viento hay que meterse inmediatamente. Aquellas costumbres no acababa nunca de comprenderlas.

La gente tampoco comprendía por qué ni el niño ni yo gozábamos de la salud que se suponía que tenían las madres en mi estado. Como no era costumbre llamar al médico, sólo dependíamos de la voluntad de los curanderos. Al ver que no mejoraba decidieron enviarme a mi casa materna, aun antes de que se celebrase la famosa ceremonia.

Después de tres largos días de viaje llegué con mi hijo enfermo a Patna. Vinieron a buscarme mi hermano y mi cuñada, que nada más verme cogieron al niño. Le llevamos ese mismo día al doctor Lala, un famoso pediatra. Después de observarle dijo:

- Tiene encefalitis.

Con el cuidado de mi madre y algunos medicamentos el niño se fue recuperando. Y yo también fui ganando peso aunque no quería engordar demasiado.

Era verano y hacía mucho calor, así que fuimos a Rachi. Allí celebramos la ceremonia de *pasni*. Siempre que se hablaba de que tenía que regresar a Katmandú yo me ponía muy triste. Y

eso que por entonces ya habían comenzado los primeros servicios aéreos entre Patna y Katmandú.

Poco después las cosas cambiaron mucho en casa. Mi suegro que había tenido un gran prestigio en el Palacio de Juddha Shamser Rana, cuando éste dejó su trono para peregrinar a Ridhi, se quedó liberado. Poco a poco las costumbres en la casa se fueron relajando. Al niño le pusimos el nombre de Udaya. Todos le querían mucho. Era muy travieso y no paraba de hablar. Con sus historias de la casa materna dejaba a todos sonriendo.

Veinticuatro

Tras la llegada de la democracia, a principios de los cincuenta, los cambios fueron evidentes. Mi marido y su hermano, que eran *acharyas*⁴⁵ en sánscrito, se fueron a Varanasi a estudiar inglés. Y a mí también me entraron ganas de seguir con mis estudios.

Gracias a Dios volví a quedarme embarazada. Según decían los astrólogos, era preferible que mi hija Mukta naciera en Patna, algo alejada de su abuelo. Al parecer, su fecha de nacimiento entraba en conflicto con su carta astral. Gracias a esta circunstancia pude conseguir el permiso para salir del valle y así aprovechar el tiempo y preparar el examen de secundaria. Hacía casi diez años que había dejado los estudios. Y en Katmandú hubiera sido imposible conseguir el permiso para hacerlo. Mi padre, que se sentía algo culpable por aquella situación, me puso un buen tutor.

En Rachi celebramos también el *pasni* de mi hija Mukta. Habíamos acordado que una vez celebrada esta fiesta regresaríamos a Katmandú. Pero aún quedaban algunas semanas para el examen, así que retrasé algo el viaje. Dejé a los niños con mi madre y me fui a Varanasi. Allí mi padre también me puso otro tutor que era amigo de mi primo Binu y que aunque no tenía muchos recursos, estudiaba medicina.

45 El término *acharya* designa al instructor religioso. En el hinduismo el concepto de maestro (gurú) supera las funciones didácticas convirtiéndose él mismo en ejemplo de sus enseñanzas.

Reuní todos los libros que necesitaba. La gramática inglesa era lo más complicado. Mi tutor tampoco tenía ni idea. Lo había olvidado todo. Consultando las respuestas del año anterior, vi que casi el 30% de las preguntas se referían a gramática. Me puse muy nerviosa. Le dije a Binu que me buscara otro tutor que supiera algo del tema. Pero él me dijo que me lo preparara yo misma. Al final, el pobre tutor se pasaba toda la noche estudiando sus asignaturas de medicina y las lecciones de gramática que luego me enseñaba por la mañana.

Veinticinco

Llegó el día del examen. El centro en el que se celebraba quedaba lejos de casa. Había casi ocho kilómetros. Tan sólo se podía ir en *rikshaw*. Cuando entré a la prueba de nepalí allí no había nada de lo que yo había estudiado. Todos los textos eran de otros libros. Aunque parecía fácil yo decidí no escribir nada. Puse el papel en la mesa y esperé. Cuando vino la encargada me dijo:

- ¿Qué pasa que no estás escribiendo?

- ¿Cómo puedo contestar? – le respondí. – Todas las preguntas son de otros libros. Sólo responderé a las preguntas del libro que he estudiado.

- Eso no puede ser. – me dijo sorprendida- Todos están contestando. Escribe lo que sepas o te suspenderán.

A pesar de las amenazas, yo no escribí nada más.

- Bueno, en ese caso – me dijo- escribe tu número y tu centro y entrégalo.

Así lo hice. Ya lo daba por suspendido. Cuando llegué a casa, se lo conté al tutor y se entristeció. Binu me dijo:

- No tenías que haber hecho eso. En fin, habrá que esperar a que lleguen las calificaciones de Katmandú. A ver si puedes compensarlo con el otro examen.

No sé cómo podía imaginar que iba a aprobar un examen sin escribir nada. Pero menos mal que en el otro saqué un 7. Como era necesario sacar un 3,3 para aprobar la asignatura, con el 7 de aquel examen pude aprobarla.

Al día siguiente era la prueba de Ciencias. Antes de salir de casa, Binu y mi tutor me advirtieron:

- No dejes ningún examen sin contestar. Escribe todo lo que sepas.

Con tanta presión, al regresar del examen, decidí con una amiga ir al cine Prakash Talkies. Era la función de las tres. Al no regresar a casa se inquietaron y salieron a buscarme. Mi amiga y yo mientras veíamos *Anarkali*⁴⁶ y nos tomamos algo de *chat* en el camino. De pronto Binu y el tutor se acercaron en un *rickshaw*:

- ¿Cómo te has podido ir hoy al cine? Mañana tienes el examen de inglés. ¡Cómo eres! No dejas de portarte como una niña.

46 La película *Anarkali*, protagonizada por Bina Rai y Pradeep Kumar fue dirigida en 1953 por Nandlal Jaswantlal. Cuenta la leyenda del hijo del emperador mogul Akbar, Jehangir, que se enfrenta a su padre por el amor a Anarkali. La música compuesta por Ramchandra fue una de las bandas sonoras más famosas de la década en Bollywood.

Veintiséis

Regresé a Katmandú y una tarde que preparaba unos platos de ofrendas en la terraza de casa, llegó mi suegro con un telegrama urgente. Una amiga me felicitaba por haber aprobado los exámenes con notable.

- ¿Qué es esto? ¿Cuándo te has presentado tú a un examen? – dijo mi suegro- ¿No fuiste a tu casa materna para dar a luz? ¿Y esto es lo que has estado haciendo? ¿Y habrás pensado en trabajar también, no? De aquí en adelante no se te ocurra hacer algo así, ¿de acuerdo?

Sentada allí en la terraza mis lágrimas empezaron a deslizarse por mis mejillas. ¿Así se acababan ya mis estudios? Me levanté y me fui a mi habitación muy triste. Al poco llegaron dos o tres cartas de la familia felicitándome. Luego supe que habían llegado algunas más pero no quisieron enseñármelas.

Mi marido, intentándome ayudar, me dijo:

- No te preocupes. Yo estudiaré por ti. Y si deseas estudiar, graduarte y trabajar en un buen puesto, yo lo haré ¿de acuerdo?

- Pero sus estudios son los suyos. Yo también deseo tener mi formación. ¿Cómo puedo pasar los días encerrada en casa? La vida es demasiado larga y nunca sabemos lo que pasará. La educación es algo que siempre queda ahí, ¿no?

Mi madre siempre había querido que yo me graduara. Un día me confesó que cuando estaba embarazada de mí, había soñado con un cisne blanco, el cisne de Sarasvati, la diosa del conocimiento. Sin embargo, luego me casaron con catorce años

y me enviaron más allá de las siete colinas. ¿Cómo puedo cumplir así su deseo?

Afortunadamente las cosas en casa se fueron relajando y durante mis estancias en la casa materna pude examinarme también de bachillerato. Mientras, los niños fueron creciendo. Llegué a tener otro hijo más. Y así las tareas de la casa absorbían todo mi tiempo. Pensé que si yo no podía cumplir el deseo de mi madre, al menos que lo cumpliera mi hija. Y así la matriculé en una escuela inglesa que hacía poco se había inaugurado en Katmandú, la escuela de Santa María⁴⁷.

Y al poco tiempo se produjo la separación. Era algo habitual en las familias en las que había una madrastra. Cada uno de los hermanos tomó lo que le pertenecía y se trasladó a otro lugar. El hermano de mi marido, que tenía un carácter muy fuerte, se graduó. Mi marido, en cambio, de talante serio y poco hablador, apenas si entendía lo que estaba sucediendo a su alrededor.

47 La escuela de Santa María fue inaugurada en 1955 por las Hermanas del Instituto de la Bendita Virgen María, perteneciente a la Congregación de Jesús que había sido fundada en 1609 por Mary Ward, una pedagoga pionera en la educación para mujeres, algo inaudito en su época. Llegó en vida a abrir colegios por los cinco continentes. En diciembre de 1853, y a petición del Obispo Hartman, algunas hermanas de la Congregación llegaron desde Alemania a Patna. Cuando el rey Tribhuvan tomó el poder en Nepal, tras casi un siglo de sometimiento a la tiranía Rana, concedió permiso para instaurar en el valle un colegio internacional para chicos, la escuela de San Javier (1951) y otro para chicas, la escuela de Santa María (1955). El número de estudiantes rápidamente creció. De los quince que comenzaron el primer año pasaron a 465 diez años después.



10. Mi llegada a Nepal por Tangkot.



11. Primera foto hecha en casa, a escondidas, por mi marido.



12. Con Uday, de dos meses.



13. A punto de examinarme de secundaria en Varanasi.

PARTE III

Por el Sendero del Rita (Dharma Universal)

*Dicen los Vedas que
la ley universal es el orden cósmico,
las reglas de Dios actuando en la naturaleza.
Ese es el Dharma Universal (rita)*

Veintisiete

A partir de aquí las cosas fueron muy diferentes. Nos fuimos a vivir a una casa que mis padres habían comprado en Katmandú. Mi padre ya se sentía mayor y había pensado retirarse en el valle. La casa estaba en el barrio de Baluwatar y era conocida como “Sri Kunj”. La relación con mis suegros se fue debilitando. Apenas recibíamos noticias de ellos y tampoco mostraban mucho interés por nosotros. Debía ser otro efecto de aquellas aguas...

Mi padre entonces insistió en que yo retomara los estudios. Ahora no había ningún obstáculo familiar. Sentí que al final del túnel se divisaba un haz de luz aunque los temores no desaparecían: ¿Cómo se hace para volver a empezar? Los niños iban ya a la escuela. ¿Qué me diría la sociedad? ¿Tendría el suficiente coraje para enfrentarme a ella?

Mi tío, que acababa de ser nombrado Presidente del Consejo del Poder Judicial, me animó:

- No pasa nada. Sigue estudiando. Para esto no hay edad. Lo lograrás, ya lo verás.

Me matriculé en la Facultad de Educación de Chet Bhawan, en Lazimpat. Por entonces yo ya había empezado a enviar artículos para el *Gorkhapatra* y el *Madupark* y también había colaborado en algunos programas de radio. Recuerdo que para Radio Nepal escribí la novela *Los Novios y la Sociedad*. Y, de vez en cuando, les llevaba algún disco de música hindí que en Katmandú no era fácil de conseguir. Gracias a la discreción con que llevé a cabo estas actividades, conseguí el permiso de mi marido para seguir estudiando. Todas las mañanas, después de

enviar a los niños a la escuela, mi marido cogía la moto y me acercaba a la Facultad.

Por aquellos meses murió mi padre y mi madre se vino a vivir definitivamente a Katmandú. Mi hermano se quedó en Ramnagar cuidando de las plantaciones. Y mi hijo mayor, Udaya, que estaba estudiando en el colegio de San Javier de Patna, al abrir el Padre Moran un nuevo colegio en Katmandú, se vino a estudiar cerca de casa. Yo estaba muy contenta de tenerlo en la ciudad.

En la fiesta de la Facultad participé en una obra de teatro y competí en algunos deportes. Se me ocurrió para el concurso de disfraces vestirme de bengalí con un sari blanco ribeteado en rojo. Me puse *tika* y *sindur*⁴⁸ en el pelo. En un extremo del sari até una llave y me pinté los pies de *hena*. Parecía una auténtica bengalí. Y como conocía el dialecto, me dirigí en él a los espectadores.

El director, Upreti, me llamó a la salida.

- Bulu, no te vayas a casa aún. Se te ha concedido el premio al mejor alumno de la Facultad. ¡Enhorabuena!

No podía creerlo. ¡Dios mío! Después de treinta y cinco años mis deseos empezaban a cumplirse. Recordé a mi padre y lo feliz que hubiera sido en aquel momento. Mi mirada se cruzó también con la de mi marido y comprendí que él también se sentía orgulloso de mí.

Al curso siguiente ya estaba totalmente integrada en la Facultad. Mi relación con los compañeros era excelente y hasta alguna vez me echaban de menos cuando no podía acudir. Me daba la sensación de que había regresado a mi juventud.

La vida, sin embargo, siempre nos devuelve, queramos o no, al laberinto del *mandala*. Al final del curso había que salir al extranjero a hacer unas prácticas. Yo no pude ir debido a mis obligaciones familiares. Me preparé los exámenes finales en casa y allí me di cuenta de la falta que hacían textos en nepalí sobre Ciencias del Hogar. Sólo existían entonces en inglés o hindi, así que hice la promesa de que si me graduaba escribiría un libro de Ciencias del Hogar en nepalí. Y lo conseguí.

48 El *sindur* es una marca de color rojo sobre el pelo que sólo pueden llevar las mujeres casadas.

El día de mi graduación mi madre me acompañó.

- Has cumplido tus deseos, hija.

Y a mí no se me ocurrió otra cosa que salir corriendo, con mi traje de graduada, a hacerme una foto en un estudio. Quería apresar ese instante, recordarlo para siempre, con birrete y levita, toda la vida.

Veintiocho

Me enteré, días después, que Kalyani había llegado a Katmandú con toda su familia.

- Oye, Bulu. Estoy muy sorprendida de ver tu paciencia y tu constancia. Si has llegado hasta aquí es que no eres tonta, ¿verdad? Seguro que llegarás muy lejos. ¿Ahora harás un Máster, no?

- No, no creo. Yo tan solo quería graduarme para cumplir con el deseo de mi madre. Ahora tengo otras obligaciones.

- ¿Qué, si se puede saber?

- Mira. Cuando me presenté a los exámenes me di cuenta que no había libros de Ciencias del Hogar en nepalí. Entonces prometí que si me graduaba, yo haría uno. Así que ahora estoy trabajando en ello.

- ¿Y no piensas trabajar como maestra?

- No, no. Una casa siempre necesita un equilibrio. Hay que pensar en el futuro de los niños. ¡Cómo puedes imaginar a mi marido en casa y yo trabajando fuera! No, no. Eso no sería justo. Desde casa también puedo ayudar a la sociedad. Ahora escribiré ese libro.

Y así escribí, uno tras otro, hasta cinco libros sobre Ciencias del Hogar: *Ghriha Bigyan* (La Ciencia del Hogar), *Swadista Bhojan* (La Cocina sabrosa), *Sajilo Siune Katne Kala* (¡Qué fácil es cortar y coser!), *Sajilo Bunai re Katai Bigyan* (¡Qué fácil es tejer y bordar!), *KeTapailai thacha?* (¿Qué es lo que sabes?). Y uno en inglés sobre gastronomía: *Exclusive Nepalese Cuisine*. Y también escribí algunas novelas que evidentemente desde casa

no pude dar a conocer lo suficiente. Eran libros útiles que los usaban tanto alumnos como amas de casa. Algunos, después de aprobar los exámenes, me escribían agradeciéndome los textos. Sin embargo, y a pesar de su evidente utilidad, nunca llegaron a figurar en el currículo escolar.

Algunos de aquellos libros se los regalaba a mis profesores y éstos los utilizaban como si fueran suyos. Algunos, incluso, llegaban hasta escribir artículos plagiándome párrafos enteros. Aquello me irritaba pero guardaba silencio. ¿Qué otra cosa podía hacer? No obstante, por alguna razón, aún tenía confianza en que al final llegarían a reconocérmelo. Y es que todo mi esfuerzo siempre ha conseguido sus frutos muy tarde. Tardé en tener hijos, tardé en estudiar, y también he tardado en ver mis deseos cumplidos. Lo único que ha llegado pronto a mi vida ha sido mi matrimonio.

Veintinueve

En casa trataba de que a ninguno le faltara de nada. Deseaba un poco de orden a mi alrededor. Mis ambiciones contrastaban con el carácter humilde de mi marido. Pero siempre que le preguntaba sobre esa aparente incompatibilidad de caracteres, él me respondía que ahí residía el equilibrio. Entonces yo no le comprendía pero ahora creo que llevaba razón.

Mi marido tenía un amigo que según él era un pariente lejano. Solía venir por casa con frecuencia y nos ayudaba con algunos problemas. A mí aquello, no sé por qué, siempre me sabía mal.

- Usted tiene que resolver las cosas por usted mismo.- le decía a mi marido.

Sin embargo, ante la amabilidad y la eficacia de Arun poco se podía hacer. Se pasaba todo el día llamándome cuñada, y halagándome. Traía regalos para los niños. Y yo no entendía nada:

- ¿Por qué nos hace tantos favores? –le decía a mi marido- ¿No estará tratando de aprovecharse de usted?

- ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que le diga que no venga más? Si quieres, se lo digo.

- Al menos, trate de saber qué pretende.

Y empezamos, con ocasión o sin ocasión, a regalar a Arun más de lo que él nos regalaba. Él entendió la indirecta y dejó de traer regalos. Pero mi marido necesitaba un amigo y un socio. Los dos empezaron a trabajar juntos y montaron el cine Shree Cinema Hall con otros socios. Fue un buen negocio durante

algunos años pero luego se hizo insostenible. Arun era listo y mi marido tenía confianza en él. Al final se convirtió en un miembro más de la familia.

Un día me puse enferma. Me entró vértigo y un dolor en el pecho. No entendía qué me pasaba.

- No te preocupes, amor –me tranquilizaba mi marido- Descansa un poco. Toma agua caliente y estarás mejor. Trata de dormir.

Y, sin más preocupación, cerró la puerta y se fue. Yo no podía creer que me dejara así. Al poco llegó Arun y me preguntó:

- ¿Qué te pasa, cuñada? ¿Cómo estás en la cama a estas horas?

- Nada. Me duele un poco la cabeza. Creo que si descanso estaré mejor.

- No, no. No tienes buen aspecto. Voy a llamar al médico.

- No, no. De verdad. No hace falta. Seguro que no es nada serio. No se moleste.

- No existe la enfermedad pequeña. Ahora mismo voy a llamar al médico Avinash y a pedirle una cita. Le conozco. Seguramente sea la presión. Siempre que algo duele, algo pasa.

Cuando alguno de los niños se ponía enfermo también era él el primero en llamar al médico. Entonces me arrepentí de haber dudado tanto de él. Como esposa echaba de menos algo de ese ánimo, de esa confianza, en mi marido. Necesitaba algo de aquel cariño con el que yo me había criado. Un día se me ocurrió decirle a Arun:

- ¡Cuánto se preocupa por nosotros! Seguro que si ésta fuera su casa aún andaría más preocupado, ¿no?

- Pero cuñada, ¿por qué dices eso?

- ¿Acaso no querría a su esposa de corazón? Pues no todos tienen la misma capacidad de amar con el corazón.

Al día siguiente de esa conversación ya me había vestido y maquillado para salir cuando llegó mi marido y cogiéndome de la mano me dijo:

- ¡Qué guapa estás hoy, mi reina! Sólo tengo ganas de mirarte.

Yo me quedé muy sorprendida hasta que vi al fondo a Arun sonriendo. Entonces, sentí un poco de miedo. ¿Por qué se mete tanto en nuestras vidas? Y se lo dije a mi marido:

- No es bueno confiar tanto en alguien. La gente dirá que le necesitamos para todo. Nadie verá lo que nosotros hacemos por él. Yo nunca le he preguntado si gana o pierde en sus negocios pero imagino que usted sí sabe en qué está metido, ¿verdad?

- Arun tiene muchos contactos. Cuando vengan tiempos difíciles él nos podrá ayudar. Además es mi amigo desde la escuela. ¿Por qué me he de separar ahora de él?

- De acuerdo, está bien. Pero espero que todo esto luego no sea un problema. El otro día hasta mi madre me preguntó que quién era ese Arun. Yo tuve que explicarle que era un amigo de confianza.

- Exacto.

- Sí, exacto. Pero la gente seguirá preguntando. Antes vivíamos con su padre y él nos protegía. Pero ahora las cosas han cambiado. Hay que hacerse respetar, ¿lo entiende? Nuestros hijos ya no se contentarán con lo que para nosotros fue suficiente. Hay que ofrecerles una buena educación. Y para ello no tendría que ser necesario que viniera nadie de fuera.

Y en ese momento llegó Arun.

- ¿De qué estáis hablando? Tu marido, cuñada, está muy serio. Venga, vamos a tomar algo y luego al cine. Hay una película muy buena de Dev Anand⁴⁹.

- No, yo prefiero quedarme aquí. Me duele un poco la cabeza.

Mi marido, sin embargo, no pudo decirle que no.

49 DharamDev Pishorimal Anand (1923) se consagró en el cine de bollywood en el papel de galán moderno. Su primer éxito le llegó con *Ziddi* (1948), al que siguieron producciones como *Munimji*, *C.I.D.*, *Paying Guest* o *Kala Pani* (1958). A mitad de los años cincuenta contraería matrimonio con Kalpana Kartik.

Treinta

Al cabo de algunos días se presentó en casa Arun.

- ¿Dónde te has metido? Hace tiempo que no sabemos nada de ti.

- Tuve que ir por cuestiones de trabajo a Calcuta. He traído algunos dulces para los niños y un sari bengalí para ti. No sé si te va a gustar pero creo que te quedará muy bien.

Era un sari blanco ribeteado en rojo. Y de repente recordé aquel día en la Facultad cuando me disfracé de bengalí. No sé por qué su mirada se mantuvo fija durante unos segundos. En ese momento llegó mi marido.

- Arun, ¿cuándo has vuelto?

- Ah, ¿usted sabía que había ido a India? No me dijo nada.

- No era necesario. ¡Qué bonito sari! Le has traído el tipo de sari que me gusta. Amor, pónitelo. Seguro que te has acordado de aquel día en la Facultad, ¿verdad?

- Sí, lo estaba recordando ahora mismo. Pero no me lo voy a poner ahora, ya me lo pondré más tarde.

- Por favor, cuñada. Seguro que va a estar muy guapa con ese sari. Tan guapa como la diosa Laxmi.

- ¡Cómo sabes halagar! Creo que ya es hora de buscarte una chica guapa y casarte.

- De acuerdo. Si me buscáis una como tú, guapa y lista, me casaré inmediatamente.

- Igual que ella – digo mi marido- pero con algo menos de ambición.

- Si la gente no hubiera tenido ambiciones, y no hubieran sido capaces de cambiar las cosas, todos seguiríamos en la edad de piedra. ¿No es cierto Arun?

- Cierto, cierto – dijo Arun riéndose.

Treinta y uno

A la semana siguiente, en el supermercado de Bisalbazar, mientras subía las escaleras me crucé con una mujer que se quedó mirándome fijamente. Al terminar las compras la mujer seguía allí, esperándome en un escalón.

- Disculpa – me dijo- ¿Eres Bula, no?

- Sí, ¿y tú? ¿Nos conocemos?

- Soy Sefali. Sefu. Estudiamos juntas en la escuela de Calcuta.

¿No me reconoces?

La miré bien y la abracé.

- Sefu, después de tantos años... No pensaba encontrarte aquí.

- Claro. ¡Qué extraño reencontrarnos en Katmandú! ¿verdad?

A Sefali yo le llamaba con cariño Sefu y ella me llamaba Bula. Nos queríamos mucho. Cuando yo vivía en Calcuta, iba muy a menudo a su casa a comer un curry de pescado que preparaba su madre, Bahudi. Estaba riquísimo. Tenía una casa enorme en Bhabanipur. Mi tío y su padre trabajaban juntos.

- Bula, no has cambiado nada. Tu cara, tu forma de hablar, sigues igual. Y vaya figura. El tiempo no pasa por ti.

- A ti, sin embargo, te veo muy cambiada. Si no me hubieras llamado, no te hubiera reconocido.

- Oye, ¿te apetece un té?

- Hoy tengo algo de prisa. Vienen algunos amigos de mi marido y tengo que recibirles. ¿Dónde vives? Te dejo en casa y así podemos hablar por el camino.

- Vivo en una casa alquilada.

- ¿Sola?

- Sí, ahora sí. Antes tuve un... bueno, fue un error.

Aquello no me lo esperaba. Sefu había sido siempre una chica muy alegre con dos ojos enormes. Ella sí que era una auténtica belleza bengalí. En clase la llamábamos la de los ojos de ciervo.

- Sefu, te voy a dejar mi número de teléfono y la dirección de mi casa. Cuando tengas algo de tiempo, visítame. Estoy impaciente por oír tu historia.

- Vale, vale. Cuando te venga bien a ti. ¿Qué te parece el sábado?

- No, no. El sábado estaré muy ocupada. Los niños están en la casa y también mi marido. Ven otro día.

- Vale. Toma el teléfono de mi oficina. Cuando puedas llámame. No conozco a nadie más por aquí.

Y nos despedimos visiblemente emocionadas.

Treinta y dos

Pasaron algunos días hasta que su taxi aparcó junto al porche. En el reencuentro nos volvimos a emocionar.

- Querida amiga, ven. Vamos arriba. Estoy muy contenta de tenerte aquí.

Entramos al salón y Sefu lo inspeccionó con sus enormes ojos de gacela.

- Bula, tienes todo decorado como cuando eras pequeña.

Entonces entró Kanchi con unos zumos. Estaban deliciosos. Y nos anunció que la comida estaba en la mesa. Sefu me enseñó dos pulseras bengalíes. Me encantaban. Ya se las había visto a su madre. A Bahudi esas pulseras de conchas le quedaban muy bien. Yo las quería llevar de pequeña pero ella me decía que debía esperar a estar casada.

- Cada vez que yo veía estas pulseras, Bula, me acordaba de ti. Siempre las he llevado conmigo. Ven, que te las pongo.

Mis ojos se inundaron de lágrimas.

- ¿Dónde están tus padres?

- Murieron. No tengo ya a nadie en la casa. Mi hermano marchó al extranjero. Y cuando me fui con Pius sólo vivíamos con su madre.

- Bueno, vamos primero a comer.

- Bula, he de confesarte que en mi vida he tomado algunos riesgos y he pagado por ello. Quise cambiar las costumbres demasiado rápido.

- Pero Sefu, eso no significa que tengamos que olvidar nuestra cultura.

- Entonces pensaba que era urgente conseguir la igualdad entre hombres y mujeres.

- ¿Y acaso no te casaste a gusto?

- Sí, Pius parecía ser un compañero perfecto. Tenía un pensamiento abierto y sólo hablaba de un futuro maravilloso. Aunque en la casa teníamos de todo, de vez en cuando yo le notaba algo serio.

- ¿Y eso?

- Llegué a darme cuenta demasiado tarde. Él me quería mucho y yo me sentía una de las mujeres más felices del mundo. Claro, siempre y cuando no le contrariara. Cuando me decía que me levantara, me levantaba. Cuando me decía que me sentara me sentaba. Para todo dependía de su opinión.

- ¿Y qué pasó?

- Pius trabajaba en el aeropuerto. Su horario era muy irregular. Yo no sabía nunca cuándo iba a volver. Él, aunque no lo parecía, era muy celoso. Yo sin embargo, nunca sospeché de él. Confiaba totalmente en él. Una noche no sé por qué no podía dormir. Era verano. Había luna llena. Me levanté y me fui a la ventana pensando en dónde estaría. En la calle había un taxi. A la luz de la farola, vi cómo se abrazaban y se besaban. Se me puso la piel carne de gallina. Todo había sido un engaño. Oye, Bula, recuerdo que te encantaba la música de Rabindra Sangeet. ¿Ya no cantas?

- Sefu, no cambies de tema. ¿Y qué hiciste?

- Al día siguiente, cuando Pius se fue a la oficina yo abandoné la casa y me fui a Patna a la casa de mi tía. Se acabaron las obligaciones. Mi tía daba clases de música.

Sonó el timbre.

- Parece que ha venido alguien. Pero no es la hora de que regrese mi marido.

Arun entró en la habitación sin más reparos.

- Arun, ¿de dónde llegas?

- Oh, ¿os molesto?

- No, no. Te presento a una amiga de la infancia. Viene de India.

La miró detenidamente y Sefali se sintió un poco intimidada. Se saludaron y Sefu se disculpó para irse.

- Pero Sefu, quédate a tomar té.
- No, no. De repente me he acordado que tenía una cita.
- Sefali, ¿cómo es que te marchas nada más llegar yo? Parece que efectivamente he interrumpido el encuentro de las dos amigas.
- ¿A dónde vas?
- Voy a Lainchaur.
- Ah, pues yo también voy hacia allí – le contestó Arun.

Treinta y tres

Cuando llegó mi marido, le conté el encuentro con Sefali.

- Siendo amigas desde la infancia, disfrutarás de su compañía. Tienes que invitarla otro día y así la conozco.

- ¿Sabes? Se casó por amor y no le ha ido bien. Es una mujer muy independiente.

- Seguramente no sabe aguantar. No todo el mundo es capaz de soportar y sacrificarse como tú, Bula. ¡Cuántos de tus deseos has tenido que reprimir por no romper el equilibrio en la casa!

- Bueno, bueno. No me digas esas cosas.

- Hay gente que sólo tiene un punto de vista y desde ahí mira el mundo y quiere que el mundo gire a su alrededor. Arun, por ejemplo. Se mete en las casas de los otros y ayuda pero no tiene ni idea de cómo va su casa. Debería hacer caso al refrán: “Enciende primero la vela en casa y luego en el templo”.

- ¿Cómo? ¿Arun tiene familia?

- ¡Ah! ¿No lo sabías? Sí, sí. Se casó pero ninguno pudo respetar los sentimientos del otro. Cada uno demandaba del otro más libertad.

- ¿Y dónde está su mujer ahora?

- Dejó la casa y se fue, como tu amiga Sefali.

- Estaría bien preparar un encuentro entre los dos, ¿no?

- ¿Entre quién? ¿Arun y su mujer?

- No, no. Arun y Safali. Pero yo no sé si a Arun le va a interesar una mujer que ya tiene cuarenta años.

- Pero, boba. A partir de los cuarenta es cuando empiezan a florecer. Mírate a ti misma. Ahora es cuando veo en ti a la mujer más bella y con todo el aroma de la flor madura.

Mi marido no dejaba de sorprenderme.

Treinta y cuatro

Aquella noche muchos pensamientos me impedían conciliar el sueño. Todo estaba fluyendo. No sólo mi vida. Sefu había sido una de las amigas con el carácter más independiente y divertido. Nunca había tenido miedo a nada. Siempre se había dedicado a dar órdenes. Algunos hasta le tenían miedo. Un día la maestra Das me advirtió:

- Bulu, no vayas con Sefu. No es buena para ti. Tú tienes una forma de ser tranquila y eres buena estudiante.

No llegaba a entender lo que quería decirme así que continué saliendo con ella. Sefu me preguntaba:

- Bula, ¿te has enamorado alguna vez?

- ¿Qué es enamorarse?

- Desear a una persona mucho.

- Ah, sí. Quiero a mis padres muchísimo. Y también a mí misma. Y al perro y al loro que tenemos en casa.

- Tonta. No es ese el amor al que me refiero. Es un amor que sale desde lo profundo del corazón. Si no te enamoras en esta vida, todo dejará de tener un significado. Tu pareja te tiene que querer de la misma forma. ¿Sabes? Yo tengo un amor así. Le encontré de camino a la escuela.

Treinta y cinco

La historia de Sefu me hizo recordar a Kalyani. Se había casado en Benarés y había tenido una hija. Enviudó muy pronto. Recordé todo lo que había hecho con ella a diario. Había aprendido a manejar la casa. Había sido una amiga de verdad que me había querido y se había preocupado por mí. ¿Quién me ha valorado como ella después? ¿Mi marido ha sido capaz de hacerlo?

Treinta y seis

- Bula, ¿sabes una cosa? – dijo mi marido.

- ¿Qué?

- Esta noche nos ha invitado Arun a cenar a un hotel de cinco estrellas. Tu Sefu también viene.

- Vaya, ya hacía días que no les veíamos.

- Entonces vamos a cenar, ¿no?

- No, no quiero ir. Nunca he ido aquí a un hotel de cinco estrellas y no me apetece.

Así que les dejamos que intimaran y que lo pasaran bien solos. Al cabo de una semana, Sefu me llamó:

- Hola, Bula. ¿No te habrás enfadado conmigo?

- No, no. ¿Por qué habría de enfadarme?

- Tengo algo urgente que contarte. ¿Puedo ir ahora mismo o tienes otros planes?

- ¿Qué planes voy a tener? Soy ama de casa. Ven a comer, así hablamos.

Sefu estaba radiante. Llevaba un vestido de color limón suave que le quedaba muy bien. Noté en sus grandes ojos que algo le inquietaba.

- Ven, ven. Estás muy guapa. Hoy vienes muy tranquila.

- ¡Qué bruja eres Bula! No se te puede engañar.

- Bueno, cuéntame. ¿Qué tal te ha ido?

Sefu se puso cómoda en el sofá.

- Antes necesito un vaso de agua y luego te cuento. Y no me tomes por tonta pero contéstame con sinceridad.

- Primero pregúntame.

- Bueno. Me gusta Arun. Es muy cariñoso y amable. Y aunque no lo parece, es una persona muy tranquila e independiente.

- ¿Cómo puedes saberlo en tan poco tiempo?

- Desde que nos conocimos nos gustamos. Él también vive separado. Busca un camino en la vida y un amor de verdad. El otro día que no vinisteis a la cena se puso muy triste. Hasta ese momento no habíamos hablado casi.

- Tienes que tener cuidado, Sefu. Si no andas con cuidado, pueden traicionarte. Una relación tan breve no significa nada. Tienes que pensar en el día de mañana. A los dos os han traicionado. Ahora tenéis que saber por la chispa dónde anda el fuego. ¿Y qué piensa él?

- No lo sé. Pero tú me puedes ayudar a saberlo. Sé que te respeta mucho. Siempre habla muy bien de ti. Te pone como modelo de mujer. Y veo que tiene envidia de tu marido. Por ello creo que te hará caso en lo que le digas. Intenta saber algo, por favor. Pregúntale si esto es sólo una amistad o algo más.

- Mira, Sefu. No tengo tanta amistad con Arun para preguntarle eso. Yo no me meto en su vida privada. Pero sí puedo pedírselo a mi marido. Son amigos desde pequeños. Creo que es lo mejor.

- Vale. Pues lo hacemos así. Estoy tratando de conocerle de verdad. No quiero que la gente se ría de mí a mi edad. Quiero ser prudente. Y quiero también que Arun se convierta en mi compañero de remo en esta vida. Quizás el dios ya haya pensado en ello.

Y así pasaron algunas semanas hasta que recibí una carta suya desde Calcuta.

Querida Bula:

Estamos viviendo en una pequeña casa. Ya me habías advertido que la gente no sabe nunca dónde va su vida. De momento estoy muy feliz. Creo que una mujer solo puede ser feliz cuando se entrega completamente. Los dos nos queremos mucho. No hay sitio para la desconfianza.

Querida Bula, espero que seas muy feliz. No pude despedirme antes de salir pero cuando regresemos a Katmandú nos veremos. Espero que no te hayas molestado. Tu Sefu.

Treinta y siete

Un día fuimos a visitar a mi hijo mayor, Uday, a la escuela de San Javier en Godavari. Cuando le vi, se me encogió el corazón. Había adelgazado y tenía una herida en un ojo.

- ¿Qué te ha pasado?

- El otro día me sentí mal y vomité. Y desde entonces no me encuentro muy bien.

Fuimos a ver a la responsable de la residencia.

- ¿No tienen que informar a casa cuando ocurre algo así?

- Lo hicimos pero a lo mejor no lo recibieron.

Yo me quedé muy sorprendida. En aquellos días aún no teníamos teléfono y llegar a Godavari no era fácil.

- Bueno, si no le importa, me gustaría llevarme a mi hijo ahora mismo.

Recogí del baúl todas sus ropas que aún olían a vómito. Me sentía muy culpable. Sin perder un minuto, saldé las facturas que había pendientes y nos llevamos a Uday a casa. No podía soportar la idea de que hubieran pegado a mi hijo.

Poco después, le matriculamos en una escuela pública y ahí siguió sus estudios. La verdad es que no me gustaba mucho su nuevo círculo de amigos. Cada vez estudiaba menos. Al final nos enteramos de que tenía una relación con una chica.

- Hijo, eso que dicen ¿es verdad? Apenas tienes 16 años. Lo que tienes que hacer es estudiar. ¿Por qué quieres estropear tu vida así?

- No, mamá. No te preocupes. Estudiaré. No hagas caso de lo que te cuenten por ahí.

Evidentemente, no podía creerle. Y a los pocos días se presentó en casa el hermano de la chica y su cuñada.

- Queríamos hablarle de su hijo. Siempre está dando vueltas por nuestra casa. Le han visto también rondando la escuela de Padma Kanya. Ninu apenas se ocupa de sus estudios y no nos hace ni caso. Si le volvemos a ver cerca de casa, puede que lo que le ocurra no sea nada bueno. Se lo advertimos de antemano.

Su hermano era coronel y solo mirarle ya inspiraba temor. No supe qué decir. Tan sólo me salieron unas lágrimas. En ese momento llegó Uday y sus miradas se cruzaron.

- Pregunte a su hijo.

Le cogí de las manos y le pregunté de nuevo si aquello era verdad.

- No mamá. Yo no he dicho que quiera casarme ya. Primero acabaré mis estudios y seré responsable. No me casaré sin tu bendición ni la de padre. No te preocupes, por favor. No quiero verte sufrir.

Ninu era hija de una familia Shah y era inconcebible entonces que entrara a formar parte de una casa brahmín. Recordé aquel dicho de “Hija de buena familia y agua de fuente cristalina”. Me encomendé a mi dios krishna para que protegiera a mi hijo. En ese momento llegó mi marido y la cuñada de Ninu, con un cigarro en la mano, le dijo:

- ¿No tendrá fuego, verdad?

Su blusa de manga corta dejaba al descubierto un sugerente escote y buena parte de la espalda. Su perfume inundaba ya la habitación. Aquella forma de moverse y comportarse habría avergonzado a una ramera. Sentí un inmenso asco por ella y en el silencio de mi boca ya todo era amargo.

- Mamá, por favor. Vete dentro. Yo seguiré con este asunto.

Y cogiéndome de la mano, me llevó a mi habitación. Allí imploré a Krisna que no me arrebatara a mi hijo tan pronto. No sé cómo caí en un sueño profundo y allí, bajo un cielo de azul intenso y en medio de un jardín idílico, apretaba con cariño su mano.

- Hijo, nadie te puede separar de mí. Eres mi bendición.

De repente una enorme tormenta de granizo y lluvia sucia destrozó el jardín y empapada no podía ya encontrar la mano de mi hijo. Me desperté asustada de aquella pesadilla y todo mi cuerpo estaba bañado en sudor.

Uday sacó los exámenes de secundaria con muy buenas notas. Le enviamos a estudiar a India y la alegría volvió a reinar en la casa. Los rumores cesaron. Mi alma volvía a estar en calma. Pensé que había sido una tormenta más en la vida y que las cosas seguirían su curso sin más estribaciones. ¡Qué equivocada estaba!

Uday y Ninu acabaron casándose, pese a todo. Y también lo haría mi hija Mukta con un hombre de otra casta. Hermano de una de sus amigas de Padma Kanya, Rangam Shrestha, hijo de un comerciante de Jochhen -barrio que luego sería conocido como Freak Street- se convertía así en mi yerno. Nada de esto había ocurrido antes en mi familia.

Treinta y ocho

Mi marido parecía no acusar los envites de la vida.

- No sé si usted ha dejado de tener interés por la vida o simplemente piensa que ese es el destino que Dios ha querido para nosotros. La verdad es que yo no entiendo nada.

- Mira, amor. No todos somos unos luchadores como tú. Tienes ambiciones grandes pero la vida a veces sigue otro curso. Nuestros hijos ya pertenecen a otra generación. Las costumbres para ellos han perdido su valor.

- ¿Qué es lo que quiere decirme? ¿Que ya no nos deben respeto?

- No, no es eso. No debes preocuparte tanto. Algunos de esos problemas no son tales.

- Ah, ¿Entonces soy yo la que crea esos problemas?

- No, no digo eso. Las cosas van y vienen. Nada más.

- ¡Ay Dios mío! No entiendo cómo podemos seguir siendo un matrimonio.

Treinta y nueve

En estas tribulaciones, llegó una carta de Kalyani.

Querida amiga,

Ya me voy enterando de las últimas noticias por la tía y las amigas. Estoy muy contenta de que al final hayas podido casar a tu hijo pequeño, Ujjal, con alguien de tu casta. Pero ya ves que tu nuera, la hija del Shah, tampoco ha salido tan mal como creías. Me dicen que es muy buena y que adora a toda tu familia. Si os trata así de bien es que algo de educación tiene, ¿no? Y me alegro mucho por tus dos nietos. ¿Cómo no me dijiste nada antes?

Recibe todo el cariño de esta casa. Mi hija Pavitra ya tiene seis años. No seas perezosa y contéstame cuando tengas tiempo. No me olvides. Kalyani.



14. La familia: mi marido y mis hijos Uday, Ujjal y Mukta.



15. Con los colegas de la Facultad.



16. Con el premio a la mejor alumna de la Facultad.



17. Graduada.



18. Yo, con mi amiga Sefu.

PARTE IV

Por el Sendero del Svadharma (Dharma Personal)⁵⁰

*Dicen los Vedas que
la ley personal es nuestro patrón individual en la vida,
la suma de nuestros karmas.
Ese es el Dharma Personal (svadharma)*

50 La autora detiene aquí su narración e inserta en *Chuteka Paila* un libro que ya publicó en 1990 con el título *Jeevan Ananda Re Pida (Vida: Felicidad y Tristeza)*. En él se dirige a su hijo fallecido como interlocutor, cambiando así el destinatario de la narración. Omitimos aquí las reiteraciones que este segundo libro contiene.

Cuarenta

Hace mucho que no he podido hablar ni hundirme en tu sonrisa. Quiero emborronar estas hojas con mi sangre. ¿Te acuerdas de nuestro chófer Mundrica de Patna? Te adoraba. Cuando regresábamos a Katmandú siempre se quedaba con los ojos llenos de lágrimas. Nunca le importó que hicieras pis en los juguetes. Después de todo aquello, regresé a Patna y le llamé, no sé por qué:

- Mundrica, mira a ver qué hace babu. Debe estar jugando con el coche. Mira a ver si toca algo.

Cuando Mundrica se giró y comenzó a llorar entonces caí en la cuenta. Le había puesto triste. Soy incapaz de controlar mis emociones. Mi madre también te adoraba. Ella siempre te consintió todos tus caprichos. Y tú te empeñaste en llamar a tu padre Místermama. Tu cuerpo no resistía el calor. Toda tu piel se cubría de granos. Pero aún así no dejabas de hacer travesuras.

Desde que tenías dos meses te retratábamos en cualquier sitio: en la bicicleta, por teléfono, duchándote. Incluso con aquella vaca tan tranquila que había en casa. ¿Recuerdas cuando te pusiste azul mientras te daba el pecho? Yo me quedé petrificada. Esa enfermedad en el hígado siempre estuvo preocupándome. Si hubiera pasado algo entonces, ahora no estaría, 28 años después, reviviendo todo esto.

A cada uno le ponías un apodo diferente. A uno de los tíos le llamabas “el tío que más estudia”, a otro “el tío que se ríe”, a otro que vestía muy elegante le decías “el tío inglés”. Y un día

que el lechero, que estaba muy gordo, llegó a casa le dijiste: “Eh, tío cachas”. Y todos nos moríamos de risa.

Todos tus amigos – aunque tus preferidos eran Alexander y Uday- tenían apodos diferentes: Pape punjabi, Ranabhudin, Zabraque, etc. Cómo te gustaba hacer el payaso. Incluso a mí me pusiste “papa”, como si ya me entregaras por adelantado esa responsabilidad.

Erais los tres muy traviosos. Ahora no puedo verlos a ellos. Se me encoge el corazón y soy incapaz de retener las lágrimas. Siempre que Uday y tú salías en la moto, todo el barrio sentía el terremoto. ¿Recuerdas aquel día que se os ocurrió ir a India por la carretera de Tribhuban Rajpath? Yo me quedé muy preocupada y tu amigo trató de consolarme:

- Ahora que la gente sale al universo en cohete, ¿de qué se preocupa? Le prometo que su hijo volverá sano y salvo.

Cuarenta y uno

Tenías el hábito de terminarlo todo rápidamente. Siempre tenías prisa. Nunca estabas relajado en casa. Hasta tu matrimonio fue rápido. Y además con la hija de un Shah. Pero yo necesitaba a alguien cerca con quien poder hablar. Por eso acepté tu matrimonio. Aunque no sabía muy bien cómo encajaría. Ella no era muy agraciada pero su carácter era muy bueno. Era la primera vez en nuestra familia que se celebraba un matrimonio por amor. Sentí que todos me comían con la mirada en aquel templo de Sri Gujeshwasri.

Cuarenta y dos

Después de casarte, estuviste muy ocupado. Te volviste más serio. Y cambiaste de amigos. Entonces conociste a Durganath Sharma, que luego sería un ejecutivo de la televisión nacional. Y te pusiste a trabajar en la agencia de viajes Yeti Travel.

Una tarde vinieron tus amigos de la agencia. Se divertían en el salón bailando aquella canción... «No me llores cubriéndote los ojos, ríe aunque haya dolor en tu corazón.» La cantaba Narayan Gopal en la radio pero aquí no era su voz. Era la de Kismat Thapa. Siempre que la oigo recuerdo tardes como aquella.

De repente, sin embargo, tu situación en la agencia se volvió muy delicada. Como un insecto que es machacado en el molino con los granos de trigo, así tú fuiste defenestrado por culpa de otros. Jamás te había visto tan triste y preocupado. Tú, sin embargo, tratabas de animarme:

- Ya verás, Buwa. Un día todo se aclarará y me dejarán volver a la oficina. Sabes que soy inocente.

Y efectivamente, al final todo se resolvió y Ninu pudo sonreír de nuevo.

Cuarenta y tres

Recuerdo que para la puja de Sri Krishna Janmahastami cogías un día libre en la oficina y me ayudabas a prepararlo todo. Invitabas a tus amigos y gastabas mucho más que yo. Tú sabías que el día de Krishna para mí era más importante que Dashain o Tihar. No sólo sentía a Giridhar Gopal en el templo sino que lloraba con él, reía con él. ¡Oh, mi dios! –le decía- ¡Gracias por haberme dado un hijo semejante a ti!

Toda la habitación se llenaba de retratos de Krishna: naciendo en la cárcel, cruzando el río Yamuna en la cesta, acariciando a su madrastra Yasoda, protagonizando un *rasa-lila*⁵¹. Entre foto y foto colocábamos una columna de *sawan*. Así nuestro salón parecía por un día el vergel de Vrindavan. A la tarde llegaban muchos devotos y cantantes y se rezaba toda la noche.

¿Cómo puedo ahora celebrar esta fiesta? ¿Dónde te has ido, Krishna?

51 El *rasa-lila* es una tradición performativa muy arraigada en el norte de India donde a través de una danza espiritual se representa el famoso episodio de Krishna y las vaqueras o “gopis”. Véase: Stratton Hawley, John (1981), *At Play with Krishna. Pilgrimage Dramas from Brindavan*, Princeton University Press.

Cuarenta y cuatro

Quizás, aquella noche, el dios se enfadó. Era la una de la mañana. Estábamos durmiendo. Me costaba conciliar el sueño hasta que tú no regresabas. Ninu también había salido contigo. De repente sonó el teléfono. Temblé al cogerlo. Llamaban del hospital. Oí llorar en ese momento a Ashish, tu hijo mayor. ¿Una pesadilla? Todas las fuerzas me abandonaron. Llamé a tu padre y corrimos al hospital.

En la sala de emergencias había un cuerpo tendido en una camilla. Pregunté con temblor en la voz dónde estabais. Una enfermera se acercó y me mostró el cadáver de la camilla. “Acaba de morir –me dijo- ¿Es éste a quien buscan?”. No. No eras tú. Hasta que no llegó tu amigo no supimos que os estaban haciendo pruebas. Cuando saliste, te abracé con todas mis fuerzas y te puse en la frente las cenizas bendecidas por Sai Baba⁵². ¡Ay Dios! Gracias, gracias, gracias. Pregunté por Ninu. Ella se había roto la cadera. Estaba inmovilizada. Tú insistías en que estabas bien, que a quien había que cuidar era a Ninu. Los médicos también lo decían. ¡Qué suerte han tenido! Nada grave les ha pasado.

Semanas después, Ninu ya se estaba recuperando. Tú habías vuelto a la oficina y parecías algo más serio que de costumbre. Al principio creí que seguías preocupado por Ninu. Como no

52 Sathya Sai Baba (1926) es un santón del sur de India que dice ser la reencarnación de Sai Baba de Shirdi y uno de los avatares de Krishna en la actualidad. Su Organización se extiende por más de 1200 centros repartidos en 130 países.

podía moverse estaba engordando. Y tú te burlabas diciendo que estaba otra vez embarazada.

Como todos los años, yo empecé a preparar mi viaje a India. Tú sabías que yo no aguantaba muy bien el frío del invierno. Cuando me despedí, tú te quedaste en la cama con el pijama que te había cosido la tarde anterior y con una camisa que te había regalado para tu cumpleaños.

- Bueno, me voy. Cuida a Ninu muy bien, ¿eh? Místermama se va a quedar aquí. Con todos los ayudantes. No tenéis que preocuparos por nada. Volveré muy pronto.

No sabía que el destino había planeado así nuestra despedida. ¿Cómo iba a saber que aquel era el momento para acariciarte por última vez? Mis ojos sólo pudieron verte por fuera. Mi corazón no fue capaz de penetrar en el sufrimiento que llevabas por dentro.

Cuarenta y cinco

En enero de aquel 1978 llegué a Varanasi. Ahí me esperaba la abuela con los tíos. También vivía con ellos mi tía que, aunque enferma, ya había cumplido los 86 años y me quería mucho. Yo le tenía un respeto enorme. Ahí pasé aquella semana. Todo parecía ir bien aunque por dentro me agitaba una inquietud difícil de explicar. Trataba de tranquilizarme diciéndome que lo peor ya había pasado. Hacía más de un mes de tu accidente. Y así empecé a tejer un jersey para ti. Seguro que en Katmandú ya había empezado a hacer frío.

Compré algunos dulces que te gustaban y los guardé en la maleta. Siempre que regresaba de estos viajes venías a la habitación y lo revolvías todo. Aquella mañana, sin embargo, tu padre se presentó allí.

- ¿Cómo es que has venido? ¿Qué tal están en la casa?

- Bien. Todo está bien. Uday está ocupado con su trabajo. Ninu ya puede andar un poco con los corsés. He traído unas placas de rayos X para enseñárselas a los médicos de aquí.

Así que nos quedamos algunos días más. Después, Místermama se fue a Calcuta por su trabajo y yo regresé sola a Katmandú. ¿Cómo iba a saber adónde me llevaba ese sendero? Yo pensaba estar regresando a Prem Kutir, nuestra “casa del amor”, cuando en realidad ya estaba envuelta en cenizas y sus rescoldos tardarían mucho, mucho tiempo en dejar de abrasarme. ¡Oh Pasupatinaht⁵³!

53 El dios Pasupatinath es uno de los nombres del dios Siva. En Katmandú, junto a su templo, a las orillas del Bagmati, tienen lugar las cremaciones de los difuntos.

Cuarenta y seis

En el aeropuerto me pidieron que abriera la maleta. No encontraba la llave. Les dije con total confianza que era tu madre. Todo el mundo te conocía por Satyal. Les dije que seguramente me estabas esperando fuera, como solías hacer con los turistas cuando llegaban. Entonces en sus caras percibí un temblor. Ninguno se atrevía a decir nada. No entendía qué estaba pasando. Sin más, me dejaron salir. Tenía una ganas enormes de llegar a casa. Cuando pasé por delante del templo de Pasupati, incliné mi cabeza. Desde el puente se veía el humo del crematorio que se elevaba, como mi oración, al cielo. Alguien hacía su último viaje. Que Dios bendiga su alma. Y así llegamos hasta Bhatbhatini. Entonces recordé que hacía poco, de camino a no sé dónde, te habías parado en cada templo a rezar pero sin juntar las manos. Tan sólo te salía una breve inclinación de cabeza.

- ¿Es que ya no es necesario adorar a dios juntando las manos? – te pregunté.

- No, mamá. Si respetamos a quien tenemos que respetar siempre recibiremos sus bendiciones.

Llegué a casa. La entrada principal estaba abierta. Vi algunos coches y mucha gente. Pensé que quizás ya habías montado una fiesta. Esa gente, sin embargo, aunque conocida, no eran tus amigos. Eran familiares que nunca se les veía salvo en las bodas o en alguna fiesta muy señalada. Bajé del taxi. Munu, tu hermano, vino a saludarme.

- Munu, ¿qué hace tanta gente aquí?

- Uday está en el hospital – y enmudeció.

¡Otro accidente! Arriba había más mujeres. Una me cogió la mano y me dijo:

- Así es este mundo. Unos se van antes y otros después.

¿De qué me habla? No entendía nada. Entré en mi habitación y miré a Krishna. En el altar todo estaba muy descuidado. El miedo se apoderó de mí y bajé corriendo. Abrí la puerta de tu habitación y vi a Ninu rodeada de mujeres. Mukta, tu hermana, la tenía cogida de la mano.

- ¿Dónde está Udu? ¡Dime! ¿Dónde está Udu?

- ¡No está! – gritó Mukta.

¿Qué dices? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde te has ido? Te habían llevado al hospital y ya está. Todo terminado. Con sólo 28 años todos tus *karmas* cumplidos. ¿Es esto cierto? ¿Cómo puedes morirte sin mí? ¿No te dije que me avisaras siempre antes de salir de casa? ¿Cómo te vas sin decirme nada? ¡Callaros, callaros, por favor! ¡Dios mío! ¡Mi Krishna! ¿Por qué eres tan duro? ¿Por qué me has engañado así? ¿Quién te ha ofendido? Mi mente ya no puede pensar, mi cuerpo está frío. Solo piedra. ¿Para qué seguir viviendo en esta época de Kalki⁵⁴? Krisna, pensaba que estabas conmigo. Tenía mucha confianza en ti. Después de rogarte tanto, me concediste el don de ser madre. Luego, sin embargo, te has arrepentido y me lo has quitado. Eso es de seres tacaños y resentidos. Has tenido celos de mi hijo Udu porque ocupaba en mi corazón más sitio que tú, ¿verdad? Pues ya no creo en ti. Sólo he creído soñar con tu existencia. Ahora ya no te necesito. No quiero más ilusiones. Ganesh, Kali, Ram, Krishna, os he adorado a todos. Ahora ya no os necesito.

54 En el hinduismo Kalki es el décimo y último avatar en el que se reencarna Vishnu. Con él llega la época de la destrucción y el caos en la que estamos actualmente y que recibe el nombre de Kali Yuga.

Cuarenta y siete

Mi corazón se ha endurecido. Había estado más pendiente de los dioses que de mi hijo. Ahora él ya no vive y yo no quiero rezar más. Pierdo la conciencia. Me visitan los médicos. Me dan inyecciones que me dejan somnolienta. Yo pido el sueño eterno. No me torturéis con la vida.

Junto a mí, yaciendo en el lecho, está Ninu. Tu amante, tu amiga, tu novia, Ninu. Cuánto amor desperdiciado. ¿Qué va a ser de ella? No sé qué palabras la consolarán. Mi corazón se encoge ante su juventud y su destino. Todavía no es consciente de lo que ha pasado. ¿Cómo piensas que voy a ayudarte a criar a tus hijos si yo misma estoy sin vida? Mistermama y tus hermanos también andan errabundos, incapaces de consolarse mutuamente.

¡Ojalá alguien nos despertara de esta pesadilla! Ahora recuerdo a aquel ayudante de Patan, Jeet Bahadur, que llegó a casa sin saber que tú te habías casado. Entonces quiso conocer a Ninu y tú subiste corriendo a la habitación y la bajaste cubierta con un velo. Todos estábamos con la boca abierta. Jeet Bahadur no se lo podía creer y retrocedió. Le habías dicho a Ninu que era un tío del pueblo y ella trataba de mostrarle todos los respetos como si fuera efectivamente de la familia. Todos nos reímos con aquella situación. Como cuando le pediste el menú al camarero y le ordenaste que te trajera todos los platos que allí había. Encerrabas al abuelo en el servicio o te disfrazadas de

chica y engañabas al tutor que venía a darte clase. Al médico, sin embargo, que venía a ver a Ninu le dabas diez rupias en lugar de dos porque así, decías, vendría más rápido cuando le necesitáramos.

Cuarenta y ocho

Decías que, tras el accidente, sólo veías puertas que se abrían una detrás de otra, cada vez más rápido. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y al llegar a la séptima, ésta ya no cedía. Entonces te despertabas y sentías una paz y una tranquilidad enormes. Todo alrededor era verde; las montañas se cubrían de nieve y el sol bañaba el paisaje de la madrugada. La naturaleza, tu cuerpo.

Efectivamente, babu. Nacemos en las faldas de la naturaleza, crecemos en su regazo y luego en un gran abrazo descansamos en ella. Ante la madre naturaleza nuestras preocupaciones carecen de valor alguno.

Recuerdo un día que fuimos a visitarte a Godavari. No querías merendar en la escuela y por eso nos llevaste al jardín botánico. Ante la belleza de aquellas flores uno se sentía de regreso a la casa materna. Tú querías cogerlas todas y yo te regañaba. Al final te caíste y te hiciste una herida en la rodilla. Te cogí y te puse en mis faldas acariciándote. En el tejado de una de las casas habían crecido plantas salvajes. Ninguna mano ni pie había paseado por allí.

¿Sabes? Tu hijo mayor, Ashis, se te parece mucho. Tiene los mismos gustos que tú. Por sus ojos parece que te estás asomando tú. De vez en cuando se pone muy serio y yo me quedo preocupada. Creo que te echa de menos. Su hermano Alok siempre me pide que le hable de ti. Y yo siempre trato de hacerlo.

Me he enterado que el australiano que provocó el accidente está en la cárcel. Todos quieren juzgarle. El culpable ha de ser

castigado. Según dicen, tendrá que pagarme una multa. ¿Qué gano yo con eso? ¿Crees de verdad que mi felicidad depende de una decisión del tribunal? No quiero el dinero manchado con tu sangre. Nadie podrá devolverte a la vida.

Abro tu armario. Todo está igual. Tus camisas, tus trajes. Tu olor, tu sudor, el aroma de tu cuerpo está ahí, tal cual. ¿Acaso te escondes aquí, en el armario? ¡Sal! ¡Sal! ¡Sal fuera!

Todas las mañanas abro los ojos y ahí estás tú. No puedo detener las lágrimas. Me despierto cansada. La vida está incompleta sin ti. Pero hay que cuidar de la casa, cuidar de la familia. Trato de estar feliz delante de tus hijos. Necesitan ánimo y fuerza. De alguna forma tú vives en ellos. ¡Qué egoísta soy! Pero así te veo crecer otra vez. Aunque tu hijo a veces me hace llorar. No se duerme hasta muy tarde. Se apoya en la ventana y viendo pasar algún avión dice: “adiós, papá, cuando vuelvas tráeme muchos regalos.” Cree que vas a volver cualquier día. Así se lo dije al principio. Pero ahora debe saber la verdad.

La agencia de viajes nos envía 500 rupias al mes para los estudios de tus hijos. Aunque solo trabajaste tres años, dejaste una gran huella. Pero quiero ser yo quien se encargue de eso. Guardaré el dinero para Ninu. A veces vienen tus amigos a verme y tratan de animarme pero luego se van llorando.

Udubaba, te ruego que no me interrumpas con tus recuerdos. Yo quiero seguir buscándote en las montañas, en las flores, en los árboles. Perderme en el aire y sentirte muy cerca de mí.

Una noche te apareciste en el sueño de Mukta quejándote: “¿por qué dejas a tu cuñada así? Ponle pulseras y *tika* roja.” Y en el sueño de la mujer de uno de tus amigos le decías: “Llama a Ninu para que vaya a las fiestas. Que se ponga el sari rojo.”

Escúchame. Nunca le he puesto *tika* amarilla a Ninu en Dashain. Siempre, a escondidas, le pongo la *tika* roja. ¿A ella qué más le da? La sociedad es la que quiere ver la *tika* amarilla y compadecerse. Pero ninguno entiende el volcán que hay encendido dentro.

Tu padre se ha puesto enfermo. Tiene problemas de respiración y le hemos ingresado en urgencias. Yo me he puesto muy nerviosa. No hace un año que nos has dejado. Parece que

es algo grave. Se quedó muy delgado después de lo tuyo. Tu hermano Munu se ha ido a estudiar a Delhi.

Vamos a celebrar una gran fiesta religiosa en tu nombre. Ya es hora de que te separes de nosotros y te acerques a los dioses.

Cuarenta y nueve

Entonces decidimos cambiar de casa y dejar Prem Kutir. Allí habías hecho tu nido. Todos los rincones estaban cubiertos de recuerdos. A la una era tu hora de venir a comer. Te sigo esperando cada día. Pero ahora sé que la vida ya no puedo vivirla contigo.

Vivimos en Maligaon. En una pequeña casa donde los vecinos aún te recuerdan. Un día una mujer me dijo:

- ¿Por qué tienes tanto cariño a la hija de otra que ha traído tan mala suerte a tu casa?

No entienden nada. Hacer daño a Ninu es hacerte daño a ti. Tus hijos estudian ahora en San Javier, donde estudiaste tú. La escuela ha cambiado mucho. Ahora se puede ir y volver de Godavari en el día. Voy a tratar de darles todo lo mejor. Esa es mi responsabilidad y la voy a cumplir. El mayor estudia como tú. El pequeño es aún muy travieso. Y si tú te has reencarnado en tus hijos, no tenemos derecho a estar llorando siempre. Nacer y morir es parte de la naturaleza. Hemos de aceptar el destino. Es necesario vencer a la tristeza con la alegría.

Tu hermano ha regresado de India y ha acabado ya sus estudios. Ha empezado a trabajar. Necesita una chica de buena familia que sea guapa y educada. Hemos decidido que se case con Binita. Ninu está ahora trabajando en un banco y parece feliz. No quiere que hablemos de ti. Las dos hemos aceptado ese silencio.

La vida parece volver a sonreír. Hemos comprado un coche y una moto. Seguro que al verlas lanzarías uno de tus izedadack! Ashis también ha cogido esa manía.

¿Ves? Me voy tranquilizando. Si quiero vivir ahí fuera no puedo seguir escavando más túneles.

A veces llamo a Munu o a Binita y en medio de una conversación saco tu tema. Inmediatamente trato de corregirlo. Tu nombre, que estoy a punto de pronunciar, lo empujo al fondo de mi corazón.

Cincuenta

Años después regresamos a casa. Tu pequeña habitación la convertimos en *pujakota*. Allí, junto al retrato de Krishna, nos sonríes. La abuela murió y ahora me falta también su cariño. Pero ¿quién soy yo para quejarme? ¿Acaso pudo soportar Arjuna⁵⁵ la muerte de su hijo aun contando con la amistad de Krishna? La muerte para mí ya no será una maldición sino una bendición. Los dos podremos vivir de nuevo en un solo elemento.

Pero mientras, el *mandala* de la vida sigue girando. Como las olas del mar a veces nos eleva y otras nos hunde. Cuanto más profundizo en mi dolor más me conozco a mí misma. Por eso me puse a trabajar en el Hotel Mayalu. Necesitaba estar entretenida y al mismo tiempo poder encarar mis responsabilidades con tus hijos.

¿Sabes? La asociación “Nari Prativa” acaba de publicar algunos de mis textos. Ya estaban escritos cuando tú eras pequeño. El editor Kafle, de la librería Pustak Sansar, dice apreciarlos mucho. Pero lo cierto es que los está vendiendo a precio de saldo.

55 Arjuna es el tercero de los cinco hermanos Pandava que protagonizan la épica del *Mahabharata*. Arquero excepcional será testigo del asesinato de su hijo Abhimanyu.

Cincuenta y uno

Después de diez años deseo hacer un alto en el camino y volver la mirada hacia ti. Pensé que todo había acabado y que sólo me quedaba desaparecer. Pero los designios de la creación divina son impredecibles. Al viejo sendero le sigue otro nuevo. Mi vida que se deshojaba como el otoño ahora reverdece y recobra la ilusión.

Ashish y Alok, tus hijos, ya han crecido. La casa se estremece de alegría con las travesuras de los hijos de Ujjal. Hay bromas que parecen tuyas. Alok es muy bueno en los deportes. Siento la rueda de la vida girar y girar. Cuando yo creía que casi estaba hundiéndome en el mar, con el corazón empapado de dolor, en realidad estaba emergiendo de nuevo a la vida.

Ninu se marcha por segunda vez a Japón a jugar al ping-pong. Todos le encargamos regalos. Yo le pido el último sari de *chiffon* que tan de moda está, si pasa por Hong Kong a la vuelta. Me he dado cuenta que el *karma* de uno nunca es el sufrimiento perpetuo. Todo tiene su final. Y yo me he vuelto a comprometer con la vida. ¿Por qué rechazar la bendición de los dioses? Tras la oscuridad siempre viene la luz; después del invierno, la primavera; y tras la tristeza, la felicidad. La luz carece de sentido sin la oscuridad. Sin sufrimiento, la felicidad es inalcanzable. Por naturaleza, las piedras son duras. Pero el tiempo las cubre de polvo y agua y llegan hasta salir plantas de ellas. Así son los corazones que han sufrido. Necesitan la luz. Hay que vencer viviendo, no muriendo.

Nos fuimos mi marido y yo de peregrinación. Nos acompañó la familia de Anandamama con la que teníamos una muy buena

relación. Llegamos a Varanasi e hicimos donaciones en los templos. Teníamos pensado ir al de Badri y Kedar⁵⁶ pero los médicos no se lo aconsejaban a mi marido por su problema de pulmón. Tampoco a mí por tener la presión alta. Pero no les hicimos mucho caso. Al principio decidí subir yo sola y dejé a mi marido en Gaurighat. Pero en el camino me empecé a arrepentir. Así que regresé y le sorprendí tomando un té.

- ¿Qué haces aquí? ¿No ibas al templo? ¿Dónde están los demás?

- No saben que he regresado. No quiero ir sola. Vamos.

- ¿Pero estás segura?

- No pasa nada. Le alquilaré un palanquín para llegar a tiempo. ¿Cuándo vamos a tener esta oportunidad otra vez?

- ¿Pero qué vas a hacer si yo enfermo?

- No se preocupe. Dios nos ha traído aquí juntos e iremos juntos.

Y así lo hicimos. Arriba todos se sorprendieron.

- Pero ¿cómo le has traído hasta aquí? – me dijo Anadamama.

- Calla, por favor. No digas más.

Entramos en el templo y recibimos el *darsan* de Sri Kedarnath. El sacerdote, Lalmoharia, nos pidió que volviéramos al día siguiente a las cuatro de la mañana. Pasamos la noche en Jagadamba dharma sala. Cenamos en un albergue que había enfrente y nos fuimos a dormir. A la hora fijada nos lavamos con agua fría y subimos al templo. Ofrecí el rosario de basil que traía de Nepal. Mi corazón se estremecía en la paz de aquel recinto. Aquel día era también mi cumpleaños así que le ofrecí sándalo a Bhole baba. Repartí todos los jerséis y chaquetas de Udubaba⁵⁷ a los pobres y mi marido hizo un ritual en su nombre. Comimos y regresamos.

56 Los templos de Badri (s. IX) y Kedar (s. VIII) están en Uttaranchal y están dedicados al culto de Vishnu y Shiva respectivamente. El templo de Kedar está situado a una altitud de 3.584 metros y el de Badri a 3.139 metros.

57 Obsérvese, cómo desde aquí, tras reconocer la verdad del *karma*, la narración deja de tener como destinatario al hijo y vuelve de nuevo a interpelar directamente al lector.

Cincuenta y dos

Al llegar a Katmandú nos fuimos a visitar el antiguo templo de Guheswasri, en Balaju. Allí vive el Santo Rojo, Lalbaba. Habita una pequeña ermita. Sus cenizas nos ayudarían mucho a recuperarnos. Adora a Hanuman⁵⁸ y por eso le encantan las flores rojas. No solía hacer visitas. Le pedí, sin embargo, que nos hiciera en casa el ritual de *Sapta*⁵⁹ y que se trajera los sacerdotes que él creyera convenientes. Él me contestó que lo hiciera yo misma, que los sacerdotes, además de buscar su propio beneficio, no serían capaces de pronunciar correctamente el sánscrito. Yo le contesté que tampoco sabría recitarlos de forma adecuada en esa lengua.

- No pasa nada –me dijo- Recita cada día uno o dos capítulos en memoria de tu hijo. Si puede tu marido, que te acompañe.

Antes de salir, el santo nos entregó las cenizas sagradas y nos dijo:

- Guardadlas bien. Si en algún momento necesitáis salir de viaje, no os preocupéis. Todo saldrá bien.

Y nos dio también un pequeño mantra. Desde entonces Lalbaba es el gurú de la familia y cada luna llena nos acercamos a verle.

58 Hanuman es un dios hindú con forma de mono que es, en realidad, otro avatar de Siva. Acompañó fielmente a Rama en la búsqueda de Sita en la famosa leyenda del *Ramayana*.

59 *Sapta* (siete) es un ritual hindú donde varios sacerdotes recitan durante siete días el Bhagavata Purana que cuenta la historia de Krishna. Se realiza extraordinariamente para purificar una casa o un alma.

Cincuenta y tres

La democracia ha llegado de nuevo a Nepal⁶⁰. Ya hay un Parlamento. Todo el mundo está ilusionado. Todos esperamos que los sacrificios de todos esos mártires, de todas esas madres que han vaciado su seno, de todas esas esposas llorando a sus maridos muertos no sean en vano. Sin embargo, el poder parece maldito. Todo el que hasta ahí llega, por leal que hubiera sido hasta ese momento, se hace sospechoso de corrupción. El gobierno no es capaz de devolver la confianza a la sociedad. Entre los fundadores del Partido del Congreso hay peleas y rencillas. Dicen que aún pasarán años antes de poder rehabilitar todo el edificio del Estado, pero para ello, pienso yo, también es necesario que haya buenos arquitectos.

Con poca fe en la política, he decidido hacer una donación en nombre de Uday. Los fondos estarán dedicados a los enfermos del corazón. El Dr. Lok Bikram, del Hospital Bir, y su director Netra Bahadur Thapa fueron los encargados de recibirlos. Poco después ya me informaron que un hombre de la montaña había sido operado gracias a esos fondos. Y hasta pude conocer a una de esas enfermas, Sabitri, una joven de 23 ó 24 años a la que acaricié la mano.

60 Tras el sistema oligárquico del *Panchayat*, que había organizado la vida política de Nepal desde los años sesenta, en 1989 un movimiento popular, conocido como “Jana Andolan”, consigue instaurar una monarquía constitucional. Las primeras elecciones tendrían lugar en la primavera de 1991.

Cincuenta y cuatro

Kumudi, una amiga de Patna, llegó a Katmandú invitada por la Embajada de India para exponer sus cuadros. Insistí en que se quedara en casa.

Una de esas mañanas aparcó frente al porche un mercedes con la bandera de India. Del coche descendió el embajador, Bimal Prasad, y nos saludamos. Había venido a conocer el sitio donde se alojaba Kumudi. Él también era de Patna. Conocía muy bien a mis tíos.

Kumudi y yo salimos de excursión a Dhasinkali, Dhulikhel, Godavari. Le encantaron aquellos paisajes. Veía todo con los ojos de una artista. El chófer de la embajada que nos había llevado hasta allí, nos dijo que teníamos que regresar. Kumudi ya había dibujado varias escenas: algunas mujeres recogiendo hierba con sari corto y con rododendros en las trenzas, una mujer joven amamantando a su hijo...

Al llegar a casa, fui a lavarme las manos. Y entonces vi que tenía algo de sangre por mis piernas. Me asusté. ¿Qué es lo que me ha picado? Pero inmediatamente recordé las sanguijuelas. Ellas también habían disfrutado de nuestra estancia allí.

Al día siguiente Kumudi me llevó al Instituto Goethe donde se celebraba la exposición. Me presentó a otros pintores y artistas. Algunos ya me conocían. Kumudi me dijo:

- ¿Cómo es que te conocen tantos y tú no conoces a nadie? Debes salir más. Yo tengo setenta años y no pienso perder un segundo. Quiero ir a Bombay, a Delhi, a Calcuta...

Cincuenta y cinco

Y entonces pensé que había llegado el momento de conocer el extranjero. Y se lo dije a mi marido:

- Ahora hemos de cumplir todo nuestro *karma* – le dije bromeando.

- ¡Claro! Si no sales de viaje no te quedarás satisfecha, ¿verdad?

- ¿Es que usted no tiene ganas?

- Teniéndote de compañera, ¿cómo no?

Nuestra primera escala fue en Londres, en casa de la nuera de nuestro oftalmólogo de India. Ya la conocía. Ella vivía en Betly. Al llegar a Heathrow les llamé para que vinieran a buscarnos. Me contestó el hijo que él no podía acercarse al aeropuerto porque quedaba muy lejos y además tenía exámenes. Nos explicó detalladamente cómo llegar. Efectivamente su casa quedaba a más de doscientos kilómetros.

Tuvimos tiempo de recorrer Londres en aquellos días en un autobús muy cómodo. En un museo vimos el famoso diamante de Kohinoor⁶¹. De pequeña había leído sobre ese diamante en los libros de historia. Nunca imaginé que podría verlo.

61 El diamante KOH- I- NOOR es una de las joyas más conocidas del mundo. Aparece en la historia en 1304 como propiedad de un Rajá indio. Dos siglos después llega a manos del primer emperador mogol, el sultán Baber. Así va pasando a sus descendientes hasta llegar a manos de Jahangir que construiría el Taj Mahal en memoria de su esposa. Sin embargo, y según cuenta la leyenda, el Sha de Persia, Nadir, se lo arrebataría en 1739. Jahangir, destronado, trató de esconder el diamante en su turbante pero Nadir, enterado de sus intenciones, le propuso intercambiar los

Luego fuimos a Nueva York, donde vivía el tío Shail. Nos quedamos allí casi ocho días. Shail nos llevó a ver las Torres Gemelas y la sede de la O.N.U. donde trabajaba. Su casa estaba muy cerca de Manhattan.

Teníamos muchas ganas de conocer Disney World así que marchamos a Florida. Allí todo parecía irreal. Nos montamos en un submarino y paseando por aquellas avenidas de cine, nos cruzamos con una mujer de ochenta años que iba en una silla de ruedas. Llevaba la cara maquillada y toda cubierta de joyas. Al lado tenía un cilindro que le suministraba oxígeno. Pensé en que esa era la forma de disfrutar de la vida.

En Florida vivían unos sobrinos. Estuvimos con ellos una semana. Paseamos por las playas de Miami y visitamos un campamento-safari. Allí, en coche, pudimos recorrer todo aquel terreno lleno de animales que se acercaban a saludarnos. También visitamos la NASA y el Kennedy Space Center. Nos pusimos hasta un traje espacial.

Luego nos fuimos a Washington D.C. donde de tantos nepalíes como vivían allí, a veces parecíamos estar ya en Katmandú. A mí me gustó más que Nueva York. El primo Sharada y su mujer vinieron de Franklin, Virginia, a buscarnos. La autopista era enorme y todo era prístino. A nadie se le ocurría tirar por la ventanilla nada. Apenas salía humo de los coches y todos parecían recién salidos de la fábrica. Franklin era un sitio tranquilo y lleno de naturaleza. Allí nos quedamos otra semana. Nos llevaron a Norfolk donde vimos una laguna iluminada.

Y regresamos a Nueva York. Shail tenía 8 años menos que yo pero aún recordaba muchas cosas de la casa materna.

- Didi, ¿por qué lloraste tanto en tu boda? Nos apenaste a todos. Yo llegué a decirle a papá que enviáramos al marido a

turbantes según la costumbre oriental. Yahan no pudo resistirse y desenvolviendo su turbante dejó a la vista el diamante. Nadir, al verlo, exclamó: ¡Kho-i-noor!, que quiere decir "Montaña de luz". Años después regresaría de nuevo a India donde los ingleses se apoderan de él a través de la Compañía East Indian Oriental y se lo ofrecen a la reina Victoria en 1850. La piedra entonces pesaba 186 quilates. La Reina la retalló y la dio su forma oval de 109 quilates, poniendo una cláusula en el testamento para evitar que perteneciera al Rey, pues según se pensaba, traía el infortunio a quien lo poseyera.

Nepal y que tú te quedaras. La verdad es que hasta el nombre de Nepal me aterraba. Nadie hablaba bien de sus ayudantes y tú sólo tenías catorce años.

El tío Shail cantaba muy bien. Entonó algunas melodías de películas muy antiguas. Hasta me hizo recordar la que canté hace cincuenta años cuando me despedí de la casa. La canción de Shaigal. Al día siguiente era 4 de julio, el día de la República. Vimos unos fuegos artificiales estupendos sentados en el Circel Line.

Cincuenta y seis

Luego regresamos a Europa. Desde que había visto aquel teleférico en *Sangam*, de Raj Kapur⁶², había tenido muchas ganas de visitar Suiza. Y parece que lo que deseas con fuerza en el corazón al final acaba por cumplirse. Así que nos alojamos con mi primo Shoba y una mañana nos fuimos a Glacier de Diablerets, en Ginebra. Allí había un teleférico enorme, el Ice Skating bus, con una capacidad de doce personas por cabina. Una pareja joven esperaba junto a nosotros. Sus rostros irradiaban felicidad. La chica habló algo a mi primo y el chico se subió con nosotros dejándola a ella abajo. Arriba llegamos a un paisaje increíble.

Yo le pregunté a mi primo qué le había dicho la chica.

- Ah. Pues me ha pedido que cuide de su novio y que le guíe hasta arriba. Él es ciego.

- Pero ella, ¿por qué no vino?

- Ella es su novia. Tiene un problema con la presión y no puede subir a mucha altura.

Miré al chico y me dio una gran alegría poder disfrutar con él de aquel paisaje increíble. Nos contó que venía aquí dos veces al mes. Aquel entorno le hacía olvidar todos los sufrimientos de la vida. En todo su cuerpo se veía el diálogo que mantenía con

62 *Sangam* se estrena en 1964 y tiene un gran éxito, debido, especialmente, a esas escenas de luna de miel rodadas en Suiza. A partir de entonces será frecuente ver en las películas de *bollywood* números musicales rodados en localizaciones europeas.

la naturaleza. Al bajar, su novia le abrazó y se fueron cogidos de la mano.

Y así nos subimos en el tren más rápido del mundo. Corría a 276 km/h. y llegamos a Francia. En París nos quedamos solo tres días. Aquí sí tuvimos que coger un hotel ya que no vivía nadie de la familia por los alrededores. La ciudad no me gustó. Subimos a la torre Eiffel y vimos algunos cuadros de Picasso. La gente era muy engreída y apenas hablaban inglés. Se les notaba un cierto desprecio por todo. A la noche fuimos a cenar a un chino. Estaba lleno de coreanos. Nos miramos y nos reconocimos como asiáticos. Aquello nos reconfortó algo.

Luego pasamos por Alemania y vía Dubai volvimos a casa. A pesar de todo parece que el mundo no se mueve tanto.

Cincuenta y siete

Encontré a mi yerno muy débil. No sabía lo de la cirrosis. Estuvieron haciéndole pruebas en Delhi, en Varanasi y en Katmandú. Mi marido en breve empezó a quejarse también del pulmón. Nos trasladamos a India para evitar el frío del valle. Pero aún así no pudimos evitar que enfermara en Varanasi. Le ingresamos en el hospital Bhojibir durante casi dos semanas. Yo aproveché también para hacerme unas pruebas.

Mi nieta Darshana nos invitó a su boda. Su novio era *marwari*. Su madre, Mukta, estaba aprendiendo español así que a la boda acudieron varias de sus nuevas amigas españolas. Gracias a ellas, mi nieto Avi se fue a estudiar a España. Como Rangam seguía enfermo, todos los rituales los tuvo que hacer Mukta con Avi. Al llegar la tercera de Dashain, falleció.

¡Qué golpes, dios, nos tienes preparados en el sendero! Si vas a seguir poniendo tristeza en mi camino, dame también las fuerzas para soportarlo. Y así la escribí a Kalyani:

Querida Kalyani:

Hace mucho que no he tenido noticias tuyas. ¿Es así como contestas a mis silencios? Que sepas que siempre has estado en mis recuerdos.

Me he enterado que enfermas con frecuencia. ¿Acaso no te cuidas bien? Hoy te he estado recordando. Mi yerno Ramgam ha fallecido. No sé qué hace Dios con nosotros. Kunti le pidió a Krishna como bendición el sufrimiento pero estoy segura que no se refería a todo esto.

Mi marido también está enfermo. Siento que vuelvo a hundirme. La vida así no tiene ningún sentido. Pensaba que podría seguir cruzando el Océano pero ahora el huracán es más fuerte. Ahora entiendo ese carácter de mi marido. Nadie puede cambiar el destino. Hay que ser paciente. El sufrimiento tiene una relación extraña con la mentira. Lo primero que hay que hacer es conocerse a sí mismo.

Mi querida Kalyani, escribeme. Necesito tus palabras. Saludos a Pabitra.

Tu Maiya.

Kalyani no me contestó. Lo hizo su hija Pabitra. Kalyani llevaba tres meses en la cama. Quería ir a verla con todas mis fuerzas. Pero no me atrevía a dejar a mi marido también enfermo. Él se dio cuenta y me dijo que fuera, que no me preocupara, que ya estaba bien. Y partí con Hari a Varanasi.

Cincuenta y ocho

Cuando llegué, Kalyani se retorció de dolor en la cama. Le dolía el vientre. Con una mano agarraba con fuerza la carta que le había enviado. A su cuerpo de muñeca la cuerda se le estaba acabando. ¡Qué difícil era aceptar todo esto! Entre el alma y el mundo es tan frágil el nexo...

- ¿Eres Pavitra? – le pregunté a la niña.

- Sí. Nada más verle supe que era usted. Mi madre me ha hablado tanto de usted que la podría reconocer en cualquier sitio.

- ¿Cómo está tu madre?

- Pase. Ha estado toda la mañana hablando de usted.

Yo sentía mis piernas temblar. Hacía diez años que no la veía. La habitación tenía luz y el aire fresco. Una figura pálida y casi transparente yacía en la cama. Nos abrazamos. Las lágrimas no tardaron en salir.

Al rato ya se había dormido cogiéndome de la mano. Salí de la habitación y me dispuse a irme.

- Pero, ¿dónde va? Quédese a tomar algo. ¿Dónde se aloja?

- En un hotel.

- ¿Por qué no ha querido quedarse aquí? ¿Acaso no somos casi familia?

- No, no. Prefiero que sea así. No puedes entender el dolor que siento por mi amiga. Me cuesta horrores permanecer un minuto más aquí. Mañana, después de recorrer algunos templos, regresaré. No te lo tomes a mal, ¿de acuerdo?

Entonces Kalyani me llamó con una voz muy débil. Entré en la habitación y ella me indicó que me sentara en la cama. De debajo de la almohada sacó un sobre que estaba cubierto con un pañuelo. Lo puso en mi mano y me hizo entender que lo abriera luego. Ella volvió a su sueño y yo me despedí.

En el sobre había una foto que yo reconocí al instante. En Patna, muchos años atrás, se celebraba una gran feria. A las dos nos gustaba pasear por allí. Y nos sacamos una foto juntas. Las dos llevábamos faldas y un flequillo que llegaba hasta los ojos. El fotógrafo nos dijo si éramos hermanas.

- Hermanas y amigas – le contesté sonriendo.

- Maiya – me dijo Kalyani- espero que esta amistad dure toda la vida.

- ¿Acaso lo dudas?

- ¿Me lo prometes?

- Te lo prometo.

Y en la foto escribimos por detrás: “yo soy tuya y tú eres mía”. Había guardado esa foto durante todos estos años. Regresé a Katmandú con el corazón de plomo. Mi mundo se estaba quedando desierto.

Cincuenta y nueve

Pensamos que lo mejor, si queríamos que los nietos adquirieran más autonomía y más responsabilidad, era que Ninu se fuera a vivir a una casa independiente y se fueron a Maharaj Gunj.

Alok se ocupó de arreglar la nueva casa mientras que el mayor, Ashish, se puso a buscar trabajo. Deseaba salir del país. Su dominio del inglés era bueno y era inteligente. Así que emprendió rumbo a Francia donde trabaja ahora como fotógrafo. Alok se planteaba también hacer un curso de administración de hoteles e irse a Francia a vivir con su hermano. Espero que no dejen sola a Ninu.

Yo ya no deseo nada. Tan sólo le pido a Krishna que me permita morir en los brazos de mi marido. Deseo llegar como una novia recién casada y no como una viuda.

Pero mi marido cada día está peor. Tratamos de evitar el clima del valle pero ahora ya no tenemos a nadie en Varanasi. Y alojarnos en la casa de los amigos, no es muy cómodo.

Mi marido tiene que tomar oxígeno. Se lo ha indicado el Dr. Ramesh Chojani. Cada vez tiene más medicinas que tomar. Si el mes pasado necesitaba dos bombonas de oxígeno, éste ya son tres. Al llegar el invierno de nuevo las dudas. Irse o quedarse. Le decimos al doctor que podemos poner calefacción en casa. Toda la familia puede cuidarle. Pero el médico insiste en que eso es muy peligroso.

Sesenta

La fiesta de Krishna este año no hemos podido celebrarla en el salón, para no molestar a mi marido. Así que lo hemos preparado todo arriba, en mi habitación. Habíamos hecho reforma en la casa y habíamos conseguido un pequeño piso en la parte de arriba para nosotros: dormitorio, cocina, aseos, un pequeño altar y una terraza para tomar el sol.

Mi marido se puso más enfermo en Dashain. Todos los rituales los tuvo que hacer Ujjal que había recibido el mantra. Una de esas mañanas se me puso un dolor en la rodilla y ya no pude salir, ni siquiera a visitar a los familiares.

Los rayos X dijeron que el hueso de mi rodilla estaba mal. Mi marido me aconsejó que fuera a Patna. Pero yo no quería dejarle, así que fui a ver al Dr. Banskota. Allí me sacaron un líquido de la rodilla y me dijeron que volviera a la semana siguiente. El dolor persistía. Volvieron a sacarme líquido pero entonces ya me dijeron que había que operar. Me dieron algunos ánimos. Incluso me dijeron que podría hasta salir corriendo.

Entonces se presentó en casa Bihari, de Patna. Se ofreció a llevarme allí y presentarme al Dr. Mukhopadhaya. Mi marido estaba completamente de acuerdo. Así que Bihari pidió una cita desde Katmandú. Su ofrecimiento había sido tan generoso que en Katmandú no lo entendían. Yo no sabía cómo explicar quién era Bihari. Resulta tan extraño aquí que una persona fuera de la familia te ayude...

Al día siguiente salimos Bihari, Munu y yo hacia Patna. Me tuvieron que llevar en una silla de ruedas. El tratamiento duró

sólo cuatro días y pude regresar andando. No quiso operar. Antes de regresar le pedí a Bihari que me diera una vuelta por Patna. Pasamos por el mercado y luego nos llevó al aeropuerto.

Mi marido también se había recuperado un poco. Cuando les enseñé los saris que había comprado a mis nueras, ellas se sorprendieron de que fueran tan apagados y descoloridos. No me había fijado. Yo siempre había preferido los colores vibrantes. Tampoco me había gustado que ni mis nueras ni mi hija llevaran colores apagados. No sé qué ha pasado. Quizá los comprara demasiado rápido.

Sesenta y uno

Cuando me enteré que mi hermano Raju había muerto en Betiha, me quedé muy triste. Ahora sí que ya no quedaba nadie de mi familia. Llegó el invierno. Decidimos ir a Birgung. Munu nos llevó en su coche donde colocamos la bombona de oxígeno. Luego, al día siguiente, él regresó para ocuparse de su trabajo.

La primera semana la pasamos muy bien pero luego no salió el sol en diez días y hacía un frío tremendo. Al primero que le afectó fue a mi marido. Como mi primo había salido de viaje, acudí yo al médico. En la pequeña clínica, el doctor me dijo que era mejor trasladar a mi marido allí porque en casa corría peligro. La zona hospitalaria de la clínica era un pequeño cobertizo anexo a la casa del médico donde tenía una cama muy extraña. Había un silencio tétrico. El ayudante le puso un poco de oxígeno y suero a mi marido y se fue. Poco después pasó el médico y dijo que también se iba porque había sido invitado a una fiesta. Que volvería en dos o tres horas.

Le pedí a nuestro ayudante Suresh que fuera a la casa y consiguiera un poco de leche caliente. Todo estaba oscuro, frío y silencioso. Algunas sombras se agitaban en el exterior. Estaba aterrorizada. Temblando caí junto a mi marido.

- Escuche. Me muero. Seguro que vendrá alguien, no se preocupe. Despídame de todos – y me desmayé.

Me desperté cuando alguien me echó agua a la cara. En el suelo estaba el tubo de oxígeno de mi marido. Mi presión había subido muchísimo. Me dieron una inyección para dormir y me enviaron a casa. “No se preocupe por él, le cuidaremos.” Mi marido me hizo un gesto para que no me preocupara.

En la casa hacía un frío horrible también. Me eché en la cama y traté de dormir. A media noche escuché unos ruidos extraños. De repente vi que entraban Suresh y mi marido envueltos en una manta.

Me levanté y fui corriendo a abrazarle. En la clínica hacía tanto frío que habían decidido regresar. El oxígeno se había acabado y el médico roncaba plácidamente en su cama.

- Pero ¿cómo le has traído? A estas horas no hay ningún transporte. – le dije a Suresh.

- No sabía qué hacer. No quería dejarle solo. Pero en ese momento se acercó un *rickshaw*.

Salí a la puerta para pagarle pero ya no había ni rastro del *rickshaw* ni de su conductor. Pensé que a lo mejor volvería por la mañana pero lo cierto es que nunca más volvió.

Mi marido ya no quería quedarse en Birgunj. Quería volver a Katmandú aunque hiciera frío. Cuando volvió mi primo, se lo dijimos y se quedó sorprendido. Avisamos a Munu. Al día siguiente Munu no llegaba. Mi marido me hizo ir a la casa de al lado para llamar y saber si había salido. Binita nos aseguró que sí, que habían salido por la mañana. Al rato llegó una niña diciendo que había una llamada de Katmandú para Tulsi, la ayudante de la casa de mi primo. Entonces yo me puse muy nerviosa. Y le cogí el teléfono. Era Binita. Nos decía que había un accidente en la carretera y todo estaba bloqueado. Que Munu había dicho que llegarían al día siguiente.

Nos sentamos a la mesa y cenamos tranquilos algo de *raju* que nos supo riquísimo. Luego charlamos mientras mi primo abrió el armario y encendió la tele. En ese momento dos lagartijas enormes se escondieron. Y yo que odio los ratones y las lagartijas me quedé vigilándolas. Al rato, y adormecida por el sonido de la tele, noté algo en mi cabeza. Chillé y una lagartija saltó al suelo.

Sesenta y dos

Hacía muchos años, en la casa de Gairidhara también me cayó una lagartija en la cabeza. Era una lagartija negra. El cocinero, asustado, me dijo que eso traía muy mala suerte.

- ¡Dúchese, rápido! Y vaya a ver al sacerdote.

Lo hice pero la duda no se desvanecía. Marché a Varanasi y a las dos semanas murió mi hermano Sanu. Ahora estaba temblando.

- ¿Qué te pasa? – me dijo mi marido- ya se ha ido.

- Sí, pero no puedo evitar el miedo. Usted es sacerdote. Dígame qué he de hacer para evitar la mala suerte.

- Con este frío no puedo pedirte que te duches. Ven, vamos a rezar unos himnos y te bendigo con el agua del Ganges.

La noche pasó y al día siguiente llegó mi hijo. Había traído una bombona de oxígeno. Nos despedimos después de comer. Mi primo nos ofreció un poco de yogurt en la puerta, como es costumbre.

- Volved, al año que viene. Ya sabéis que aquí siempre sois bienvenidos.

Por la carretera, la naturaleza era exuberante. En casa, todos nos recibieron con mucho cariño. Subí al altar a rezar. Mi marido se quedó abajo a descansar un rato. Alok lo llevó arriba. En la cara de mi marido se notaba su alegría por volver a casa.

Al día siguiente llamamos al Dr. Ramesh Chokhani que ya hacía cinco años que le trataba. Nos dijo que estaba igual y que podía seguir tomando las mismas medicinas. Él, sin embargo, se pasó casi todo el día dormitando.

El primero de Magh (a mediados de enero) celebrábamos un gran ritual en la casa. Pedí al sacerdote que viniera pronto. Mientras hacía las tareas de la casa, le dije a mi marido:

- En Birgunj no pudo comer carne de *batai*⁶³ pero pasado mañana se lo preparo.

Aquel día era sábado, es decir, el día de Saturno. En ese mes el sol se iba hacia el norte y por ello se preparaban dulces de sésamo, mantequilla y carne. Como mi marido se sentía muy débil, tuve yo que ayudar al sacerdote en el ritual. Me vestí con un sari rojo, me puse *tika* roja y pulseras de color rojo. Después el sacerdote repartió el *prasad* y comimos. El arroz *basmati* con lentejas, coliflor, espinacas y mantequilla estaba delicioso.

Luego me retiré a dormir la siesta. Mi marido se quedó leyendo el periódico.

Al despertarme, mi marido seguía ahí.

- ¿No sale a tomar el sol? – le dije.

- No, prefiero quedarme aquí. ¿Puedes subirme un poco el oxígeno?

Aquello siempre lo hacía Binita. Yo me ponía muy nerviosa.

- El médico le ha dicho que no lo suba mucho. Descanse, y verá cómo se encuentra mejor.

Al acariciar su mano me di cuenta que el pulso lo tenía muy acelerado. Le puse el termómetro y tenía 38. Vino Ninu a verle y después de pasar un rato con él mi marido le dijo que regresara a casa, que era difícil encontrar un taxi a esas horas. Ninu insistió en quedarse un poco más hasta que llegara Munu. Se había ido a ver a su hermana que estaba un poco enferma.

Al rato llegaron y Ninu se despidió. Yo me puse a hacer la *puja* del atardecer. Canté un himno e hice *arati*. Cenamos y me senté cerca de mi marido a ver la tele. Estaban echando el concurso de Miss Mundo. Me pidió que le arreglara un poco la almohada para sentarse más cómodamente. Munu y yo lo hicimos. Y le vimos que cerraba los ojos.

- ¿Se encuentra bien?

- Sí, ¿por qué?

63 Ave cuyo caldo es muy utilizado para fortalecer a los enfermos.

Su pulso estaba muy acelerado. Apagamos la tele y nos dispusimos a ir al hospital. Le quitamos el oxígeno y le puse cenizas bendecidas en la cabeza. Mi marido se había ya levantado. Munu salía de la habitación cuando su padre le dijo que le llevara, que él no podía bajar solo. En el coche vino también Mukta.

- Papá, ¿te encuentras bien? – le preguntó. - ¿Estás bien? ¡Corre, Munu!

Al llegar al hospital ya respiraba con mucha dificultad. Los médicos hicieron todo lo que pudieron. Yo le pedí a Ninu que trajera agua bendita del Ganges y hojas de basil. Seguro que esas hojas le ayudaban a sacar el alma.

Al fin, expiró. Quise acercarme pero mis hijos me lo impidieron. Su cuerpo al fin descansaba. Le acaricié y puse mi cabeza a sus pies. Sesenta años de unión y ni siquiera se ha despedido. En realidad nos comportamos como diablos en esta época de Kalki. Los diablos pedían en su meditación ser fuertes y no sabían que así lo que alargaban era su agonía. Gastamos demasiada energía en prolongar agonías. La ciencia, al fin y al cabo, siempre crece en la guerra y no en la paz.

Sesenta y tres

Regresé con la familia a casa. Qué agitación para ir y qué silencio al volver. Subí a mi habitación. En las sábanas aún estaba su olor. Me maree y caí en la cama. Estallé en un mar de lágrimas. No podía aguantar más. Poco a poco el día fue llegando. Y también los amigos y los familiares. Algunas viudas me daban consejos de cómo llevar el luto. Yo sólo miraba a la pared, furiosa contra Krishna. Pero por qué había confiado en este ser invisible...

Tras el funeral vino lo peor. Había que llevar a la nuera a purificar. No había que perder tiempo. En la casa no se podía bañar. Vinieron dos mujeres y entre lamentos me levantaron y me quitaron la pulsera y el collar. Empezaba el verdadero tormento para la viuda. Fuera de la casa, en pleno enero, me echaron tres cubos de agua por la cabeza. No se alcanzaban los cero grados en el jardín. Me dieron una tela blanca para envolver el pecho y otra para todo el cuerpo.

Me llevaron arriba. En la habitación que habíamos compartido mi marido y yo hicieron una cama en el suelo. Una cama simple de paja con una sábana por encima. Ahí me dejaron. ¿Es esto justo? Se me hacía más cruel que la tradición de *sati*. Es preferible matar a una persona de una vez que hacerlo poco a poco. Se le echa a la pira y ya está. Nadie ha de compadecerte durante trece días donde solo se come una vez y sin sal. ¿Hasta dónde se puede insultar a las mujeres? Ahora entiendo por qué las mujeres se pasan la vida rezando por la de sus maridos. Nuestra ayudante Sabitri no deja de rezar por su marido y de

ayunar en *Shivaratri* para otorgarle una larga vida. Poco importa que su marido sea un borracho y que la dé palizas monumentales cuando regresa tambaleándose a casa.

Hoy era además el cumpleaños de mi nieto Ashim, al que llamamos con cariño Chotu. Seguro que se ha levantado temprano pensando en la fiesta. Y luego se ha quedado pensativo al ver que su madre no acude a felicitarle. Nos hemos cruzado en el jardín. Al verme, con las sábanas blancas y mojada, ni siquiera me ha reconocido.

Durante los trece días siguientes se recita el *Garuda Purana* en casa. El sacerdote me permite, compasivo, que duerma en el colchón y no sobre aquel lecho de paja. Pero el blanco del luto no lo pude esquivar. Mis hijos insistían en que no hacía falta obedecer a la sociedad en esas estúpidas reglas. Yo les dije que ellos no hacía falta que las cumplieran. Tenían obligaciones en el trabajo que les exigía vestir otras prendas. Pero yo sí debía de obedecer a la tradición. Sin embargo, a los 45 días me cambié a unos colores claros para no seguir asustando a mi nieto. ¿Acaso nuestros muertos disfrutaban viendo nuestro sufrimiento?

Sesenta y cuatro

A pesar de todo, sigo rezando a Krishna y a veces hablo con él. Soy consciente de que no me ha hecho ningún favor. Pero como una piedra de *ghat* golpeada por el agua, sigo siendo su devota.

Y así sigue girando la rueda del *mandala*. Todo tiene su ritmo: el calor, el frío, la sombra, el sol, los que vienen y los que van. Hay que entender que ese es el secreto: dejarse fluir. Fluir entre recuerdos. Ahora ya nada me ata aquí, al otro lado de las siete montañas. Algo me empuja a atravesar el puente de Laxmanjula y descansar en Geeta Bhawan⁶⁴.

Ya sólo deseo meditar y que alguien, desde el otro sendero, añada dos líneas más a esta historia por terminar.

64 Gita Bhawan es un templo situado a orillas del Ganges en Swargashram, Rishikesh, en las faldas de los Himalayas. Junto al templo hay un complejo residencial con más de mil habitaciones disponibles para los devotos. Para llegar al templo hay que atravesar el puente colgante de Lakshman Jhula que fue construido entre 1927 y 1929, reemplazando así al viejo puente que fue destruido en las inundaciones de 1924.



19. La familia de Uday: Ninu, Ashish y Alok.



20. La familia de Mukta: Dharshana, Rangam, Binayek y Adarsh.



21. La familia de Ujjal: Ayush, Binita y Ashim.



22. Con los nietos, Ayush y Ashim, en el día de su Bratabandha.



23. Puja de Krishna Janmastami.



24. Peregrinación a Badrinath y Kedarnath.



25. De viaje a Estados Unidos.



26. En Washington D.C.



27. En Ginebra (Suiza) con nuestro primo Sobharam Bhandari y Mili.



28. En Londres.



29. Donación en el Hospital Bir con Netra Bahadur Amatya (Director) y con el Dr. Lok Bikram Thapa.



30. Mis nietos.



31. Con mi biznieta, Aditya, el nieto de Udu.



32. Las bodas de oro.



33. La familia.